

A woman with long dark hair, wearing dark sunglasses and bright red lipstick, is shown in profile from the chest up. She is wearing a yellow top with a decorative necklace. The background is a solid yellow color. At the bottom of the image, there is a stylized city skyline with various skyscrapers in shades of purple and pink. Several purple hearts are scattered across the yellow background.

**CHRISTIAN  
MARTINS**

**¡CÓMO TÚ  
QUERAS!**

# **¡Cómo tú Quieras!**

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN OCTUBRE 2018**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS**

En muchas ocasiones, el amor termina transformándose en una persona totalmente absurda e irracional.

Para las chicas Martins (ellas lo entenderán):

¿Lindsay os dejó con ganas de más?

Aunque a veces me haga de rogar, aquí tenéis “la novela de Cora”.

Espero que os guste y la disfrutéis tanto o más que la de Lindsay.

Y sí, tranquilas. No voy a olvidarme de Charlize.

Os quiero.

# 1

Suelen decirme que soy una persona un tanto peculiar, aunque realmente no sé muy bien la razón que hay detrás. Puede que sea porque prefiero los otoños a los veranos, los sándwich de lechuga y tomate a los postres dulces y porque la sangre no me disgusta. No, no soy una de esas locas del ocultismo ni nada parecido, pero por mi profesión he tenido que acostumbrarme al olor, color y a la textura de la sangre, de manera que no me marea ni nada extraño — ¡he visto a gente desmayarse por una gotita de sangre! — . Además, soy pelirroja. Y todos mis pintalabios son de un color — ¿adivináis de cuál? — .

Puede que ese conjunto de razones me hagan peculiar y puede que también sean el motivo por el que vivo sola y estoy soltera. Aunque nunca he necesitado tener pareja para sentirme realizada ni completa, odio la soledad. Creo que todo el mundo odia la soledad aunque no lo diga en voz alta.

“Soy enfermera. Trabajo a turnos y tengo un horario complicado”, tecleo en mi ordenador, concentrándome en rellenar el cuadradito que aún está blanco. “Vivo en Manhattan”, añado, pero después decido retractarme. Con decir que vivo en Nueva York será más que suficiente, por si algún loco termina metido en mi perfil de citas. También puedo escribir — sólo por precaución — que vivo en Queens o en Brooklyn, y llegado el momento ya diré la verdad. Aunque, ¿quién quiere comenzar una relación con mentiras? Bueno, la cosa, al final, me ha quedado así: “Soy Cora Vanderbilt, enfermera, de Nueva York”. Un texto escueto pero muy directo y sincero. Mejor Cora, a secas. Corregido ese pequeño detalle, decido dejarlo tal cual y paso al siguiente dilema: la fotografía de mi perfil. Como ya he dicho, no me gusta la soledad, así que en todas las fotos que tengo en el ordenador salgo acompañada de mis dos ángeles de Charlie: Lindsay y Charlize. Mis mejores amigas. Mis pilares. Me recorto en la que más favorecida salgo y la publico sin darle demasiadas vueltas.

— Bien, ya está — digo en voz alta, cerrando el portátil.

Ahora sólo tengo que esperar a que mi media naranja me escriba un mensaje.

Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina a por algo de picar. He tenido una guardia de casi cuarenta y ocho horas, así que ahora me corresponden dos días de descanso y la verdad es que no sé muy bien en qué invertirlos. Mi amiga Lindsay, ésa que antes vivía conmigo, hace tiempo que se mudó con su príncipe azul y desde entonces prácticamente no sabemos nada de ella. Bueno, no la culpo, tengo que confesar que él está muy bien y que, además, tienen tanto dinero que estarán buscando la mejor manera de gastarlo. Que si un viaje por aquí, otro por allí...

Y mi otra amiga, Charlize, ha cambiado de puesto de trabajo y con el ascenso mete más horas en la oficina que en su casa. Así que estoy sola.

Mi teléfono móvil suelta dos pitidos para hacerme saber que alguien ha dejado un mensaje en mi perfil de citas. El susodicho se llama Max, tiene treinta y ocho años y es empresario. No suena mal, ¿verdad?

“Hola, Max. ¿Qué tal? ¿A qué te dedicas exactamente”, tecleo, esperando no ser demasiado directa. Ése es otro de mis defectos, precisamente; ser demasiado sincera. “Eh, Cora. Muy bien después de verte en esa foto... ¡Qué guapa eres! Tengo un puesto de perritos calientes ambulante. Dime dónde vives y te llevo mi salchicha. ¿Te apetece?”

— No me lo puedo creer... — murmuro, releendo por octava vez el mensaje, asqueada —. Mala idea lo de la web, Cora, muy mala idea... — canturreo, mientras intento encontrar la forma de eliminar mi perfil.

A partir de ahora procuraré ser tradicional y no probar estas cosas modernas.

— ¿Cómo demonios se elimina mi perfil?

Es increíble. Para crearlo solo he tenido que pinchar en un botón, y ahora me encuentro con que borrarlo es imposible... Además, para colmo, los mensajes de tíos cerdos ofreciendo “sus salchichas” empiezan a llover en mi bandeja de entrada.

— ¡Joder! ¡Qué no quiero salchichas! — exclamo, asqueada.

Como soy incapaz de borrar el perfil, termino lanzando el móvil muy lejos de

mí y me acurruco en el sofá. Será mejor que vea la televisión y coma palomitas para distraerme o este descanso se me hará eterno.

## 2

Es viernes.

Estoy despejada y con muchísimas ganas de comerme el día cuando me encamino hacia el hospital en mi querido y mimado Mini Cooper. Una de las cosas malas que tiene trabajar a turnos es que uno no tiene un concepto real del fin de semana, aunque a mí, peculiarmente, no es algo que me afecte en exceso. No me importa lo más mínimo trabajar un sábado y librar un lunes porque si algo bueno tiene Manhattan, es que en sus clubs nocturnos siempre hay ambiente. Independientemente del día de la semana en que se esté.

Mientras estoy aparcando, recibo un mensaje de mi amiga Charlize en el que me pregunta si me apetece comer con ella en mi descanso. Yo le respondo que nos vemos luego, guardo el teléfono en el bolso y me preparo para cubrir las urgencias de hoy. La verdad es que por las mañanas no suele haber ajetreo — no sé por qué, la gente prefiere esperar a horas más avanzadas para enfermar o tener accidentes — , así que puedo entretenerme con un café cinco minutos más de lo necesario. Cuando estoy a punto de marcharme, tropiezo brevemente con Seth y ambos nos sonreímos con falsedad. Seth fue mi última cita. Debo añadir, además, que fue un verdadero fracaso de cita. Yo soy, prácticamente, vegetariana, mientras que Seth adora la carne, la caza y opina que los animales domésticos jamás deberían de haber existido. “Un perro está para ser guardián, no para babosear almohadas”, me dijo, espantándome. Evidentemente, puse una excusa absurda y me marché de allí lo antes posible. Y gracias a Dios él tampoco se ha llevado una buena impresión sobre mí — o eso doy por hecho tras comprobar que no se ha molestado en volver a llamar o a escribirme — .

Me meto en la consulta de enfermería y voy pasando uno a uno a los pacientes que están esperando. Alguna fisura, algún corte, alguna infección... Nada

interesante ni digno de relatar hasta que un barullo inmenso llega a mí desde el otro lado de la puerta.

— Un momentito, por favor — murmuro, dejando al paciente a solas para salir al pasillo.

¿Qué demonios está ocurriendo ahí afuera? Escucho el ruido de varias ambulancias aparcando en el exterior y gritos por todas partes. Sea lo que sea, parece algo grave.

— ¡Eh, Cora, te necesitamos! — exclama Seth, pasándome de largo — . ¡Pon a un becario a pasar tu consulta!

Yo asiento y con el corazón a mil por hora me dirijo hasta la recepción del hospital para enterarme del asunto. Al parecer, ha habido un escape de gas y un colegio ha saltado por los aires, dejando un número considerable de heridos por el camino. No hay muertos y gracias a Dios ninguno de los heridos es menor de edad.

— ¡Cora, te necesitamos! — grita Vicky, otra de mis compañeras.

Asiento, me coloco en condiciones los guantes, me remango las mangas y me preparo para la acción.

Voy repasando a los heridos y comprobando que ninguna de las quemaduras que presentan sean prioritarias mientras pienso que esto podía haber sido una auténtica catástrofe. ¿Un escape de gas en un colegio y ningún niño herido? ¿Salta por los aires un área entera del edificio y ningún fallecido? ¡Guau! ¡Casi parece que tenían un ángel de la guarda sobre sus cabezas!

Soy una de esas extrañas personas que cree en el destino y en que las cosas pasan cuando tienen que pasar y en el momento justo en el que tienen que suceder. Estoy convencida de que si todas estas personas siguen aquí hoy, es porque en un futuro harán algo grande con sus vidas. Y eso me hace sentir realmente bien. Puede que os parezca ilógico ese pensamiento en alguien que ha estudiado ciencias puras, pero yo soy así. A veces mis creencias no tienen ninguna lógica. Y otras veces necesito algo que me ayude a sobrellevar el hecho de que algunos pacientes se queden por el camino y otros salgan adelante a pesar de todo.

Estoy dándole puntos a la cocinera del colegio cuando escucho otra ambulancia más. Debe de ser la última, o eso espero, porque no damos a

bastos.

— ¡Ay, me duele! — se queja la señora.

Yo sonrío con complicidad.

— Sólo será un momentito... Después le pondré un analgésico para que se relaje.

A la pobre mujer se le ha caído un ladrillo en la cabeza y tiene una buena brecha. Seguramente, pasará los próximos días con un agudo dolor de cabeza, pero sobrevivirá a ello, que es lo que importa.

— ¡Ya está, terminado! — exclamo, justo antes de propinarle un par de palmaditas de ánimo en la espalda.

A pesar de que ya hemos atendido a más de un ochenta por ciento de los heridos, el hospital sigue siendo un caos. Y a todo eso hay que sumarle que los medios de comunicación ya se han hecho eco y se han desplazado hasta aquí. Veo a varias cámaras de una importante cadena televisiva filtrándose entre los médicos para pasar al área de urgencias. Me apresuro detrás de ellos dispuesta a echarles cuando me doy cuenta de que están retransmitiendo en directo.

— ¡Es un héroe! — exclama la periodista con una enorme sonrisa — . ¡Buenos días, Nueva York! Me llamo Caroline Steel y ahora mismo me encuentro retransmitiendo desde el centro hospitalario de Bellevue, donde la mayor parte de los heridos de la explosión del centro escolar están siendo tratados para su pronta recuperación.

A mi alrededor, un grupo importante de médicos y enfermeros se han concentrado para escuchar la noticia de la mujer. Ninguno de ellos se atreve a interrumpir el directo, así que yo tampoco interfiero a pesar de que estén obstaculizando nuestro trabajo.

— Aquí mismo, en la camilla que hay detrás de mí, tenemos al agente en servicio que se encontraba más cerca del centro escolar. El agente García fue el encargado de dar el aviso y... hoy, Nueva York tiene un nuevo héroe. Fue el primero en llegar, incluso antes que el cuerpo técnico de bomberos, y ha sido el último en abandonar el lugar de los hechos. Además, es el responsable de que tres niños sigan hoy entre nosotros. Sin importarle las llamas, el agente

García se adentró hasta la...

¿El agente García?

Odio ese apellido. Y lo odio porque me recuerda a alguien que me he esforzado muchísimo en olvidar. Pero no, no puede ser él... Porque él no era policía; menos aún, un héroe. Me desplazo entre la gente hasta llegar a Vicky para conseguir ver al susodicho que está en la camilla. Mi compañera tiene una mueca extraña, una expresión de... no sé... ¿enamoramiento? Parece que se ha quedado totalmente prendada del nuevo héroe neoyorquino.

— ¿Quién es? Déjame verle... — murmuro en un susurro, haciéndome un hueco a su lado — . ¡No puede ser!

— ¿Le conoces? — inquiera Vicky tras observar mi reacción.

— ¿Qué si le conozco? — pregunto con ironía — . ¡Claro que le conozco! ¡Y ya puedes quitar esa cara de estúpida porque ese tío no es ningún héroe!

— ¿Ah, no?

— No. Es un sinvergüenza que se aprovecha de cualquier ocasión, te lo aseguro. Héctor García no sabe mirar más allá de su propio ombligo y si ha arriesgado su vida no ha sido precisamente porque sea un buen samaritano.

— ¿Ah..., no? — repite Vicky, incrédula.

— ¡No! — exclamo, indignada — . Héctor García es un egocéntrico, y estoy segura de que detrás de todo esto hay un claro objetivo... ¿Meterse entre las llamas? — murmuro, incapaz de dar crédito — . ¡Es un cretino que no arriesgaría su culo ni por salvar a su madre!

Me doy la vuelta indignada y dispuesta a salir de este lugar, cuando me doy de bruces contra el encargado de la unidad. Petter, que está a punto de jubilarse y espera el día con ganas y sin discutir con nadie, sonrío.

— He visto que ya has dejado un novato al mando de tu consulta, así que encárgate tú de nuestro héroe, Cora... — me pide, antes de pasar de largo esquivando a los medios de comunicación.

¿Qué acaba de pedirme Petter?

Mi corazón se acelera desbocadamente mientras Vicky empieza a reírse tras

de mí.

— ¿Te parece gracioso? — pregunto de malhumor.

Ella, sin dejar de sonreír, se encoge de hombros.

— Ya sabes, Cora, el destino... — asegura, citándome a mí.

La rabia me corroe por dentro mientras me coloco los guantes y me preparo para atender a García.

### 3

Antes de pasar a hacerle la cura, me coloco la mascarilla con la esperanza de que García no me reconozca.

Héctor y yo tuvimos un lío amoroso hace mucho tiempo, cuando no éramos más que dos jovencitos. Aunque, en realidad — o mejor dicho —, lo que tuvimos fue más bien un triangulo amoroso si tenemos en cuenta que me engañó con una de mis mejores amigas y que después me dejó. Eso sí, antes de hacerlo me prometió la luna, las estrellas y el mundo entero. Y yo, como una niña tonta y estúpida, le creí. Podría decirse que ese fue mi primer golpe amoroso y que desde entonces me he cuidado muy mucho de no volver a caer en la misma trampa.

Por otro lado, Héctor es la razón de que hoy en día sea quien soy y de que ningún hombre haya logrado volver a hacerme daño. Dicen que una persona siempre es la consecuencia directa de sus vivencias, y Héctor García resultó ser una vivencia que me marcó bien a fondo.

— Buenos días — me saluda con su sonrisa.

Su falsa y repugnante sonrisa.

Encima, lo peor de todo, es que le conozco muy bien y sé que se creará un héroe. Se irá pavoneando por todo Nueva York como si, de pronto, se hubiera transformado en *superman*.

Suspiro hondo y decido centrarme en su brazo, que la verdad es que no tiene demasiado buen aspecto. De todas las heridas que he visto hoy, ésta es la peor de todas. Tiene una quemadura de segundo grado que le coge buena parte del brazo.

— No tiene buena pinta, ¿eh? — bromea, sin dejar de sonreír.

Desvió la mirada hacia él unos segundos y me percaté de que está exactamente igual que la última vez que le vi. ¿Cómo es posible que no haya cambiado ni un poquito? Tiene el mismo corte de pelo, la misma largura de barba, los mismos labios carnosos... “Vuelve a la herida, Cora”, me digo a mí misma, obligándome a centrar mi atención.

Empiezo a quitar la piel muerta de la superficie. Creo que esta herida requerirá de más curas en el hospital, pero supongo que esa valoración ya la hará el doctor que tenga asignado. Yo voy a lo mío y después, me marcho. Con un poco de suerte no volveré a coincidir, jamás, con él.

— ¿Nos conocemos? — me pregunta, frunciendo el ceño y escrutándome.

Es evidente que si no llevase la mascarilla ya me habría descubierto. Gracias a Dios, ayer planché mi rebelde y rizado pelo en un intento de no sucumbir al aburrimiento que me producen las horas libres.

Le miro a los ojos, pero no le respondo. Si abro la boca, sabrá quién soy.

— ¿Sabe? Me gustan las pelirrojas — continúa, otra vez con su estúpida y falsa sonrisa — . Hace tiempo conocí a una.

¿Cómo demonios consigue irritarme tanto?

¿Y quién en su sano juicio le ha permitido ser policía? Le estoy viendo la pistola en la cinturilla y no dejo de decirme que es cualquier cosa menos una buena idea. Héctor es un peligro en acción; le conozco bien. No piensa, directamente, actúa. No le importan las consecuencias porque se piensa que siempre podrá enfrentarse a ellas y salirse de rositas.

Coloco la crema con antibiótico y le vendo el brazo en la mayor brevedad posible, sin ninguna delicadeza, para poder salir corriendo de allí. Él se despide de mí, pero ni siquiera le escucho. Estoy mareada y respiro agitadamente cuando logro alcanzar el baño de señoras y encerrarme en su interior.

Hasta este instante no me había percatado de lo mucho que me afecta la presencia de Héctor en el hospital. Aún me afecta demasiado, y eso no es bueno.

¿Por qué sigue causando esto en mí?

— Le has olvidado, Cora — me digo en voz alta — , lo que sientes es odio. Rencor. Odio. Rencor...

Repito esas últimas palabras una y otra vez mientras controlo mi respiración. Creo que he estado a un pelo de sufrir una crisis de ansiedad.

— ¿Cora? — grita Vicky desde la puerta del lavabo — . ¿Estás bien?

— ¡Sí, tranquila! ¡Ahora salgo!

— El novato que has dejado en tu consulta está liándola un poco. ¡Date prisa!

— Ya voy... — murmuro, intentando contenerme.

Tardo más de diez minutos en volver a sentirme bien, y hasta ese instante ni siquiera me siento preparada para salir del lavabo. Gracias a Dios, cuando llego a mi consulta la hilera de pacientes que están esperando no es tan mala como había imaginado. El novato ha perdido un poco el ritmo que yo llevaba y ahora tendré que pasar consulta con retraso, pero tampoco me importa. Lo mejor será que me quede aquí encerrada hasta la hora de comer con Charlize, así evitaré la probabilidad de volverme a tropezar con el estúpido de Héctor.

## 4

Cuando llega la hora de comer ya me encuentro bien. La ansiedad ha desaparecido y me siento feliz; además, para rematar, me he enterado por casualidad de que ya le han enviado a casa y de que las curas de su brazo se las realizará otro centro más cercano a su domicilio. ¡Genial!

Si el destino quería putearme, entonces tendrá que buscarse otra manera más efectiva de hacerlo, porque la jugada no le ha salido nada bien.

Camino hacia el bar en el que Charlize y yo solemos comer mientras mi mente continúa asimilando que García es policía. ¡Policía! ¿No se supone que están para cuidar del pueblo? ¡Pues ese tío no sabe cuidar ni de sí mismo! Es — y por su carácter sé que siempre será — la persona más irresponsable que hay sobre la faz de la tierra.

— ¡Cora! — grita Charlize, justo antes de abalanzarse hacia mí.

La estrecho con fuerza entre mis brazos, sintiéndome por primera vez en toda la mañana reconfortada y recuperando mi habitual buen humor. ¡Muy bien! ¡Es hora de desconectar y disfrutar! “Y de sacar a Héctor García de tus pensamientos”, añade una vocecita en mi cabeza.

— ¡Charlize, estás en los huesos! — exclamo con voz recriminatoria cuando tengo una visión más completa de mi amiga.

Hace cosa de un año, su novio, Dexter, la dejó por otra mujer. Fue una temporada muy difícil y Charlize lo pasó muy mal, y desde entonces la pobre no parece haber levantado cabeza. Por muchos consejos que le dé, tengo la sensación de que mi amiga jamás conseguirá olvidarse de él.

Ella se encoge de hombros ante mi comentario.

— ¿Estás haciendo otra de tus estrictas dietas? — inquiero, poniendo los brazos en jarras.

Otro de los motivos que me hacen perder la paciencia con Charlize.

La mala alimentación siempre ha sido parte de su vida. Cuando está triste o se ve mal, Charlize se dedica a hacer dieta extrema hasta quedarse en los huesos, pero pasa tanta hambre que después la deja y vuelve a recuperar hasta el último kilo que había perdido. Le he pedido al endocrino de mi unidad mil dietas variadas y equilibradas para ella, pero mi amiga es testaruda hasta decir basta y no suele hacerme mucho caso.

— La verdad es que no — me asegura, sonriendo con picardía — . Estoy comiendo muuuuy sano...

— Mentirosa — señalo con una sonrisa pícaro.

Ella me devuelve la sonrisa y, cogidas del brazo, entramos al restaurante.

Nos sentamos en una de las mesas que hay junto a la barra y pedimos dos platos combinados cargados hasta arriba.

— Y bueno, ¿qué tal tu día?

He decidido que lo mejor es omitir el hecho de que Héctor García haya estado en el hospital, ya que Lindsay y Charlize siempre lo han considerado “mi talón de Aquiles”. Le explico brevemente lo de la explosión de la escuela y que hemos estado hasta arriba toda la mañana.

— ¿Y tú qué? ¿Cómo va la vida de jefaza?

— Pues con mucho trabajo — confiesa con desgana — , la verdad es que Jack no me ha hecho ningún favor.

Jack es el casi marido de Lindsay. Nuestro tercer ángel de Charlie, en contra de todo pronóstico, será la primera en contraer matrimonio dentro de menos de un mes. Nuestra Lindy, que siempre había sido un poco desdichada en temas amorosos, encontró a su príncipe azul a unos metros de su puesto de trabajo, justo en el despacho de en frente. Al instante saltaron chispas entre ellos y, ahora, suenan campanas de boda.

— ¿Ah, no?

Ella sonríe, ladeando la cabeza levemente.

— Bueno, vale, s . El sueldo es inmejorable... Pero tengo demasiada carga de trabajo y no doy abasto — confiesa, justo antes de comenzar a devorar su plato de patatas fritas.

Doy por hecho de que Charlize ha entrado en esa etapa post-dieta en la que es capaz de devorar hasta el propio plato.

—  Por qué no te buscas un ayudante? — propongo, pensando que quizás sea una buena manera de que mi amiga olvide de una vez por todas al idiota de su ex — , uno guapo y sexy...  Ya sabes!

Charlize se empieza a reír como una loca, pero veo en su mirada que no se ha tomado del todo a broma mi idea.

— Me lo pensar  — asegura, justo en el instante en el que comienza a sonar la estrepitosa melodía de su teléfono — . Es Lindsay — anuncia, antes de descolgar — . Lindy,  qu  tal? Adivina con quién estoy...

—  Desaparecida! — grito de fondo — ,  nos tienes abandonadas!

Obviamente, no se lo digo en serio. S  que est  disfrutando de su sensual Jack y que preparar la boda est  siendo un dolor de cabeza para ella.

—  C mo? Habla más despacio que no te entiendo... — murmura Charlize.

Empiezo a asustarme cuando el rostro de mi amiga adquiere una mueca de espanto.

—  D nde?  Cu ndo? — pregunta con un hilillo de voz, antes de clavar su mirada en mí.

—  Qu  demonios ocurre? — inquiero, con los nervios a flor de piel.

Sin responderme, se levanta de la mesa y se acerca al barman. Veo cómo mi amiga discute algo con él antes de encaminarse hacia el televisor.

—  Cora, que no llego! — grita, hist rica, cuando no se ve capaz de pulsar el botón de encendido.

Y en ese instante comprendo lo que está sucediendo; seguro que han visto a Héctor García en la televisión, pavone ndose como el nuevo héroe de Nueva

York. Sí, tiene que ser eso.

— ¡Cora, date prisa, ayúdame! — exclama Charlize, nerviosa.

— Voy, voy... — murmuro con calma, levantándome de mi asiento.

Soy casi diez centímetros más alta que mi amiga así que enciendo la televisión sin problemas. Un programa de prensa rosa empieza a emitirse en la pantalla.

— ¡Cambia de cadena! ¡Corre, corre!

Supongo que tendré que confesar que Héctor sí ha estado en el hospital, aunque mejor omitir que he sido yo la enfermera encargada de su cura...

Voy subiendo las cadenas poco a poco hasta que...

— ¡Oh, Dios mío! — exclamo, horrorizada — . ¿Pero qué demonios...? ¡Si soy yo!

Me apresuro a subirle el volumen a la televisión. Estoy ahí, entre mis compañeros, hablando con Vicky tranquilamente sin sospechar que uno de los malditos periodistas me está grabando a mí.

— “...Héctor García es un egocéntrico, y estoy segura de que detrás de todo esto hay un claro objetivo... ¡Es un cretino que no arriesgaría su culo ni por salvar a su madre!...” — mi voz se reproduce entrecortada en el televisor, pero la cadena ya se ha encargado de subtítular cada frase, por si acaso alguien no me entiende. Unos segundos después, mi imagen con Vicky se desintegra de la pantalla y la presentadora del programa aparece en un primer plano con una mueca de disgusto — . ¿Un objetivo claro? ¿Cómo alguien puede poner en duda la integridad de un hombre que arriesgó su vida por salvar a tres niños de una explosión?

— No puede ser... — susurro, ojiplática.

— Lo estamos viendo, Lindsay — dice Charlize, sin apartar los ojos de la pantalla — , te llamamos luego, ¿vale? Sí, Adiós... Un beso...

Mi amiga corta la llamada y me observa horrorizada.

Me doy cuenta de que varias miradas de los presentes en el restaurante se han desviado hacia nosotras. Me apresuro a apagar el maldito trasto mientras unas inmensas ganas de llorar me invaden. “Vaya día”, pienso, intentando no sacar

las cosas de quicio. “Soy Cora Vanderbilt y puedo reponerme a todo”, me digo a mí misma, inculcándome ánimos. En realidad, tampoco es para tanto, ¿no? No puedo permitirme perder los nervios por esto. Otra vez, no.

— Lindsay me acaba de decir que lo están reproduciendo en todas las cadenas — me comunica Charlize, robándome la esperanza.

— ¡Joder! — exclamo, incapaz de pensar con claridad — . ¿Pero no se supone que deberían pedir permiso para grabarme? ¡Se lo estaba contando a Vicky, no a ellos!

— ¿Por qué no le dices a Jack que te preste un abogado? Igual puedes demandarles...

Jack, el casi marido de Lindsay, nos ha sacado de más de un apuro en otras ocasiones. Con él he descubierto una cosa: no hay nada que el dinero no pueda comprar.

— No, ya no importa. Seguro que ya lo ha visto todo el mundo...

Respiro hondo, intentando restarle importancia y relajarme.

— Héctor García siempre fue tu talón de Aquiles... — afirma Charlize, recordándome el motivo por el que había obviado contarle nada de esto — . ¿Estás bien, Cora? Te estás poniendo un poco pálida...

Regreso a la mesa y tomo asiento, confusa, antes de darle un largo sorbo a mi vaso de agua.

Bueno, vale, me han grabado llamándole cretino y egocéntrico. ¿Y qué más da? Cada uno es lo que es, y Héctor se lo tiene más que merecido. No creo que le sorprenda verme en televisión diciendo esas cosas, ¿verdad? Al fin y al cabo, él solito se lo ha buscado.

— ¿Cora?

Levanto la mirada hacia mi amiga.

— Estoy bien — miento.

— Cora, han pasado más de quince años... Erais unos críos.

— Dieciséis — corrijo — , han pasado dieciséis años, Charlize.

— ¡Por eso! — exclama, afianzándose en su opinión — , ¡eres la primera que me dice que dentro de unos meses Dexter habrá quedado en el olvido!

Yo asiento con lentitud.

— Y le olvidarás... — confirmo con seguridad — , igual que yo me olvidé de ese capullo integral...

“Aunque al menos Dexter no te ha dejado por tu mejor amiga...”, pienso, sin decirlo en voz alta.

— ¿Y entonces? ¿Qué te pasa, Cora?

Intento respirar hondo y entenderme a mí misma. Sé muy bien lo que me pasa, pero confesarlo en voz alta resulta demasiado vergonzoso. Sí, había olvidado a Héctor hasta el instante en el que escuché su apellido en la boca de la periodista. Y también había olvidado el dolor que me causó y todo el sufrimiento que dejó su recuerdo, pero después de verle en esa camilla, después de tocarle, todo ha regresado de nuevo a la superficie y ahora no sé muy bien cómo me siento al respecto.

— ¿Cora? — insiste Charlize.

Yo sonrío.

— Estoy bien, de verdad — murmuro, fingiendo que todo va como debe — . Vamos a comer o tendré que regresar al trabajo con el estómago vacío.

Charlize me escruta con detenimiento, poco convencida.

— ¿Seguro que estás bien?

Yo me meto una patata en la boca y afirmo moviendo la cabeza de arriba abajo. Siempre he sido la encargada de cuidar de Charlize y de Lindsay, la fuerte de las tres, la que no deja que nada le afecte en exceso y la única capaz de mantener la cabeza fría. ¿Cómo demonios puedo venirme abajo con alguien que se quedó en un capítulo pasado de mi vida? Héctor García no se merece ni uno de mis pensamientos. No se merece siquiera que esté preocupándome por lo que sentirá al escucharme. Menos aún, que imagine lo que sentirá al verme en televisión y comprender que me tuvo tan cerca y que, esta vez sí, no estuve a su alcance.

— Venga, come — insto a mi amiga — , o se te va a quedar frío.

Charlize decide no discutir más y se centra en su plato.

El resto de la comida me esfuerzo porque mi amiga no note que me he venido abajo, aunque supongo que no soy tan buena actriz como yo pensaba. Antes de despedirse de mí, Charlize me envuelve en un profundo abrazo que dura más de lo habitual.

— Venga, tranquila, que estoy bien... — aseguro de nuevo, aunque ahora sé que no miento tan bien como creía hacerlo.

— Llámanos luego, ¿vale? — suplica — , no te vengas abajo...

— De verdad — le corto — , estoy bien, ¿vale?

Ella asiente.

— Llámanos — repite.

Yo le aseguro que lo haré y me despido con la mejor de las sonrisas que soy capaz de poner.

Cuando llego al hospital, la cosa no mejora en absoluto.

Al parecer, Charlize, Lindsay y yo no hemos sido las únicas en enterarnos de la retransmisión y todos mis compañeros me miran como si me hubiera transformado en un bicho raro digno de analizar.

— ¿Qué pasa? ¿Me ha salido algo en la cara? — le suelto a Seth de malas formas cuando me cruzo con él por el pasillo y se me queda mirando.

— No... nada... — tartamudea, pero justo antes de pasar de largo me percato de la sonrisa que dibuja en su rostro.

¡Maldito Seth! ¡Y malditos periodistas!

— Olvídate de todos, Cora... — me digo en voz alta, sacudiendo la cabeza con desesperación — , no merecen la pena.

## 5

“Hogar, dulce hogar”, pienso, nada más cruzar el umbral de la puerta. Un silencio sepulcral me da la bienvenida y, en este instante, es inevitable que me acuerde de los buenos años que pasé compartiendo el piso con Lindsay.

Me dejo caer en el sofá, derrotada, y me saco las zapatillas de deporte haciendo palanca con mis talones. Hoy no ha sido un buen día, lo que contribuye a que mis pensamientos negativos se hayan disparado y que me pregunte a mí misma hacia dónde estoy avanzando. Porque, en efecto, tengo la sensación de que todas mis amigas siguen hacia delante y que yo me he quedado atascada en la misma posición que cuando tenía veinticinco años y terminé la carrera. Vivo en el mismo lugar, salgo por los mismos bares, pido comida india al mismo restaurante de siempre, tengo el mismo puesto de trabajo... ¡Ni siquiera he conseguido una plaza fija en el hospital!

— Venga, Cora... Déjalo ya — me recrimino a mí misma en voz alta.

Alargo el brazo para coger el mando a distancia y enciendo el televisor con la intención de distraerme. Son las siete de la tarde, así que supongo que estará empezando alguna de las películas — o mejor dicho, culebrones — de última hora de la tarde. Me deslizo por los canales haciendo un pequeño zapping hasta que el telediario de la tarde muestra en sus imágenes la explosión que ha sacudido el colegio esta mañana. ¡Guau! Parte de la fachada del edificio ha quedado completamente derruida. Es casi un milagro que no haya resultado nadie herido de gravedad o algo peor aún. Uno de los bomberos explica con detalle cómo se produjo la explosión y aconseja al telespectador las pautas a seguir en caso de vivir una catástrofe similar. Después, la reportera habla sobre el buen hacer del cuerpo técnico de bomberos, en general, y de lo rápido que han apagado el fuego. Y por último, cómo no, tenemos al héroe del

momento. No sé por qué, tengo la sensación de que tendré que ver a Héctor García hasta en la sopa los próximos días, y eso es algo que no me agrada en absoluto. Tampoco paso por alto que en los *tweets* que los espectadores van enviando, y que el programa reproduce en un pequeño apartado de la pantalla, se critican mis comentarios al respecto con dureza.

— Necesito una copa... — murmuro, levantándome del sofá con pereza.

Con la botella de vino en la mano, regreso hasta el salón y decido que lo mejor será entretenerme con algo más productivo hasta perder el conocimiento. Por ejemplo, con *Dirty Dancing*, que se está reproduciendo en el canal de los clásicos del cine. Sí, aunque la haya visto mil veces, esto es mucho mejor que seguir soportando el carismático rostro de Héctor en la televisión.

Héctor siempre ha sabido engañar bien a todo el mundo con esa sonrisa de niño bueno... ¡Qué me lo cuenten a mí! Será la sangre española y latina que le corre por las venas, que le hace atractivo, especial y diferente. Los abuelos de Héctor eran españoles y provenían de una ciudad llamada Barcelona. Tuvieron que emigrar en épocas de crisis en busca de trabajo hasta Argentina, donde nació el padre de Héctor. El amor trajo al hombre a vivir hasta la gran manzana, y aquí nació el actual héroe neoyorquino — que por cierto, en mi opinión, es de todo menos neoyorquino — . Desde joven ha sabido ganarse a todo aquel que le rodease. Incluso me ganó a mí.

No puedo reprimir una sonrisa nostálgica cuando recuerdo nuestros primeros paseos en bote bajo el Bow Bridge en Central Park con las hojas otoñales cayendo sobre nuestra cabeza. Así comenzó todo hace ya bastantes años, con paseos cogidos de la mano y citas cargadas de romanticismo y promesas que, más tarde, se quedaron rotas y vacías. Todavía recuerdo aquella vez que me paré frente a Tiffany's en la quinta avenida y Héctor me preguntó si allí tendría que ir a por el anillo de pedida. Me sentía como Audrey Hepburn en "Desayuno con diamantes" y tenía la sensación de que nuestra historia jamás podría romperse, que sería inmortal en el tiempo. Pero por aquel entonces no era más que una veinteañera con ilusiones y esperanzas que no sabía realmente lo que era la vida. Creía que todo sería flotar en una nube y avanzar, aunque poco después descubrí que el juego no funcionaba de esa manera. Caer para después volver a levantarse. Esa es la forma de avanzar año tras año, sin rendirse, sin hundirse en el intento.

Para cuando me sirvo la última copa de vino, mi mente ya ha vagado hasta el instante en el que comprendí que todo había terminado. Aquellas navidades en las que Héctor me dejó el corazón hecho mil añicos cambiaron mi vida para siempre.

Habíamos quedado en el Gantry Plaza State Park a orillas del río East River al anochecer, sobre las seis de la tarde. Recuerdo los nervios y las mariposas que sentía revoloteando en el estómago cuando cogí el metro hacia Long Island. Hacía frío. Todavía recuerdo que aquel día estrenaba el abrigo rojo y la bufanda gris que días atrás mis padres me habían regalado por las fiestas señaladas. No era una cita cualquiera, era el día. El gran día. Héctor me había explicado que sus padres se habían enamorado sentados en aquellos bancos, disfrutando de amaneceres, atardeceres y anocheceres de todos los colores mientras se juraban un “para siempre” que después se haría realidad. Su padre le pidió matrimonio a su madre en aquel lugar así que mis expectativas aquel día eran realmente altas.

Me senté en un banco y contemplé el skyline de Manhattan con un nudo en el estómago. Antes de salir de casa, histérica, nerviosa e ilusionada al mismo tiempo, le conté a mi madre lo que creía que sucedería aquel día y que, seguramente, llegaría tarde a casa.

Los minutos fueron pasando hasta convertirse en horas. Me dolían las manos por el frío y las articulaciones por llevar tantísimo tiempo allí sentada, así que comencé a pasear en pequeños círculos, impacientándome. Más tarde comprendí que Héctor no iba a venir, pero yo confiaba en él, así que supuse que algo grave debía de haberle ocurrido para faltar a nuestro compromiso. Regresé a casa tarde y alicaída. Mi madre no necesitó preguntarme qué tal había ido porque mi cara, nada más entrar, le explicó todo lo que precisaba saber.

Le llamé mil veces y le escribí otras cien mil más. Por aquel entonces él ya vivía solo, así que acudí a su piso. Nadie me abrió la puerta ni me recibió. Estaba convencida de que tenía que haberle pasado algo, de que no podía haberme dejado de buenas a primeras sin darme ninguna explicación. Días, semanas, meses. Pasaron las navidades y llegó la primavera, aunque mi corazón seguía guardando la esperanza de que aquel chico regresase a mí. Y entonces le vi. Le vi con ella, paseando de la mano por Central Park mientras disfrutaban de un helado y se reían a carcajadas... Y todo lo que había creído una realidad, se derrumbó en ese mismo segundo.

El ronco timbre de mi apartamento me devuelve de un plumazo a la realidad. Soy consciente de que me he quedado dormida y de que me he acabado yo solita la botella entera de vino tinto. Estoy un poco mareada y me duele la cabeza, pero mi cuerpo está acostumbrado a dosis mucho más altas de alcohol en sangre y aún soy capaz de comportarme con cierta dignidad.

— Cora — me saluda mi amiga Lindsay cuando le abro la puerta.

Yo sonrío, ella sonrío.

Pero mi sonrisa no dura demasiado porque, en ese mismo instante, me echo a llorar.

— Se supone que él no tenía que volver a aparecer... — gimoteo mientras mi amiga me abraza entre sus brazos.

— Lo sé — asegura con una mueca de disgusto.

Unos minutos después, me obligo a retomar la compostura y centrarme en mi amiga. Está muy guapa y cambiada; desprende un aire mucho más sofisticado al habitual.

— La vida de casada te sienta bien...

— Aún no me he casado, Cora — señala con una risita.

— Pero haces la misma vida que una aburrida señora casada — señalo, con una mueca de disgusto — . ¿Tengo que pedirle cita previa a Jack para poder sacarte de fiesta?

Esta vez, Lindsay se ríe a pleno pulmón.

— Puede, aunque hoy no la necesitarás. Hazme sitio en el sofá, culona... ¡Me quedo a dormir! — exclama, feliz.

No puedo evitar pensar en ese instante que tengo a las mejores amigas del mundo.

## 6

Que no me apetezca ir a trabajar es algo totalmente insólito. Soy ese espécimen extraño que abarca un uno por ciento del planeta Tierra y que disfruta de su trabajo. Lo necesito tanto como respirar o alimentarme, porque si no moriría de aburrimiento. Ir cada día al hospital hace que regrese sintiéndome útil y realizada a mi casa, y eso no se paga con dinero — bueno, en realidad, sí —. Pero, en contra de lo habitual, hoy no me apetece absolutamente nada. Después de ver cómo me trataban ayer, lo último que deseo es volver a sentirme en el punto de mira de todos mis compañeros. ¿Quién demonios me mandaría a mí hacer esos comentarios a Vicky?

Por lo que veo, Lindsay sigue siendo la misma chica desastrosa de siempre. Cuando yo me levanto para desayunar y vestirme, ella aún continúa en su antiguo dormitorio con las sábanas pegadas y la almohada llena de babas. Decido no despertarla y dejarla dormir, porque entre charla y charla, ayer nos acostamos bastante tarde.

Ayer me sentí fatal al comprobar que no soy la única que tiene problemas personales. Lindsay también lo está pasando mal con el tema de la boda, lo que no me extraña en absoluto. ¡Va a ser una boda por todo lo alto! Y como damas de honor, Charlize y yo deberíamos estar colaborando un poquito más con ella para liberarla de alguna responsabilidad. En mi defensa, diré que la organizadora de bodas que ha contratado es una verdadera profesional con la que nosotras jamás podríamos competir. Eso sí, le he prometido que iremos con ella para escoger el vestido de novia en un par de días.

Me subo en mi Mini y pongo la música a todo volumen para espabilar. Me he tomado una aspirina antes de salir de casa porque la botella de vino de anoche me ha dejado de secuela una leve migraña que más me valía erradicar antes de que fuera a más. Mientras canto a pleno pulmón “I love Rock n’ Roll” — la

versión de Britney Spears, claro — , decido que hoy tendré un buen día cueste lo que me cueste. No soy demasiado partícipe de mandar buenas vibraciones al universo para que él te recompense con cosas fantásticas, pero algo sí que tengo claro; cuando los problemas se hacen una pelota, es mejor detenerla antes de que empiece a rodar y coja velocidad. Hay caravana y llegaré tarde a la consulta, pero no importa. Paz, amor... ¡Felicidad!

Mi teléfono móvil suelta dos pequeños pitidos y disminuyo aún más la velocidad para poder leer el mensaje. Es Lindsay: llámame si... Pero no consigo leer nada más porque mi coche sufre una terrible sacudida. Siento el golpe que proviene de la parte trasera embestir la estructura de mi Mini y, después, salgo despedida hacia delante. La caravana ha provocado que la distancia de seguridad entre vehículos haya quedado reducida a prácticamente nada, así que sin quererlo y sin conseguir reaccionar, el impacto provoca que me estrellé contra el coche que tengo delante.

Mi corazón se acelera a mil por hora. Escucho las bocinas de otros vehículos resonar con impaciencia y, calmándome, me esfuerzo por entender la situación. El coche de detrás me ha dado un golpe y me ha empujado contra el de delante. Miro por el retrovisor y veo que estamos entorpeciendo aún más la circulación, pero tienen a mi pequeño Mini Cooper hecho un sándwich y no puedo apartarme al arcén sin que ellos se muevan antes.

Como no es el primer accidente que tengo — no es que sea mala conductora, es que tengo mucha mala suerte — , me apresuro a coger mi chaleco reflectante y a abandonar el vehículo. La conductora del coche delantero también se baja; es joven, un par de años menor que yo. Me apresuro a hablar con ella mientras el resto de los conductores que esperan a que nos retiremos golpean el claxon como locos.

— ¡Tienes que mover el coche al arcén! — le grito por encima del ruido de las bocinas y de los motores en marcha — , ¡no pueden pasar si nos quedamos en el medio!

La chica pone los brazos en jarras y me mira con desdén, repasándome de arriba abajo.

— ¿Has visto cómo me has dejado el coche, estúpida? ¡Solo tiene un mes!

“Cora, respira hondo... muy hondo”, me digo a mí misma, cargándome de paciencia.

— Mira, muévete al arcén y ahora arreglamos los papeles, ¿vale? No hacemos mucho aquí plantadas...

La chica no parece estar dispuesta a entrar en razón. Además, para colmo, se nos viene a sumar el señor del coche de atrás.

— ¿Se puede saber qué diablos hace? ¡Me ha clavado el freno en las narices! ¡No he podido siquiera reaccionar! — me grita el hombre, alterado.

— ¿Cómo? — exploto, indignada — . ¡Pero si me ha arrollado!

¡Esto es increíble!

— ¿Pero a ti dónde te dieron el carné de conducir? — me pregunta la más joven.

Tiene pinta de ser la típica niña mimada insoportable que siempre ha tenido todo lo que ha querido y que está acostumbrada a salirse con la suya.

— No se preocupe, señorita... — le dice el hombre, calmándola, mientras los bocinazos del resto de los coches provocan que el ambiente se tense aún más — , esta mujer tendrá que darnos sus datos del seguro para que se hagan cargo.

— Mire... — comienzo, irritada, mientras siento cómo la vena de mi cuello se va hinchando según pierdo más y más la paciencia — , yo no pienso darle a usted nada, ¿lo entiende, abuelo? ¡No hay que ser muy listo para saber que el que da por detrás, paga! ¡Muy sencillo!

— ¡Pues tú me has dado por detrás, listilla! — me grita la joven en mi cara, invadiendo mi espacio personal.

“Respira, Cora... respira...”

— ¡Te he dado porque él me ha impulsado! — le grito a modo de respuesta — . De verdad, joder, ¡que no hay que ser muy listo para entenderlo!

Otro hombre que no tiene nada que ver con nosotros se baja de su coche y se acerca aireado para recriminarnos que nos apartemos al arcén. Al parecer, llega tarde “a su puto trabajo” y nosotros somos “una pandilla de anormales que nos sabemos hacer las cosas bien”.

Desesperada y pensando que mi esfuerzo por mantenerme de buen humor ha

llegado a su fin, reviso mi querido Mini Cooper con la esperanza de que continúe intacto. Sonrío al verificar que la calidad alemana es, al cien por cien, tan maravillosa como suelen decir en su propaganda. Tengo un foco roto y la matrícula de atrás medio colgando, así que me escabullo de la discusión para concentrarme en lo que me puede salir la reparación. No es mucho, la verdad.

Y como lo último que me apetece es seguir aquí discutiendo con esos idiotas de turno, decido que no voy a perder más mi valioso tiempo y vuelvo a subirme al coche. No me lo pienso dos veces; pisando con fuerza el acelerador con la marcha delantera, golpeo de nuevo el coche de enfrente para quitarlo de mi camino. Después, echo marcha atrás, acelero de nuevo y me reincorporo a la lenta circulación. De fondo, escucho los gritos alterados de la joven y del señor y miro de reojo con el retrovisor. Están haciendo aspavientos y supongo que me estarán gritando cualquier cosa menos “bonita”. Saco el brazo por la ventanilla y, con una sonrisa traviesa en los labios, les hago una peineta. Se acabó la Cora buena y tranquila por hoy, y se acabó eso de perder el tiempo con tonterías. Al fin y al cabo, es él quien debería pagarnos a las dos y de mí ha conseguido librarse.

— Debería estar contento — murmuro, subiendo el volumen de la radio al máximo.

# 7

Llego al hospital treinta y cinco minutos más tarde de lo que debería. Después de aparcar, compruebo que los daños materiales de mi Mini no hayan aumentado. Por desgracia, he perdido la matrícula y el morro está un poco peor de lo que esperaba, pero nada realmente grave. Además, merecerá la pena pagar de mi bolsillo los arreglos solo por haber cortado esa absurda discusión en la que podíamos habernos pasado la mañana entera.

— ¡Buenos días! — grito a modo de saludo cuando paso por delante de la recepción.

Veo que la cola en la sala de espera de mi consulta ya es considerable, lo que me hace pensar que hoy será otro de esos días “de locos”. Cuando vamos con retraso, la cosa suele complicarse todavía más. Y para colmo, la espera provoca que mis pacientes se vuelvan más susceptibles y que ninguno pase a la consulta de buen humor.

— Un segundito y os iré llamando, ¿vale? — explico con una sonrisa, pasando a mi consultorio.

Antes de cerrar la puerta, escucho que alguien murmura algo parecido a “qué poca vergüenza, seguro que se ha dormido...” y no puedo evitar un suspiro, resignándome.

Bien, ayer no fue mi día y puede que hoy tampoco sea el mejor de todos, pero... Una mala racha no dura para siempre, ¿verdad?

Me tomo unos segundos para relajarme, eliminar de mi mente el episodio de esta mañana y a García, y para recargarme de buenas vibraciones antes de

levantarme de mi escritorio. Enciendo el ordenador, reviso el primer nombre de la lista de citas y, con la bata ya vestida, salgo al exterior para ir pasando a los pacientes de uno en uno.

La mañana se presenta complicada pero poco a poco consigo ir reduciendo la hilera de personas que están esperando hasta, prácticamente, lograr ponerme al día.

Sobre las doce del mediodía me puedo permitir un descanso de media hora, así que me escabullo hasta los vestuarios en busca de mi paquete de tabaco. No, no fumo. Bueno, mejor dicho, prácticamente no fumo. Sólo guardo el paquete para momentos desesperados en los que el estrés me puede. En mi defensa diré que hubo una época en la que fumaba como una carretera, pero Lindsay me obligó a dejarlo durante aquellos maravillosos años en los que vivimos juntas.

Me asomo a la ventana, me enciendo el cigarrillo y aspiró una larga calada mientras el viento golpea mi rostro. Libero el humo de mis pulmones y me relajo mientras observo cómo el aire del exterior juega con él, arrastrándolo lejos de mí.

“Vaya semanita”, pienso, aspirando otra larga calada justo en el instante en el que Vicky interrumpe en los vestuarios.

— ¡Ah, Cora! — exclama a modo de saludo.

Yo me giro brevemente para saludarla, con el brazo que sostiene el cigarrillo estirado fuera de la ventana.

— ¿Qué tal, Vicky? ¿Todo bien?

Ella asiente.

— ¡Menuda se lió ayer! — señala, acercándose a mí. Se apoya en la pared con una sonrisa de medio lado — . Mi marido y yo te vimos en el telediario de última hora.

Suspiro, desesperada.

— Ya me lo imagino...

— ¿Sabes? La presentadora dijo que tenías un perfil muy bonito para la televisión.

Es evidente que está bromeando, así que suelto una descomunal carcajada. Menos mal que alguien ha decidido restarle peso al asunto.

— ¡Ah, sí? Y yo que creía que mi pelo parecía naranja detrás de las cámaras...

Vicky también se ríe.

— Pues no. Comentó algo de que tu rostro era realmente armónico y de facciones muy igualadas. Creo que Steven Spielberg se ha interesado por ti...

— ¡Vaya! — exclamo, sin perder el tono jocoso — . ¡Tendré que presentarme al nuevo casting de Tiburón!

Acabo de darle una calada al cigarrillo cuando ambas caemos en un repentino ataque de risa. Al final, el humo se me atraganta y mi risa termina convirtiéndose en un preocupante ataque de tos.

Cuando consigo calmarme, reviso mi reloj y compruebo que ya va siendo hora de que regrese a la consulta.

— Mejor me marchó... Hoy tengo demasiada faena.

— Luego nos vemos — dice a modo de despedida, preparada para ocupar la misma posición que yo tenía en la ventana.

Gracias a Dios, hoy no parece haber sucedido nada fuera de lo normal y el ajetreo del hospital se asemeja más al de un día cualquiera que al de ayer. Antes de entrar en la consulta, me percató de que la siguiente paciente ya ha llegado y compruebo el reloj de mi muñeca. Ha venido antes de su hora, así que tendré que despedirme del café.

— Ahora mismo la atiende, señora — murmuro, antes de pasar al interior.

— Buenos días, Cora — me saluda Petter, el jefe de mi unidad.

Necesito varios segundos para recomponerme y comprender que no estoy sufriendo ninguna alucinación. Junto a mi mesa, Petter espera con dos agentes de policía. Uno de ellos no tengo ni la menor idea de quién es, pero el otro... ¡El otro es Héctor García! Clavo la mirada fijamente en él, escrutándolo. Él hace lo mismo. Su expresión es seria, decidida. No parece de buen humor y tampoco parece ser portador de buenas noticias.

— ¿Cora? — repite Petter.

No me encuentro bien.

De pronto, me falta el aire y me cuesta respirar. Tengo la sensación de que mis pulmones se han cerrado y me estoy asfixiando.

“Venga, Cora, por favor... Tú no eres así”, me recrimino, esforzándome por coger aire.

— ¿Cora, te encuentras bien? — me pregunta Petter, comenzando a preocuparse.

No tengo ni idea de qué demonios hace ese espécimen de García en mi consulta, pero no voy a permitirle que me intimide. No después del daño que me hizo. Y tampoco voy a consentir que su presencia me afecte de esa manera porque hace tiempo que dejé atrás el episodio que viví con él. Desde hace mucho, muchísimo tiempo, soy una mujer fuerte y decidida que no concede el poder a los hombres.

— Sí, Petter, me encuentro bien — consigo decir en voz alta, tragando saliva.

— Estos señores quieren hablar contigo. Esto... — tartamudea Petter, algo confuso por la situación — , yo mejor me marchó y os dejo a solas. Ya sabes que cualquier cosa que necesi...

— Sí, sí — le corto, incapaz de contener la necesidad de terminar con este asunto — , si necesito algo te lo haré saber, Pett. Gracias.

El casi jubilado Petter sonrío y abandona la habitación, dejándome a solas con el egocéntrico de García y su compañero. Por primera vez, me fijo en el otro policía. Parece joven y no creo que llegue a los veinticinco años de edad, así que supongo que estará en prácticas. “García siempre ha necesitado a la controlar a la gente, por eso tendrá un compañero en prácticas. Para poder mangonearle”, pienso, cogiendo aire profundamente y sentándome detrás de mi mesa, en la silla. A pesar de lo afectada que estoy, he decidido mantenerme fuerte.

— Miren, ya sé que mis declaraciones del otro día fueron del todo inapropiadas — aseguro, intentando coger las riendas de la conversación y terminar con esto lo antes posible — , pero les aseguro que no sabía que un cámara me estaba grabando.

Los dos policías se miran de reojo, cosa que yo no paso por alto. La mueca que pone Héctor es de regocijo y eso consigue sacarme por completo de mis casillas.

“Se acabó eso de ir de niña buena”, decido, apretando los puños con rabia por debajo de la mesa. “Y se acabó dirigirme a ellos con formalismos”.

— Si llego a saber que me ibas a escuchar y que se reproduciría en todas las cadenas, Héctor, te aseguro que habría dicho cosas mucho menos bonitas de las que dije — concluyo, sonriendo.

La mueca de regocijo del imbécil de mi ex desaparece al instante. El otro policía abre los ojos como platos, espantado con mi afirmación.

— ¡Vaya! — exclama Héctor, manteniéndose serio —. Casi no consigo reconocerte, Cora... Has cambiado mucho.

La congoja que siento me aprieta más el pecho.

No sé si lo que me ha afectado ha sido escuchar de nuevo su voz tan cerca o el mismo contenido de su comentario.

— ¿Qué quieres? — corto, mordiéndome el labio.

Tengo miedo de que las lágrimas se me escapen.

Desde luego, lo último que quiero es que ese capullo me vea llorar. No, señor. Eso ni en broma. Héctor García ha sido la única persona capaz de destruir todas mis ilusiones, de machacarme y de hundirme. Y yo no soy como mi amiga Charlize; tengo muy claro que no voy a dejarme pisotear. Ni ahora, ni nunca.

— En realidad, no hemos venido a verla por ese asunto, señora — añade el otro policía con un hilillo de voz.

— ¿Señora? — repito.

“¿De verdad ese niñato acaba de llamarme señora? ¡Señorita, será!”.

— Pues entonces, al grano. Tengo pacientes que atender y no puedo perder aquí todo el día.

Héctor continúa con su gesto serio antes de responderme.

— ¿Es tuyo el Mini Cooper que hay aparcado ahí, afuera? En la plaza catorce.

— ¿Qué le pasa a mi coche?

— Ha sido denunciado por huir del escenario de un accidente, señora. Si no le importa, tiene que acompañarnos a comisaría — dice el joven con el rostro tan serio como el capullo de Héctor.

No parecen estar bromeando.

¿Huir del escenario de un accidente? ¿De verdad? Ese viejo chiflado debe de estar mal de la cabeza para haberme denunciado.

— Eso no ha sido así — me defiendo, sonriendo irónicamente mientras me pregunto si será casualidad que Héctor esté aquí ahora mismo — . Me han dado un golpe por detrás esta mañana y como el señor me sacaba de quicio, he decidido que no le denunciaré al seguro. No me importa pagar el arreglo si con eso me evito un mal rato y el tener que discutir con él.

Ambos agentes de la ley se lanzan una mirada de reojo. Es evidente que están meditando en la explicación que acabo de darles.

— Señora, será mejor que nos acompañe a comisaría, por favor. Es la mejor forma de... — comienza el chico joven.

— No voy a acompañarles a ninguna parte. Estoy trabajando y tengo muchos pacientes que atender — le interrumpo, impacientándome.

¡Por Dios!

Aunque Héctor se está manteniendo en un segundo plano — algo muy extraño conociendo su forma de ser — , su mera presencia consigue agitar por completo mi interior.

— Cora, no hagas esto complicado — señala García — , tienes que venir con nosotros a comisaría.

Odio que pronuncie mi nombre. Odio cómo suena en sus labios.

— No voy a ir a ninguna parte. Y menos contigo — escupo, rabiosa.

Héctor aspira y suspira hondo.

Puedo ver cómo procura calmarse y, por un instante, pienso que quizás se deba

a que yo también consigo enervarle tanto como él a mí.

— Señora, necesitamos solucionar este asunto... Podría faci... — comienza el chico hasta que Héctor coloca una mano en su hombro, indicándole que lo deje antes de levantarse de su asiento.

— Vas a venir con nosotros por las buenas o por las malas, Cora.

— ¿Es una amenaza? — suelto, rabiosa, mientras la ira empieza a apoderarse de mí.

Héctor sacude la cabeza con desesperación antes de comenzar a caminar hacia mí.

— ¡Qué haces! — grito, incrédula.

“¡Cómo se atreva a ponerme una mano encima lo mato!”, pienso.

— ¿García? — pregunta su compañero.

— Levántate, Cora — pide con tono muy poco cortés — . Esto no es ninguna broma, no sé si lo entiendes o no.

— Te he dicho que no voy a ir a ninguna parte — repito, manteniéndome firme en mi posición.

Héctor da un paso más en mi dirección, acortando la distancia que hay entre nosotros bajo la atenta mirada de su joven compañero.

— Te lo voy a pedir por última vez...

— No... pienso... ir... a ninguna parte — repito muy despacio, cogiendo aire con cada palabra para no perder los papeles.

Entonces él me sujeta del brazo y tira de mí para levantarme de la silla. Todo sucede tan rápido que ni siquiera soy muy consciente de mis actos. Mi mano, como si tuviera voluntad y capacidad de decidir por sí misma, se estrella contra el rostro de Héctor. Él libera mi brazo al instante pero, con un gesto de soberbia, se apresura a agarrarme por los dos brazos y levantarme a la fuerza.

— ¡¿García?! — exclama su compañero con la voz cargada de alarma.

— ¡Cómo no me sueltes ahora mismo te juro que te mato! — amenazo,

cargada de odio y de rabia.

Héctor me está sujetando como si estuviera esposada, manteniéndome de espaldas a él.

— Vas a dejar de hacer el gilipollas y vas a acompañarnos hasta la comisaría por las buenas, Cora — susurra en voz muy baja, de manera que solamente yo pueda escucharle —, porque si no tendré que sacarte de este hospital esposada, ¿lo entiendes? Y te recuerdo que acabas de golpear a un agente. Puedo ponerte las cosas muy difíciles si me da la gana.

— ¡García! — repite su compañero, levantándose.

Héctor me suelta al instante.

Siento mi corazón tan acelerado que parece que se me va a salir por la boca. O por las orejas, o yo qué sé. ¡Me va a estallar!  
Cuando me doy la vuelta hacia ellos, tengo la cara empapada en lágrimas.

— Eres el ser más despreciable que he conocido jamás, Héctor... — escupo con rabia, apartándome las lágrimas a manotazos.

## 8

Ha sido una mala idea llamar a Lindsay, porque la pobre parece más histérica que yo. Pero necesitaba a su marido para solucionar este lío cuanto antes. Por triste que suene admitirlo; no es la primera vez que Jack Ackerman aprovecha su status social y su dinero para sacarnos de más de un lío. El año pasado, cuando Charlize intentó espiar a su exnovio colándose en una propiedad privada, terminamos metidas en un calabozo y fue Ackerman el que consiguió sacarnos de allí con solo chasquear los dedos.

— Seguro que el abogado de Jack no tarda demasiado en solucionar todo este asunto — asegura Lindy, agarrándome la mano con fuerza.

Desde luego que llamarla ha sido una pésima idea.  
¿Cómo es posible que me esté poniendo más nerviosa aún?

— Ya... bueno... Lo que quiero es que le dé su merecido a Héctor García. ¡Estoy convencida de que la detención que me ha hecho es ilegal!

Me siento indignada.

Me han sacado del hospital delante de todo el mundo y he tenido que dejar mi consulta así, sin más. No sólo he perdido un día laboral, sino que además me ha dejado en ridículo delante de todos mis compañeros. Por segunda vez en la vida, Héctor García se las ha apañado para humillarme.

Jack interrumpe en la salita y ambas le miramos con ojos de cordero degollado. Bueno, esta cara de niña buena no se me da tan bien como a Lindsay, pero poco a poco voy mejorando.

— ¿Ya está? ¿Van a quitarle la placa? — pregunto, fingiendo un puchero sobreactuado.

El casi marido de mi amiga me fulmina con la mirada.

— ¿Has golpeado a un policía, Cora?

Yo trago saliva.

— ¡Cora! — exclama Lindsay, espantada — . ¡Cómo se te ocurre!

— Solamente ha sido en defensa propia, de verdad... — murmuro, aparentando algo de arrepentimiento — , yo no pretendía que se soltase...

— Cora... — comienza Jack, como si estuviera a punto de echarle una reprimenda a un niño — , te he visto intentar hacer puré a un chico con mi monovolumen. Que por cierto, terminó estrellado en una cuneta, si no recuerdo mal. No me mientas.

— ¡Le intenté pasar por encima porque le estaba engañando a Charlize con otra!

Lindsay asiente, apoyándose.

— Dexter se merecía morir hecho puré — corrobora mi amiga.

— La única razón por la que no le hice papilla fue por tu coche. Estaba demasiado flamante y era una pena que fuera a terminar repleto de perdigones de basura humana.

Jack vuelve a sacudir la cabeza.

— Marcharse del escenario de un accidente es delito. Estabas involucrada en él — continúa con voz seria — . Esto no tiene ninguna gracia, Cora.

Vale, ha llegado la hora de ponerse serios.

— ¿Y ahora, qué?

Jack suspira.

— Al parecer, el Héctor García no va a presentar cargos y está dispuesto a cambiar su declaración y decir que le acompañaste voluntariamente hasta comisaria.

Yo pestañeo, incrédula. ¿Qué Héctor está dispuesto a... qué?

— ¡Eso es genial! — asegura Lindsay, cogiendo el teléfono para mandarle un mensaje a Charlize.

Al parecer, todo mi círculo ya se ha enterado de que estoy detenida en una comisaría de Manhattan.

— Pero a cambio tendrás que hacer un pequeño comunicado pidiendo disculpas por haberle insultado en público.

Lindsay deja de teclear al instante y me observa.

— ¿Cora?

— ¡Ni hablar! — exclamo, indignada — . ¡Sólo dije la verdad! ¡Y además, no sabía que nadie me estaba grabando!

— Cora, ¿por qué no intentas ponerle las cosas un poco más fáciles a mi abogado? Por favor... — suplica Ackerman, masajeándose las sienes con gesto de desesperación — . Cariño, ¿por qué no intentas convencer a tu amiga de que, por una vez en la vida, sea una persona cuerda y sensata?

Lindsay se encoge de hombros.

— No le pediré perdón a Héctor por decir en público lo que opinaba de él — dice, apoyándome — . Es más, yo también opino eso de él.

Jack frunce el ceño.

— Muy bien, me caso con una loca y en el pack vienen incluidas otras dos... — murmura, abandonando la salita sin añadir nada más.

Lindsay sonrío ante el comentario de su novio y yo, inevitablemente, no puedo evitar ponerme de buen humor. Jack es genial. Me alegra mucho que después de un principio tan tormentoso por fin, ambos, puedan ser felices de una vez por todas.

— Te quiere demasiado — le digo a mi amiga.

Ella asiente.

— Lo sé — murmura, sonriente y repleta de felicidad.

— Y cambiando de tema... ¿Por dónde íbamos? — pregunto — . ¡Ah, sí!

Estaba buscando la forma de asesinar a Héctor García sin dejar rastro — digo, alzando la voz y mirando a la cámara que hay colgando de la pared. Para rematar, sonrío como una psicópata, abriendo muchísimo los ojos, y saludo.

— Deja de tomarte esto a broma, Cora...

Las horas pasan muy lentas y ni Jack ni su abogado parecen llegar a ningún acuerdo que satisfaga a ambas partes implicadas. Empiezo a desesperarme y estoy a punto de rendirme y decir que pediré perdón cuando, de pronto, Héctor García aparece en la sala. Su rostro es serio, sin ningún atisbo de estar disfrutando con el hecho de tenerme aquí encerrada; aunque... ¿cómo demonios puedo fiarme de lo que transmite si consiguió engañarme una vez? Es un manipulador nato, eso lo tengo muy claro.

— ¿Puedes dejarnos a solas? — pregunta, dirigiéndose a Lindsay.

Mi amiga me lanza una mirada cómplice, intentando adivinar qué es lo que yo deseo.

— Sí, tranquila — murmuro.

Lindsay se levanta y sale de la habitación poco convencida. Me percató de que, antes de cerrar la puerta, fulmina con la mirada la espalda de Héctor García. Desde luego, tengo las mejores amigas que jamás podría haber imaginado.

— Siento mucho todo esto, Cora.

Guardo silencio, intentando asimilar lo que Héctor acaba de decir. ¿Me está pidiendo perdón? ¿De verdad? No le veía capaz de dar la cara, así que esto es todo una sorpresa para mí. Me fijo en que la expresión de sus ojos casi parece torturada, como si no estuviera disfrutando ni un poquito con esto. Pero sé muy bien que es mentira, porque si no hace rato que estaría en la calle comiendo unas patatas fritas en el Burger King... Y, por desgracia, aquí sigo; encerrada porque a él le da la gana.

— ¿Qué es lo que sientes, Héctor? — contraataco, apoyándome sobre la mesa.

Él se ha sentado frente a mí.

Verle así de serio y vestido de uniforme me hace replantearme si de verdad estoy hablando con el hombre que en un pasado conocí.

— Siento todo esto — repite, confuso — , no me gusta esta situación.

— Pues entonces sácame de aquí y deja de comportarte como un capullo integral.

Él se encoge de hombros.

— Cora, yo no te he metido en problemas. Eso ha sido cosa tuya.

— Sí, sí lo has hecho. Pero como siempre, ya estás intentando quitarte la culpa de encima...

Héctor, desesperado, suspira.

— Te van a dejar marcharte. Parece ser que tu amigo es alguien importante...

— señala, torciendo una mueca de disgusto — , y la gente importante ya sabes que consigue lo que quiere.

— Por eso le he llamado a él.

— Cora... ¿No podemos tener una conversación normal? He escuchado todo lo que dijiste sobre mí y... No puedes imaginar cómo me has hecho sentir. ¿De verdad es lo que piensas? Después de todo lo que pasamos juntos, Cora.

— ¿De qué exactamente, Héctor? — inquiero, fijándome en cómo los músculos de su antebrazo se tensan por debajo de la camisa del uniforme — . ¿En qué cómo me dejaste plantada sin darme ninguna explicación? ¿En cómo me engañaste? ¿En cómo te aprovechaste de mí?

— Yo no te engañé.

— ¡Joder, Héctor! — grito, perdiendo los papeles mientras las lágrimas estallan en mi rostro — . ¡Aquella noche pensaba que ibas a pedirme matrimonio!

Él aprieta los puños.

De nuevo esa carita de cordero degollado. Si a Lindsay se le da bien, a éste ni te cuento. Creo que debería replantearse su trabajo como policía, porque como

actor no tendría precio.

— Yo... lo siento... — tartamudea — , no pretendía hacerte daño.

¡Vaya estupidez!

— Pues lo hiciste — murmuro, haciendo un esfuerzo sobrehumano por dejar de llorar — . Y lo único que quiero es perderte de mi vista y no volver a verte, ¿lo entiendes? Si hace falta me mudaré a otro país, Héctor, porque al parecer, tú no vas a hacerlo.

— Cora... yo... — comienza a decirme con inseguridad.

En su rostro puedo ver reflejada la derrota, pero cuando está a punto de continuar con lo que parece otra de sus disculpas, Jack interrumpe en escena para decirme que nos marchamos.

— Venga — me apremia, escrutándome de hito en hito y percatándose de mis lágrimas.

Yo salgo de la habitación, pero Jack se mantiene firme en el umbral unos instantes.

Me estoy alejando de la sala cuando escucho al novio de mi amiga amenazando a Héctor García.

— Como se te ocurra volver a acercarte a ella me aseguraré de que nunca más vistas ese uniforme.

Disminuyo la velocidad de mis pasos para reencontrarme con Jack, que sin decir nada, me abraza levemente y me señala la salida.

— No volverá a molestarte — asegura con convicción.

## 9

No sé muy bien cómo debería sentirme ahora mismo.

Siguiendo el consejo de Jack, he llamado al hospital para avisarle a Petter de que mañana no iré a trabajar. El casi marido de Lindsay tiene razón cuando dice que es mejor que se enfríe el asunto y que la gente lo olvide un poco antes de reaparecer en escena. Primero salgo en televisión y, después, la policía me detiene. ¿Qué más puede pasarme? Lo que tengo por seguro es que ahora mismo todo el hospital sabe quién soy. Además, no quiero ni imaginar lo que pensarán mis compañeros de mí. Seguramente, nada bueno.

— Tantos años en el hospital para que toda mi reputación se venga abajo de golpe y porrazo — digo en voz alta, justo antes de pegarle un puñetazo al cojín de mi sofá.

No me apetece ver la televisión. No puedo concentrarme en un libro. No quiero salir a un bar para emborracharme. Pero tampoco quiero quedarme aquí sentada compadeciéndome de mí misma y hecha un mar de lágrimas. Tengo la terrible sensación de que Héctor García se las está apañando para volver a destrozarme la vida y, lo peor de todo, esta vez ni siquiera está en mis manos detenerle.

El timbre de mi casa resuena roncamente y yo me levanto sobresaltada del sofá. Compruebo la hora; las ocho y media de la tarde. Hace más de tres horas que me he despedido de Jack y de Lindsay y no espero ninguna visita, así que me acerco a la puerta procurando adivinar quién puede ser.

— ¿Pero qué hacéis aquí...? — pregunto, abriendo la puerta de par en par.

¡Los ángeles de Charlie vienen al rescate!

Mis dos amigas se quedan en el umbral de la puerta, mirándome de arriba

abajo con una media sonrisa.

— Hemos pensado que estarías sola... ¡Y eso no puede ser! — exclama Lindsay con alegría.

— En realidad, no debería ser así nunca — añade Charlize, dando un paso al frente con una cesta en brazos.

— ¿Qué demonios es...? — comienzo, antes de interrumpirme. El sonido agudo que resuena dentro no deja lugar a dudas; un gato está maullando en el interior de la cesta — . ¿Es un gatito?

Charlize sonrío y Lindsay le lanza una mirada de complicidad. Me quedo observando cómo mis dos amigas pasan al interior de mi casa, directamente al salón, antes de dejar la cesta sobre la alfombra. QUITAN LA TAPA DE MIMBRE Y LAS TRES NOS QUEDAMOS OBSERVANDO CÓMO EL PEQUEÑO FELINO SACA LAS PATITAS Y ASOMA LA CABEZA PARA SALUDARNOS CON UN PEQUEÑO MAULLIDO. ¡ES UN BEBECITO!

— ¡Oh, qué monada! — exclama Lindsay.

Yo también sonrío como una tonta sin apartar la mirada del pequeño animalito. Me encantan los gatos. Siempre han sido mi animal favorito pero... Hay una razón por la que no he podido permitirme hasta ahora tener uno como mascota. Y por desgracia, esa razón sigue estando presente.

— Ya sabéis que no puedo quedármelo.

— Sí que puedes... — señala Charlize con convicción — . ¿No te gusta?

— Claro que me gusta, pero no puedo quedarme con él — señalo, observando cómo el pequeño animalito da un empujón a la cesta para ladearla y poder salir de ella.

Se queda mirándonos fijamente a las tres y suelta un maullido. ¡Qué bonito es! Es negro, de arriba abajo, como a mí me gustan. Además, tiene los ojos azules y parece que te traspasa con esa tierna mirada. ¡Me derrito!

— ¿Charlize, Lindsay? — murmuro, mirándolas fijamente — , más vale que volváis a meterlo en la cesta y que os lo llevéis antes de que le coja cariño. No puedo quedármelo.

— ¡Claro que puedes! — exclama Lindsay, risueña.

— No, no puedo. ¿Os recuerdo que hago guardias de más de veinticuatro horas?

Charlize no me deja continuar por ahí.

— No es excusa. La mujer de la tienda de animales nos ha asegurado de que no pasa nada porque esté solo. A los gatos les gusta estar solos y tranquilos.

— Pero tendrá que alimentarse...

— Me pasaré yo por casa cuando tengas turno largo — señala Lindsay, uniéndose a Charlize — , así me aseguraré de que él está bien.

— No tienes excusa, Cora. Si quieres quedártelo, puedes hacerlo — murmura — . Es tuyo.

Me quedo mirando al gatito, que parece que se ha aburrido de prestarnos atención y ahora se dedica a inspeccionar la casa y olisquear por todas las esquinas. Al final, termina haciéndose un ovillo y dejándose caer en la alfombra.

— Está cansado — murmuro en voz baja, mirándole.

Lindsay asiente con la cabeza.

— Hemos comprado todo lo que necesitas para cuidarle, Cora. ¿Qué me dices? ¿Te lo quedas?

Ambas saben que siempre he querido un gatito pero... Nunca me he visto capacitada para tener esta responsabilidad sobre mí. ¡Por Dios, es otra vida de la que ocuparse! Y suficiente tengo con conseguir que la mía no sea un desastre. Me quedo mirándole fijamente y la ternura me invade por completo. La verdad es que el pequeño Salem me inculca una calma que, al menos hoy, no había tenido en ningún momento del día.

— Salem se queda — anuncio, sonriente.

Charlize aplaude y Lindsay se une a ella. El pequeño animalito alza la cabeza para mirar el origen de tanto escándalo, pero pronto termina perdiendo el interés y vuelve a hacerse un ovillo para continuar dormitando.

— ¿Salem? ¿Cómo el gato de la bruja esa? ¿La de la televisión?

Muevo la cabeza en señal afirmativa.

— Yo soy casi una bruja, ¿no?

Mis dos amigas saltan en carcajadas antes de acomodarse en el sofá.

La siguiente hora la pasamos observando los movimientos del animalito mientras tomamos un descafeinado. Ambas se esfuerzan por hablar de asuntos sin importancia y por procurar distraerme de todo lo que ha pasado, pero a pesar de ello, no consigo sacarme al estúpido de García de mi cabeza.

— Creo que debería irme — señala Lindy —, Jack ha dicho que me esperaría para cenar.

— ¡Claro! — exclamo, bromeando —, ¡la vida de casada!

Charlize suelta una risotada y mi otra amiga me propina un buen codazo en las costillas.

— Yo también me marchó, Cora. Ya sabes que tengo mucho jaleo en la oficina.

Asiento y las acompaño con tristeza hasta la puerta para despedirme de ellas. La verdad es que este ratito junto a mis amigas me ha venido genial para desconectar. Me quedo en silencio, escuchando cómo ambas discuten algo relacionado con la oficina mientras descienden las escaleras del portal y no regreso al interior de mi piso hasta que escucho cómo se cierra la puerta de abajo.

— Pues nada, nos hemos quedado solos, Salem... — murmuro, cogiendo al gatito y colocándolo en mi regazo.

El pequeño animalito ronronea, indicándome que así está agusto.

¿Cómo narices hemos podido cambiar tanto en tan poco tiempo? ¿Dónde han quedado esos años en los que salíamos de fiesta por Manhattan un martes o un miércoles? Todos los días teníamos algún plan para divertirnos, ya fuera beber hasta perder el conocimiento o ir a Queens a ver algún nuevo estreno. Lo peor de todo, es que una vez más tengo esa sensación de que mis dos amigas han seguido avanzando en la vida, pero yo no. Yo sigo atascada en el mismo punto y sospecho que eso no es bueno.

— Bueno, ahora te tengo a ti... — señalo, masajeándole a Salem por detrás

de las orejitas.

Creo que lo que necesito para seguir adelante son nuevos objetivos. Proyectos, ilusiones y cosas por las que interesarme y luchar. Suspiro, confusa y derrotada. Todo eso son tonterías, lo sé. Y autoanalizarme no me llevará a nada bueno, tan solo a hundirme aún más en la miseria.

Mi nuevo inquilino empieza a chuparme la mano de forma desesperada y deduzco de ese gesto que el pobre debe de estar muerto de hambre y de sed. Reviso la bolsa que Lindsay me ha dejado junto al sofá y rebusco hasta encontrar un paquete de leche en polvo. En su exterior, vienen unas confusas instrucciones sobre cómo prepararla y una jeringuilla para alimentar al pequeño bichillo.

— Y yo pensando que comáis pienso... — digo, levantándome para ir a la cocina.

Pongo a calentar una cacerola con un litro de agua y echo los polvos en su interior cuando el contenido de la misma comienza a burbujear. Preparo la leche con rapidez con el pequeño Salem sin dejar de maullar, impaciente. Alimentarle me resulta tan gratificante que, por unos segundos, me evado de todos los problemas y en lo único que pienso es en Salem. Tan inocente y bonito. Un ser pequeño que precisa de mis cuidados para sobrevivir, lo que conlleva una enorme responsabilidad que creía que no podría soportar, pero que ahora, he descubierto que me encanta tener.

— Creo que seré una estupenda mamá gatuna — le digo en un susurro, mientras él termina con el contenido de la jeringuilla —, o al menos lo intentaré, ¿vale?

El bichito termina de comer y maúlla, feliz, ronroneándome y haciendo círculos a mi alrededor.

Cuando me dispongo a enjuagar la cacerola el timbre vuelve a sonar.

Doy por hecho que se tratará de Charlize o de Lindsay, que seguro que se han olvidado algo en mi apartamento. Abro la puerta sin mirar por la mirilla, con una sonrisa cansina en el rostro.

— Sois un desastre andante... — murmuro, justo antes de percatarme de que no se trata de ninguna de las dos.

— Buenas noches, Cora.

Su voz suena dolida, casi como si estuviera sufriendo al hablar.

Trago saliva, procurando asimilar con rapidez que Héctor García está plantado en el rellano de mi edificio, llamando a mi timbre. Estos dos últimos días han sido un verdadero horror y si algo he aprendido es que cada vez que él aparece, todo termina mal para mí.

— ¿Qué haces aquí? — escupo, incapaz de decir cualquier otra cosa diferente.

— He venido a disculparme contigo.

¡Genial! ¡Otra disculpa!

“Tienes que terminar con esto YA, Cora”, me recrimino a mí misma, consciente de que la situación se está complicando demasiado. No solo he tenido que lidiar con Héctor todos los días desde que apareció en el hospital, sino que además el chico parece dispuesto a perseguirme y a torturarme sin descanso. Supongo que lo más sencillo sería perdonarle, decirle que estamos en paz y desearle que le vaya bien en la vida. Así cortaría de raíz la situación y ambos podríamos continuar con nuestras vidas como hasta ahora. “Dile que está perdonado y se acabó”, me dice mi voz mental. Pero no puedo decirlo. No sé cuál es la verdadera razón de ello; si es que aún le guardo demasiado rencor o si es que, muy en el fondo, estoy disfrutando volviéndole a ver. Decir que le había extrañado es decir demasiado, pero la verdad es que sentía curiosidad por averiguar qué había sido del único hombre que había logrado hacerme sentir algo en esta vida.

— Cora, por favor, déjame pasar y escucha lo que tengo que decirte...

Y una vez más, mi mano toma decisiones por sí misma y cierra la puerta de un portazo dándole en las narices a Héctor García. Me quedo mirando la madera, pensando que ese roble es lo único que me separa ahora mismo de él. Con un nudo en la garganta, levanto el brazo y coloco la palma de la mano extendida sobre la puerta.

Sí, Héctor todavía me duele demasiado. Y todavía me gusta demasiado.

Charlize y Lindsay tienen razón cuando dicen que él siempre fue mi talón de Aquiles, mi punto débil, el veneno que degustaba aún sabiendo que terminaría

matándome. Suspiro hondo pensando que al final terminará marchándose, pero el timbre vuelve a resonar dos veces más.

— ¡Lárgate, Héctor! — exclamo, incapaz de abrir la puerta.

Tengo la sensación de que si la abro volveré a echarme a llorar, igual que me pasó en la consulta o igual que en la comisaría. No, no quiero que ese capullo me vea así, hundida.

— Cora, abre la puerta, por favor... — suplica con voz calmada y pausada  
— , vas a tener que abrirla tarde o temprano.

— ¿Por qué debería?

— Porque te has dejado al gato fuera — señala con voz jocosa.

— ¡Mierda, joder! — exclamo, dándome la vuelta para buscar a Salem en mi apartamento.

Evidentemente, no está.

Miro por la mirilla y veo a Héctor con el gatito en sus brazos. La rabia que siento aumenta aún más y, a regañadientes, abro la puerta.

— Devuélvemelo — exijo de malas formas.

Héctor se toma mi malhumor a risa, lo que consigue desquiciarme aún más.

— Ahora mismo Misifu es mi rehén. No pienso liberarle hasta que me dejes pasar al interior, Cora.

— Salem — le corrijo, haciéndome a un lado para que pueda pasar — , se llama Salem, no Misifu.

— ¡Qué pena! — exclama risueño y, al parecer, satisfecho por haber logrado su objetivo — , siempre quise un gato que se llamase Misifu.

Héctor mira hacia todas partes, escrutando mi apartamento y aún con mi gato en sus brazos.

— Deja de contaminar con tus gérmenes al animal y suéltalo ahora mismo.

Él se ríe y obedece, aún sin dejar de analizar mi hogar. Inconscientemente, yo

lanzo una mirada para comprobar que no se encuentre en demasiado mal estado. No soy desordenada, pero tampoco tengo mucho tiempo para limpiar y recoger, lo que contribuye a que el desorden termine campando a sus anchas.

— ¿Qué quieres, Héctor?

— Hablar contigo, sólo eso — asegura con los brazos en alto, señalando que está “desarmado” — , una pequeña charla.

Refunfuñada, pongo los brazos en jarras y me quedo mirándole muy fijamente.

— Me marcharé cuando tú lo digas, ¿vale? — añade, justo antes de entregarme una bolsa — . Es para firmar la paz, cógela.

Lo último que quiero es aceptar un regalo de Héctor García, pero al final termino cogiéndola a regañadientes. Miro de reojo su interior.

— ¿Dom Perignon? — pregunto con incredulidad — . ¡Pero tú estás mal de la cabeza!

— Recuerdo que tenías gustos muy exquisitos — señala, revisando la decoración de mi salón.

— Eso era hace mucho tiempo, cuando aún vivía con mis padres — le digo, avergonzándome de aquella Cora infantil cuyos únicos deseos se reducían a un anillo de Tiffany’s y al nuevo bolso de Louis Vuitton — , ahora vivo en un apartamento, bebo vino espumoso del supermercado y disfruto de mi gato.

Héctor suelta una carcajada descomunal que, por muy poco, casi termina contagiándome de su buen humor.

— No tiene nada que ver con la Cora que yo conocí — añade — , ésa que le contaba todo a sus padres, que estudiaba en la mejor de las universidades y que todas las semanas se iba de compras con su tía a Queens.

— Esa Cora ya no existe — aseguro, encogiéndome de hombros — . ¿Qué haces aquí, Héctor? — inquiero, resignándome.

Aunque cueste creerlo, casi consigue que baje la guardia y me relaje teniendo esta conversación.

— Hablar contigo — señala de forma absurda — . ¿Por qué no abres la

botella y hacemos las paces con un brindis, Cora?

Niego rotundamente con la cabeza.

— No puedo aceptarla. Como mínimo, costará doscientos dólares. Es demasiado.

— Doscientos dólares no son nada para ti.

— No eran nada para mí — matizo, con el verbo en pasado —, ahora... Bueno, digamos que me va bien trabajando en el hospital, aunque tampoco puedo permitirme grandes lujos.

— Ya veo... — dice Héctor, alzando sus manos hacia el apartamento —. Aunque debo de confesar que esta parte de la nueva Cora me gusta mucho.

Me quedo en silencio, mirándole fijamente mientras Salem da vueltas a mi alrededor. Al final, el gatito termina acurrucándose junto a los pies de Héctor.

— Me regalaron la botella cuando entré en el cuerpo de policía. Ábrela o seguirá cogiendo polvo en mi casa.

Estoy a punto de volver a negarme cuando Héctor insiste. Al final, accedo. “Una copa y se marcha”, me digo a mí misma, incapaz de quitarle la mirada de encima. Es increíble que siga igual que siempre; como si el transcurso del tiempo no hubiese hecho mella en él.

Dejo a Héctor y al pequeño Salem a solas y me escabullo a la cocina para descorchar la botella y coger un par de copas. Una vez más, mi corazón vuelve a acelerarse. Estoy nerviosa. Tenerle tan cerca me pone nerviosa. Además, el odio ahora está más presente que nunca.

— ¿Necesitas ayuda? — grita Héctor desde el salón.

— ¡No!

Me dirijo al salón de vuelta, pero mi exnovio ya no está donde debería. Se ha levantado para cotillear el resto de la casa.

— ¿No te han dicho nunca que fisgar es de mala educación?

Héctor me mira, sonrío y, después, coge una de las copas que traigo en la mano. Parece que mi comentario no le ha amedrentado, porque abre aún más la

puerta y asoma la cabeza en el interior de mi habitación.

— Muy de Cora — señala, sonriendo con picardía — . Tal y como me la había imaginado...

Yo me encojo de hombros.

La verdad es que mi decoración es bastante sencilla, sin nada que realmente merezca la pena destacar.

— No sé qué le ves tú, es solo una habitación. Sencilla y simple.

— Parece sencilla y simple, pero no tiene nada de eso — asegura él — . El gris de las paredes lo habrás puesto para que te transmita calma, las cortinas a juego pero con encaje. Seguro que costaron una buena pasta, ¿no? El armario, como no, de proporciones inmensas. Se come toda la habitación. Aunque claro, la ropa es muy importante tenerla bien ordenada, ¿no? El tocador en una esquina porque por muchos años que pasen, y por muchos lujos que te quites, seguirás siendo la Cora coqueta y presumida de siempre. ¿Quieres que pasemos a las sábanas de estampado de cebra y a las lámparas de mesilla?

Sin pensármelo dos veces, empujo a Héctor para que salga de la habitación y cierro la puerta. No me gusta que me analicen. Además, no tiene ningún derecho para hacerlo.

— ¿Y esta otra habitación? — inquiera.

— Era la de mi amiga Lindsay — explico con nostalgia — , compartíamos piso hasta hace poco.

No le dejo continuar con la visita y le indico con un gesto que regrese cuanto antes al salón. Héctor obedece, sonriente, mientras bebe a sorbos la copa que tiene en la mano.

— Nunca entendí porqué te gustaba tanto este champán, Cora...

— Porque hay champanes y luego, en un nivel superior, está el Dom Perignon.

Héctor se ríe y me indica que me siente a su lado. Cuando lo hago, mi brazo roza con el suyo y un escalofrío recorre mi espina dorsal. “Es hora de que se marche, Cora”, me dice una voz en mi cabeza.

— El destino ha vuelto a ponerme en tu camino, ¿no lo crees? — murmura él,

pensativo, casi como si estuviera hablando consigo mismo.

Yo me quedo callada mientras rebusco en mi cabeza alguna buena excusa para echarle; “es tarde y mañana madrugo”, “aún tengo tareas pendientes antes de marcharme a dormir, así que adiós”, o “estoy agotada porque hoy me han arrestado”.

Tomo otro sorbo del exquisito champán y el sabor me devuelve a aquellas navidades en casa de mis padres, cuando creía que Héctor me pediría que me casara con él. ¡Qué ironía de la vida! Porque si no recuerdo mal, aquellas fueron las últimas navidades que pasé en casa de mis padres y las últimas en las que degusté un verdadero Dom Perignon.

— Tus padres no me querían para ti, Cora, lo sabes, ¿verdad? — me dice, observándome fijamente.

Desvío la mirada hacia sus ojos, pero su mirada me resulta tan intensa que termino agachando la cabeza. ¿Cómo es posible que siga tan guapo como siempre? Con su pelo moreno alborotado, su piel bronceada a pesar del frío, su aspecto juvenil, su cuerpo definido, sus músculos fuertes y tensos bajo la camisa...

— Eso no es verdad — señalo — , mi madre siempre te aceptó, Héctor.

— Eso es lo que quería que tú pensaras, pero no. Jamás me quiso para ti.

Trago saliva, haciendo un esfuerzo por recordar si esa afirmación tiene algún fundamento. Han pasado tantísimos años y la relación con mis padres se ha enfriado tanto que, de alguna manera, casi los veo como a personas desconocidas.

Coloco la copa sobre la mesa. Últimamente no bebo demasiado así que, al igual que la anterior vez con la botella de vino, ahora también empiezo a marearme con facilidad.

— ¿Te puedo hacer una pregunta?

Él se tensa.

Evidentemente, ya sabe qué le voy a preguntar. Una voz en mi cabeza me dice que debería despedirme de él y pedirle que se marche, pero mi yo interior no quiere desaprovechar esta oportunidad.

— Sí, claro — responde, tragando saliva.

— ¿Por qué no viniste aquella tarde? Dime la verdad, por favor.

Sé que responda lo que responda el dolor continuará allí, pero al menos habré escuchado la explicación que tanto tiempo esperé de él.

— Le dijiste a tu madre que te iba a pedir matrimonio y ella me llamó — explica brevemente —. Te había comprado un anillo en uno de los rastrillos de Brooklyn. No era un Tiffany's como tú querías, pero suponía que sería lo de menos...

Héctor hace una pequeña pausa y yo le insto a que continúe. Así que sí, aquella tarde me pediría matrimonio. Al menos, acerté en algo.

— Tu madre sabía que mi familia provenía de un barrio obrero, que ninguno de nosotros tenía dinero ni una carrera universitaria y... Me ofreció una cantidad importante para que rompiera nuestra relación.

— No es verdad. Mi madre jamás haría eso.

Héctor se ríe con ironía.

— No acepté el dinero, pero decidí que aquella gota colmaba el vaso y que debía desaparecer. No podía seguir con ese nivel de vida y no podía engañarme diciéndome que algún día serías mía.

— No...No lo entien... — tartamudeo, justo cuando él me corta para continuar con su explicación.

— Paseábamos por las mejores zonas de Manhattan y Queens, íbamos a los mejores pubs y a los mejores restaurantes y... Yo intentaba complacerte en todo, pero a final de mes tenía que pedirles dinero prestado a mis padres para pagar el alquiler de mi piso. No me daba para todo. Así que terminé comprendiendo que tu madre tenía razón... Que yo jamás podría hacerte feliz.

Me quedo en silencio sopesando todo lo que Héctor me acaba de confesar. Sabiendo eso, ¿debería de seguir odiándole? ¿Guardándole rencor? Héctor deja la copa sobre la mesa auxiliar, junto a la mía, y se vuelve hacia mí.

— Cora, sé que ya no eres esa niña caprichosa y malcriada de entonces

— murmura, mirándome directamente a los ojos. Ascende su mano hasta mi mejilla y la coloca ahí para obligarme a mantener la cabeza firme en su dirección —, sé que las cosas han cambiado y sé que tu madre ya no puede influir en ti. Yo también he cambiado y ya no soy un niño asustado.

Sigo en silencio. Su piel contra mi piel. Su aliento demasiado cerca. Y lo más importante, una versión de Héctor en la que todo cobra sentido. Mi madre chantajeándole y él sin poder llegar a fin de mes. ¿Cómo había podido ser tan estúpida para no verlo? Para mí simplemente todo había sido perfecto. Lo peor de todo es que recuerdo que él no me dejaba pagar ni un solo café, a pesar de que mi cartera doblaba siempre la cantidad que la suya solía contener, claro.

— ¿No te parece extraño que acabase en tu hospital?

— Era el más cercano al lugar del accidente.

— ¿Ni que estuvieras trabajando en aquel momento? ¿Ni que el cámara de televisión te grabase?

Yo me encojo de hombros y Héctor continúa.

— ¿Tampoco te parece extraño que la denuncia de tu coche llegase a mi unidad, Cora? ¿De verdad no crees que teníamos que volver a encontrarnos?

Cada vez está más cerca de mí.

Siento cómo todas las células de mi cuerpo reaccionan a su proximidad, como si de dos polos opuestos se tratase. Héctor es mi polo negativo y yo soy su polo positivo. A pesar de todo, nos atraemos.

— Perdóname, Cora Vanderbilt — susurra, justo antes de posar sus labios contra los míos.

Siento la calidez de su beso hasta que, poco a poco, su lengua intenta abrirse paso a mi interior y la humedad de nuestras bocas se entremezcla. La mano de Héctor recorre mi cintura hasta posarse en mi cadera de forma delicada, mientras que yo aún no me atrevo ni a respirar. Él me estrecha contra su cuerpo con fuerza, aproximándose más y más. Abro los ojos por un instante y me doy cuenta de que todo lo que me rodea da vueltas. Estoy mareada.

— Héctor, para... — murmuro, impactada y confusa.

Él se detiene y se aparta unos milímetros de mí, no demasiado.

Comprendo que llevo varios minutos conteniendo la respiración, así que cojo aire profundamente.

— Cora, puede ser muy sencillo — asegura, mirándome tan fijamente que tengo la sensación de que me traspasará la piel — , tan sencillo como respirar.

Y antes de que pueda contestarle nada, Héctor vuelve a abalanzarse sobre mí. Su beso es más intenso, más seguro y más largo. Recorre mi boca, explorándome, mientras coloca la mano en mi cabeza y me masajea el cuero cabelludo. Como a mi alrededor todo sigue dando vueltas de forma incontrolada, clavo mi vista en él. En sus ojos castaños, su pelo revoltoso, sus músculos, su... ¡Dios! ¿Por qué demonios sigue siendo tan perfecto? ¿Cómo es posible que siga siendo el Héctor de siempre? Aquel hombre exótico y sensual al que el peligro le atraía más que a nada. Su mano va descendiendo por mi espalda y siento cómo la excitación comienza a aumentar. No puedo negarme que le deseo y tampoco puedo decirme a mí misma que esto que está pasando no lo quiero. Quiero que me haga el amor, aunque a su vez, también me asusta. Introduce la mano debajo de mi pantalón, apretando mis nalgas. Me arranca de un tirón la camiseta y me deja al descubierto, tan solo con la fina protección del sujetador.

— Si quieres que pare, dilo. Es el momento, Cora... Porque después me dará igual todo lo que digas — me asegura — , o lo mucho que grites — añade, con una sonrisa traviesa — , porque no me detendré.

Yo asiento.

No quiero que pare. No quiero que lo haga.

Héctor vuelve a cernirse sobre mí. Me besa el cuello y continúa lamiendo mi piel hasta descender a mis pechos. Con las manos, desata el cierre trasero del sujetador y libera mis senos, dejándolos al descubierto frente a él. Lame mis pezones y los mordisquea de tal manera que consigue provocar que todo mi cuerpo estalle de placer contra él, suplicándole más.

— Dios, Héctor... — suspiro, extasiada.

Mi espalda se encorva para acercarme más a su boca.

Él continúa con su tarea, lamiéndome, succionándome, mientras desliza una mano por mi vientre hasta introducirla debajo del pantalón. Se cuela por

debajo de mi tanga hasta alcanzar mi humedad. Siento cómo cada parte de mi ser reacciona hacia él, suplicándole que me haga suya; y debo confesar que eso es algo que no me gusta. Por primera vez en muchísimo tiempo, el juego en la cama ha cambiado para mí. Hoy no soy la sexy pelirroja que cabalga sobre los hombres, que los manipula y que busca su placer. Hoy he dejado de ser la Cora de siempre, ésa que tiene un caparazón y que no deja que nadie pase a su interior. Hoy tengo la sensación de que vuelvo a ser la de antes; esa niña tonta perdiendo la cabeza por Héctor García. Entregándome a él.

Héctor muerde mi pezón y pellizca mi clítoris a la vez. Siento el calor abrasando mis entrañas y todo es demasiado intenso. Sé que el orgasmo está a punto de estallar en mí y de hacerme explotar; pero no quiero. Me resisto a él hasta que, en un instante, todo es demasiado intenso y abrasador. Héctor sonrío, satisfecho, mientras se incorpora levemente para mirarme y quitarse la camiseta. ¡Dios! ¿Cómo diablos consigue mantener ese cuerpo de veinteañero? Supongo que en la academia de policía haría demasiadas pesas... Es increíble que todo vuelva a ser así. Que vuelva a derretirme con tan solo mirarle. Héctor sonrío con picardía mientras se quita con destreza los pantalones. Después, hace lo mismo con los míos y, antes de deslizar mi tanga por mis piernas, lo muerde, provocándome que la excitación vuelva a extenderse por mi organismo.

Se tumba sobre mí y el calor de su cuerpo me eriza la piel. Repta hasta mi boca y me besa con pasión mientras que, muy poco a poco, se clava en mi interior. Quiero recibirle para aumentar la presión y el ritmo, pero Héctor me sujeta las muñecas por encima de mi cabeza, dejándome claro que manda él. Entra y sale con mucha calma, siendo realmente comedido. Todo mi cuerpo quiere gritar y suplicarle que le dé más, pero la excitación que me está consumiendo ni siquiera me deja hablar, ni suplicar. Continúa así, besándome, comiendo el cuello, mientras su ritmo suave y lento me desespera.

— Por favor, Héctor... — suplico, incapaz de soportar el dolor que recorre mis entrañas.

Quiero su alivio. Quiero sentir que invade todo mi ser, que me arrolla por dentro.

— ¿Qué quieres, Cora Vanderbilt? — susurra, antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja.

— Quiero más... por favor... más...

Héctor, sonriente, aumenta levemente el ritmo. Muy poco y muy lentamente, desesperándome. Sé que le encanta tener el control de todo. Tener el control de mí.

— Por favor, Héctor... más fuerte... por favor...

Su sonrisa se ensancha y percibo lo mucho que le excita escucharme suplicar.

— ¿Qué quieres? — vuelve a susurrar en mi oreja, volviéndome loca.

— Más...

Él aumenta el ritmo y el calor me abrasa por dentro, pero después vuelve a detenerse y la desesperación me consume.

— ¡Oh, por Dios! — exclamo, clavándole las uñas en la espalda — . ¡Por favor!

— Quiero que grites mi nombre — susurra con voz sensual, muy bajito, sin dejar de entrar y salir de mi interior con suavidad — , quiero que grites mi nombre y que me lo supliques.

Me muerdo el labio. Esto me está matando y sabe que le daré lo que quiera.

— ¡Héctor! — grito, incapaz de soportar el placer, el dolor y el alivio que necesito — , ¡Héctor, por favor!

— Dímelo...

— Por favor, más... ¡Héctor!

Por fin aumenta el ritmo de sus movimientos, apretándome con más fuerza, desesperándome, volviéndome loca de placer, dándomelo todo. Me penetra con tanta fuerza que siento que en cualquier momento me partirá en dos. Aprieta mis manos, sujetándolas con fuerza por encima de mi cabeza para impedir que me mueva... Y cuando el orgasmo estalla en mí, mis músculos se contraen succionándole y haciéndole explotar a él también.

— Eres la mujer más sensual que hay en todo Nueva York, pelirroja... — me dice, dejándose caer sobre mi cuerpo y abrazándome.

Cuando me llama “pelirroja” otro millón de emociones me hacen recordar el pasado. Él fue todo para mí y, quizás por esa misma razón, me enamoré tan

locamente. Recuerdo lo que me ha dicho antes, lo de que “todo puede ser tan sencillo como respirar” y me reprocho a mí misma haber caído en la trampa.

Con Héctor nada es sencillo. Nunca.

# 10

La luz que se cuela por el cristal me despierta a primera hora de la mañana. Me sorprende al despertarme con el pequeño Salem apoyado contra mi cabeza y con Héctor a mi espalda, abrazando mi cuerpo desnudo y estrechándome contra él.

“¡Pero qué demonios has hecho, Cora!”, me recrimino a mí misma, confusa. La botella de Dom Perignon, vacía, descansa junto a las copas en la mesita auxiliar de la sala. Nosotros estamos tirados en el suelo, sobre la alfombra. Lo único que nos cubre levemente es la pequeña manta que utilizo para hacerme un ovillo en el sofá cuando me quedo hasta muy tarde viendo la televisión.

— ¡Joder! — exclamo en un susurro, llevándome la mano a la cabeza.

Salem también se ha despertado.

Deduzco por los lametones que me pega que tiene hambre, así que me escabullo de los brazos de Héctor, cojo la manta para cubrirme con ella y le dejé ahí tirado tal y como llegó a este mundo. “¡Madre mía!”, pienso, mientras un sinfín de pensamientos impuros atacan mi mente. No puedo permitirme caer en esto otra vez o la historia se repetirá y la única que saldrá malherida seré yo.

En la cocina, preparo una latita de comida húmeda para Salem. Mientras mi nuevo inquilino devora su comedero, reviso mi teléfono móvil y veo que tengo varios mensajes de Charlize y de Lindsay. Incluso Vicky se ha preocupado en escribirme para ver qué tal estoy.

“Recuerda que esta tarde vamos a elegir mi vestido de novia”, me escribe Lindsay. Le contesto con la imagen de un pulgar hacia arriba y bloqueo la pantalla del teléfono, antes de dejarlo en la mesilla. Lo miro de reojo, pensando en todo aquello que Héctor me contó ayer sobre mi madre. ¿Y si todo es verdad? ¿Y si ella le chantajeo para que me dejase? Eso cambiaría las tornas. Y esa sería la única explicación capaz de exculpar a Héctor por el

daño que me hizo.

“No lo hagas, Cora”, me dice la voz de mi cabeza. Pero mi corazón no cede a las cuerdas explicaciones de mi razón y termino cogiendo el aparato y pulsando ese número de teléfono que llevo tanto tiempo sin marcar.

— Bien, veamos qué tienes que decirme, mamá... — murmuro en voz alta mientras los tonos se reproducen uno detrás de otro.

Me siento nerviosa y expectante.

Hace tanto tiempo que rompí el contacto con mi familia que aún no sé qué les diré cuando descuelguen el auricular. “¿Qué tal, mamá? Quería saber si chantajeaste a mi novio para que me dejase...”. Demasiado directo, pero desde luego, no le deja opción a escabullirse del asunto. Y mi madre, con diferencia, es la campeona mundial de buscar excusas para no enfrentarse a la vida.

La llamada se extingue justo en el mismo instante en el que escucho mi nombre en los labios de Héctor. Al parecer, ya se ha despertado.

— ¡En la cocina! — indico, mientras dejo el teléfono en la encimera.

Tendré que insistir en otro momento.

Mi estómago ruge, hambriento, mientras relleno de agua la cafetera y enciendo los fogones. Cuando Héctor aparece en el umbral de la puerta vestido exclusivamente con unos pequeños bóxers, recuerdo al momento por qué ha sido tan sencillo caer en la tentación.

— Deja eso — me indica, justo antes de tirar de mi brazo para atraerme hasta él — , tengo pensadas cosas más productivas para esta mañana.

Mi piel se eriza cuando recuerdo la noche pasada. No soy capaz de contar cuántas veces hicimos el amor y cuántos orgasmos fue capaz de provocarme.

— ¿Y el desayuno?

— Tú me pareces el desayuno más sabroso... — murmura, antes de cogerme por ambas nalgas para auparme y colocarme encima de la encimera.

Unas cosquillitas recorren mi estómago y soy capaz de reconocer en ese instante la sensación que me está invadiendo. Es ilusión. La misma que años

atrás logró provocar en mí. Héctor separa mis piernas y se infiltra entre ellas. Desata la pequeña manta con la que me estoy cubriendo y libera mis pechos, dejándolos al descubierto frente a él. Dejándome totalmente desnuda ante él. Un rubor asciende hasta mis mejillas. Soy consciente de que este juego entre nosotros está llegando demasiado lejos, pero, ¿cómo detenerlo si en el fondo él me encanta? Me ha dado lo que necesitaba; una razón para creer en él y no odiarle.

Me besa el cuello con suavidad mientras se ríe, provocando que su aliento caliente choque contra mi piel desnuda. Le siento. Le siento y le deseo. Todo es tan complicado que ni siquiera sé muy bien cómo debo actuar.

— Espera, Héctor... Creo que tenemos que hablar... — murmuro, levantándole la barbilla para que sus ojos se posen sobre los míos, y no en mis pechos — . No sé qué es lo que está pasando entre nosotros, pero...

— ¿No quieres esto, Cora? — me pregunta, confuso — . Creí que ayer disfrutaste y...

— No es eso — le corto, justo cuando la cafetera comienza a silbar indicándonos que el café ya está listo — , es que no quiero más malentendidos.

Bueno, en realidad la explicación sencilla es que no quiero volver a enamorarme de él para que me rompa el corazón, pero supongo que con “malentendidos” también se puede interpretar lo mismo.

— Ya...

Se queda callado, pensativo, y se aparta unos centímetros de mí.

Supongo que ahora Héctor me dirá que no quiere ningún compromiso o que tiene novia, que se lo ha pasado muy bien pero que lo mejor es que cada uno siga por su lado.

O aún peor, ahora llega el momento en el que Héctor no dice nada y se marcha. “¿Y qué más te da a ti, Cora? ¡Estabas de maravilla hasta que apareció en tu vida!”, me recrimina la maldita de voz de mi cabeza. Creo que me voy a empezar a plantear someterme a terapia de electroshock para ver si consigo que se calle de una puñetera vez.

— Está bien — admite él — , iremos despacio, ¿vale? Sin malentendidos.

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere. “Iremos despacio...”, repite la maldita voz, “¿así que vas a volver a salir con Héctor García, Cora? Prepárate para volver a recomponer los añicos de tu corazón, guapa”.

Sí, ya sé que lo mejor es no meterme en este berenjenal, pero... Es Héctor. El jodido problema es que siempre fue él. Mi primer amor, mi primera vez, mi primera ilusión... Mi primer todo. Héctor siempre ha sido el motivo de mis suspiros aunque no me agrade admitirlo.

— ¿Despacio? — repito como una niña estúpida.

Despacio, claro.

Después de habernos pasado la noche retozando como conejos en celo, ahora decidimos ir despacio. ¿Por qué diantres no le veo ninguna lógica?

Él sonrío.

— Cora, iremos despacio. Supongo que hay muchas cosas de tu vida que yo no sé y viceversa. Ha pasado mucho tiempo y tenemos que volver a conocernos, ¿no crees?

Dubitativa, asiento mientras me giro para retirar del fuego la cafetera.

¿Por qué esta conversación me está creando tanta ansiedad?

— No tenemos porqué correr... Tenemos mucho tiempo — continúa — , y lo mejor de todo es que podemos empezar a disfrutarlo cuando tú quieras.

— Ahora — escupo sin siquiera pensarlo.

La sonrisa de su rostro se ensancha aún más.

— Vístete — me pide, saliendo de la cocina — . ¡Esta va a ser nuestra primera cita!

# 11

Como hace frío, el pequeño Salem va metido en un bolso que he relleno de mantitas para que esté calentito en el interior. Me daba pena dejarlo el primer día a solas, aunque tampoco pasaremos mucho tiempo fuera. A las diez, Héctor debe de regresar a la comisaría, así que tendremos el tiempo justo para desayunar algo y dar un paseo antes de que deba marcharse a trabajar.

Nos subimos en el metro y me fijo en que tomamos la línea hacia York. No sé a dónde quiere llevarme, pero tampoco paso por alto que no borra la sonrisa traviesa de sus labios. Otra vez, vuelvo a sentir ese cosquilleo que indica que me estoy emocionando más de la cuenta. Que vuelvo a sentir lo mismo que la estúpida Cora veinteañera.

— ¿Me llevas a desayunar a Brooklyn?

Él me guiña un ojo a modo de respuesta.

— Merecerá la pena, te lo aseguro.

Aunque no caminamos de la mano, lo hacemos muy cerca el uno del otro. Estoy convencida de que desde fuera parecemos una pareja feliz que ha decidido salir a pasear antes de separarse por trabajo. Le miro de reojo y él me sonrío. “Brooklyn”, pienso para mí misma, al recordar aquello que me había dicho de que en nuestro noviazgo no salíamos de las calles más caras y exclusivas de Queens.

Nos paramos frente a un puesto andante de comida y pedimos dos cafés y dos cruasanes. El hombre del carrito nos sonrío y nos pregunta por Salem, y yo le explico orgullosa que es el nuevo príncipe de la casa. Después seguimos caminando y tomamos el desvío hacia Clarks, donde la caja de cristal que protege Jane’s Carousel aparece ante nuestros ojos en el puente de Brooklyn.

— ¿Me has traído al carrusel de Brooklyn?

Héctor suelta una carcajada.

— Me ha parecido un sitio muy romántico para una primera cita — confiesa, risueño, mientras mordisquea el cruasán.

Sin pensármelo, le doy un codazo.

— ¿Así que una primera cita, eh?

— ¿Se te ocurre otra forma de llamar a esto?

Lo medito unos instantes.

— Creo que deberíamos tomar esto como una segunda oportunidad de la vida — confieso, poniéndome serio unos instantes — . ¿No crees?

— Como quieras, pelirroja — contesta, besándome la punta de la nariz.

De nuevo ese intenso cosquilleo recorre mis piernas, haciéndome temblar.

— Héctor... No quiero más mentiras — le advierto, mientras ambos caminamos hacia el carrusel — . No quiero que me engañes y no quiero que digas nada que no sientes, ¿te queda claro?

“Cora, ¿cómo has llegado a esta situación?”, me recrimina la voz de mi cabeza, “te recuerdo que ayer estabas detenida y encerrada en una comisaría por su culpa”.

¡Qué asco me da la maldita voz! Y lo peor de todo es que casi siempre tiene razón.

— No te menté entonces, Cora. Estaba enamorado de ti. Quería casarme contigo y quería compartir mi vida... Pasarla a tu lado — susurra en voz baja para que el resto de los viandantes no puedan escucharnos — . Esta vez saldrá bien, pero necesito que seas consciente de que ambos hemos cambiado y de que nuestras vidas no son las mismas.

“¡Oh, oh! Segunda vez que te dice eso de que vuestras vidas han cambiado, Cora, ¡estate alerta”.

Héctor me agarra de ambas manos y tira de mi cuerpo para atraerme a él y poder besarme. Decido poner en “off” la odiosa vocecita de mi conciencia y,

rindiéndome a los sentimientos, le abrazo y le devuelvo el beso.

Llevo demasiado tiempo siendo la Cora fuerte y decidida que no permite que nadie acceda a ella, así que... ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no darle una segunda oportunidad? ¿Por qué no creer que el amor exista? Puede que el destino nos tuviera este reencuentro preparado.

Nos montamos en el carrusel, nos reímos como niños y damos vueltas sentados en los caballitos mientras la vida en Nueva York se va desarrollando detrás de la cristalera que nos protege. La música suena de fondo y el ambiente es romántico. Además, Héctor no deja de abrazarme y besarme, como si estuviera intentando recuperar el tiempo que hemos perdido. Aunque aún no termino de sentirme cómoda con él, tengo que confesar que estos dos minutos podrían catalogarse como los mejores de los últimos años de mi vida. Durante el paseo en el carrusel, el móvil de Héctor comienza a sonar con impaciencia y termina silenciándolo.

— Mi compañero me estará esperando — dice, revisando su reloj de muñeca — , pero aún tendrá que aguantar treinta minutos más. Todavía no es la hora.

Cuando salimos del carrusel, aprovechamos el paseo por la zona para comer un par de helados de chocolate de Brooklyn Ice Cream Factory, que sin duda alguna son los mejores que se fabrican en el mundo. Salem también prueba el helado y descubro, entre risotadas de Héctor, que los gatos prefieren la leche calentita al chocolate congelado. Paseamos por el Brigde Park contando los segundos para la despedida y, cuando llega el momento, Héctor presiona un segundo sus labios contra los míos y se despide de mí con un escueto “ten un buen día, pelirroja”. Desde que nos hemos bajado del carrusel ha estado mirando el teléfono constantemente, así que supongo tiene prisa por marcharse y no puedo recriminarle que no alargue más la despedida.

Mi nuevo gatito y yo nos quedamos a solas y regresamos a casa en metro mientras una mala sensación se instala en mí.

¿Por qué no termino de fiarme de Héctor García? ¿Por qué tengo la terrible sensación de que debería estar haciéndole un poco más de caso a la vocecita de mi cabeza?

# 12

Estamos en la tienda de novias.

Lindsay está emocionadísima y la verdad es que Charlize y yo no podemos sentirnos más orgullosas de nuestra pequeña Lindy.

— Y pensar que siempre creí que serías la última en casarte... — bromeo mientras la dependienta nos saca té y pastas.

Charlize me propina un codazo en las costillas que me hace ver las estrellas y Lindsay suelta una terrible carcajada.

— La verdad es que yo también lo pensaba — confiesa, mientras escoge una decena de vestidos para probarse y señala los probadores.

Nuestra amiga se va probando un vestido detrás de otro y deleitándonos con un desfile impresionante de trajes de novia. Sinceramente, creo que llegado el momento yo jamás me casaría de blanco y en una iglesia. Más bien, buscaría un lugar emblemático donde dar el “sí, quiero” y me rodearía única y exclusivamente de los más importantes. Es decir; de Charlize, Lindsay y el novio. No necesitaría más invitados para ser feliz.

Supongo que la antigua Cora hubiese escogido una cosa diferente. Pero eso tiene que ver por cómo me hacían ser mis padres en aquel entonces y de la inocencia en la que me veía sumida. Creía en los cuentos de princesas y en que la vida se reducía a tomar el té y ser alguien importante en la sociedad. En definitiva, si mi madre aún pudiera tomar decisiones por mí, le hubiera gustado construirme una ceremonia como la de Lindsay. Vestido ostentoso, iglesia, banquete en uno de los restaurantes más importantes de la ciudad. Una gran boda por todo lo alto y con un millar de invitados — la mayoría

empresarios y políticos que Jack Ackerman, el novio, conoce — . Una boda de la alta sociedad.

— ¡Lindsay Bass, estás increíble! — grita Charlize, saltando de su butaca.

Vuelvo a la realidad, dejando de lado mis pensamientos, para escrutar a mi amiga.

— ¡Guau! — exclamo, impresionada.

La verdad es que nuestra Lindy está impresionante. Lleva un vestido de novia de encaje, con el escote de palabra de honor y la caída de sirena. ¡Está preciosa!

— ¿De verdad? ¿Este es el que más os gusta? — pregunta, girando sobre sus propios pies con dificultad para poder mostrarnos todo el vestido.

Charlize asiente y yo la imito.

— ¡Este es el definitivo! — señalo, totalmente convencida.

La dependienta asiente con la cabeza, dándonos la razón.

— ¡Muy bien! — grita Lindsay, emocionadísima — . ¡Ahora los zapatos!

Entre risas, volvemos a sentarnos en nuestros respectivos sillones y aguardamos al nuevo desfile de zapatos. Mientras la chica de la tienda se los va atando y desatando, poniendo y quitando, yo aprovecho para escribirle un mensaje a Héctor y preguntarle qué le apetece hacer esta noche. No quiero obsesionarme y ni estar constantemente pensando en él, pero tampoco consigo sacármelo de la cabeza.

— ¿Qué haces? — me pregunta Charlize, estirando el cuello por encima de mi hombro para poder ver la pantalla del teléfono.

Por suerte, soy más rápida que mi amiga y consigo esconder el aparatito antes de que ella pueda ver nada.

— ¡Oh, venga, Cora! ¡Cuéntame! — exclama con voz socarrona.

¡Oh, Oh!

Parece que Charlize me ha pillado con las manos en la masa.

— No... Aún es pronto para contar nada — aseguro, escondiendo el teléfono en mi bolso para que no pueda ver la respuesta de Héctor.

Lo mejor será leerla más tarde, cuando esté a solas con Salem.

Mi amiga suelta un par de palmaditas antes de coger su taza de té. Le da un sorbo, pensativa, y después se dirige a Lindsay.

— ¿Sabes que Cora ha empezado a salir con alguien y no nos lo quiere contar?

Lindsay me fulmina con la mirada.

— ¡Ya puedes empezar a hablar ahora mismo! — grita cuando la dependienta se aleja de ella.

Al parecer, ninguno de los setecientos u ochocientos zapatos que se ha probado le han parecido lo suficiente cómodos y bonitos para conjuntar con su vestido.

— Está bien, está bien... — murmuro en voz baja — . Pero no os alarméis, ¿vale?

Lindsay abre los ojos cómo platos.

— ¡Por Dios, Cora! ¡Dime que no estás hablando de García!

Charlize suelta una carcajada.

— No seas ingenua, Lindy... Cora odia a ese tío — asegura con convicción.

Como admitir que estoy con él en voz alta resulta demasiado complicado, al final termino encogiéndome de hombros a modo de rendición.

— ¡LO SABÍA! — grita Lindsay.

Charlize, que en ese momento tiene la boca llena de té, escupe todo el contenido a indiscreción. Tanto Lindsay como yo nos quedamos boquiabiertas observando cómo buena parte de los vestidos de novia terminan salpicados de gotitas marrones.

— ¡Oh, Dios mío!

— ¡Eso digo yo! — corrobora Charlize, aunque en vez de referirse a los

vestidos, me está mirando a mí.

— ¿Sabes lo que cuesta cada traje de estos? — pregunta Lindsay, acercándose a ellos para observar la catástrofe — . ¡Ackerman me va a matar!

La miro boquiabierta, sin saber qué hacer al respecto.

Charlize no parece de gran ayuda porque parece que aún está en shock por la noticia que acaba de recibir.

— Vamos a darles la vuelta... — señalo, comenzando a girar cada vestido en el perchero — , a ver si no se da cuenta.

Al girar el segundo, compruebo el precio y me quedo patidifusa sin poder contar la cantidad de “ceros” que contiene la cifra.

— Jack me va a matar... — repite Lindsay, angustiada.

— Bueno, ya no podrá despedirte... — digo, procurando tomarme la situación con humor.

Al final, Lindsay suelta una risita.

Jack era el jefe de Charlize y de Lindsay. Ahora, ambas han pasado a otro nivel en la oficina; Charlize es la nueva jefa del departamento y Lindsay...

Bueno, Lindsay se ha convertido en la jefa suprema de la empresa.

Justo cuando estamos terminando de girar el último vestido, la dependienta vuelve a irrumpir en la sala.

— No, no... Me sigue gustando más el de la cola de sirena — improviso, aunque soy incapaz de contener la risa.

— Traigo más zapatos, señorita — le dice a Lindsay, que regresa a su trono para hacer de cenicienta.

Charlize y yo continuamos con nuestro té con pastas, aunque ambas lanzamos varias miradas discretas en dirección a los vestidos. Las manchas no han quedado a la vista, así que cuando nos marchemos de aquí será tarde para que nos acusen de nada. ¿De dónde íbamos a sacar sino tanto dineral para tintorería?

— Cora, ¿cómo has podido? — murmura Charlize, abriendo los ojos desorbitadamente.

Soy incapaz de contener la risa cuando observo su cara.

— Vale ya — suplico entre risitas — , pareces un besugo.

Charlize continúa con sus ojos abiertos y pone la boca en forma de pez. Mis risotadas se acentúan aún más y tanto Lindsay como la dependientas nos escrutan con curiosidad.

— Héctor, no, Cora. Por favor.

Yo me encojo de hombros.

— ¿Vas a contarme cómo has pasado de odiar a ese cerdo asqueroso a meterlo en tu cama? — inquiera en voz baja, comprobando de reojo que la dependienta no esté escuchando la conversación.

Decido que lo mejor será contarle todo con detalles, pero en ese instante mi teléfono móvil comienza a sonar, interrumpiéndome. Me quedo mirando fijamente el número de teléfono que sale en la pantalla y un nudo estrangulador se forma en mi estómago.

— ¿Quién es? — inquiera Charlize.

— Mi madre.

Mi amiga me mira con curiosidad pero, sin darle más explicaciones, abandono la salita para responder la llamada. Necesito un poco de privacidad para mantener esta conversación.

— ¿Si? — pregunto al descolgar la pantalla.

— Tengo una llamada perdida de este número... ¿Quién es?

La voz de mi madre, tan seria y elegante como siempre, suena incluso intimidante. Trago saliva antes de responder, armándome de valor.

— Soy Cora.

Espero unos instantes la respuesta, pero desde el otro lado de la línea tan solo llega un silencio sepulcral.

— ¿Hola? — inquiero, sopesando la posibilidad de que haya colgado a su propia hija.

— Estoy aquí, Cora — responde, aún con el mismo tono serio. Ni siquiera parece afectada por escuchar mi voz a pesar de los muchos años que llevábamos sin hablar — . ¿Te has metido en algún problema? ¿Necesitas dinero?

Bufo, asqueada.

Como no, en la familia Vanderbilt todo se reduce a un buen apellido, un alto rango en la sociedad y, evidentemente, al dinero.

— No, mamá. En realidad te llamo para hacerte una pregunta — aclaro, para evitar que continúe especulando al respecto. Decido que lo mejor es ir al grano y ser directa — . ¿Llamaste a Héctor García y le chantajeaste para que dejara nuestra relación?

Mi madre se queda callada al otro lado. Al final, me llega una leve risita que me hace pensar que no me está tomando en serio.

— ¡De eso han pasado muchísimos años!

O sea, que sí.

Le pidió a Héctor que cortase conmigo, a pesar de lo ilusionada y enamorada que estaba con nuestra relación. Ella lo sabía, claro, porque en aquel entonces yo le contaba todo. Le expliqué que pensaba que Héctor me pediría matrimonio, pero tampoco le importó.

— Mamá... — murmuro, con las lágrimas a punto de estallar — , ¿cómo pudiste?

No sé me ocurre ninguna razón cuerda para hacerle algo así a tu propia hija.

— ¡Oh, Cora! ¿Cómo ibas a aparecer en un brunch del Upper East Side agarrada al brazo de un mexicano?

Me cuesta respirar.

— No es mexicano — acierto a decir, confusa — , y tengo que colgar, mamá. Ya veo que las cosas no han cambiado por casa.

No añado nada más antes de cortar la llamada.

Sé muy bien a qué se reduce la vida de mi familia y la imagen de los Vanderbilt, pero jamás hubiera imaginado que podrían llegar tan lejos. Me he

pasado muchos años culpando a Héctor del daño que me hizo por haberme roto el corazón, pero en realidad todo ese rencor tenía que haberlo proyectado hacia mis padres.

Vivir en el Upper East Side hace que la gente se vuelva tóxica e insufrible. Aún puedo imaginar a mi madre saliendo de su casa para ir de compras por la quinta avenida o a Park Avenue, cenando en lujosos restaurantes y hoteles o visitando cada domingo el museo Metropolitano y el Guggenheim. Ésa era la vida que yo debía haber llevado, la que ella deseaba para mí. Quería que fuera un objeto que lucir en sus reuniones de sociedad, una pieza más que estrenar.

— ¿Estás bien? — me pregunta Charlize, que ha salido a buscarme.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

— Mi madre chantajeo a Héctor para que me dejara — explico brevemente, mientras mis ojos se empañan — . Intentó pagarle para que se alejara de mí, pero él no aceptó el dinero.

— ¿Por eso se marchó? — inquiere Charlize, incapaz de creer lo que le estoy diciendo.

Asiento con la cabeza, derrumbándome.

Creo que es la primera vez que lloro delante de mis amigas, pero por una vez, no consigo mantener la compostura y ser la fuerte.

— Cora... — susurra, abrazándome con fuerza — , vete a buscarle y dile que lo sabes. Perdónale.

Ahora, por fin, todo cobra sentido.

— He pasado tantos años odiándole... Culpándole...

Charlize no dice nada más, simplemente, me abraza.

— Creo que tengo que marcharme — gimoteo, confusa — , despídeme de Lindsay y dile de mi parte que lo siento.

— Lo entenderá, tranquila.

# 13

Nada más subirme en el coche de alquiler — el Mini lo he dejado en el taller, porque al parecer y según me ha explicado Héctor, circular sin la matrícula trasera es un delito muy grave — me derrumbo y me echo a llorar desconsoladamente.

Creo que en un momento sufro un ataque de depresión y otro de pánico, pero al final consigo mantener la calma y sobrellevar la situación. ¿De verdad me extraña tanto? Hace muchos años que descubrí cómo eran los Vanderbilt, y ésa fue la verdadera razón de que me apartara todo lo posible de ellos. Mi madre quería una hija cirujana, no enfermera. Mi padre prefería una abogada. Todo era un paripé con un único objetivo; aparentar ser la familia perfecta de Nueva York.

Cojo mi teléfono móvil, aún con la mano temblorosa, y leo la respuesta al mensaje que Héctor me ha enviado: “hoy saldré muy tarde de trabajar. Tengo jaleo en la oficina. Hablamos mañana, pelirroja”.

Suelto el teléfono, cierro los ojos y aprieto con fuerza el volante entre mis manos, descargándome de toda la ira que me está carcomiendo por dentro. Si mi madre no le hubiera chantajeado a Héctor, ¿cómo habría sido todo? Él me habría pedido matrimonio, seguro. Mi vida habría sido totalmente diferente. Quizás, incluso, para estas alturas Héctor y yo ya habríamos construido una familia numerosa.

— Necesito hablar con él — murmuro en voz alta, sintiéndome una estúpida por no haber sido capaz de confiar en su palabra.

Llevo todo el día con un nudo en el estómago, con la extraña sensación de que él me estaba engañando... Y en realidad...

Enciendo el motor y sin pensármelo dos veces, salgo disparada y me incorporo a la carretera. Sé que es una locura, pero no puedo esperar hasta mañana para hablar con él, así que me dirijo a la comisaría. Tampoco me importan las multas de velocidad que me lleguen, así que meto la quinta marcha y clavo a fondo el pedal del acelerador mientras voy esquivando a todas las abuelitas al volante que provocan que el tráfico en Manhattan sea lento y desesperante. Además, ahora tengo “enchufe” en la policía, ¿no?

No le entretendré mucho.

— Sólo quería decirte que sé la verdad, Héctor. Te creo — digo en voz alta, intentando no sonar patética.

“Demasiado peliculero”.

Bueno, ya veré qué decirle una vez le vea. Lo único que sé a ciencia cierta ahora mismo es que necesito verle. Necesito sentir que ese engaño al que me ha sometido mi egocéntrica madre no ha cambiado el transcurso de mi destino. De mi final.

Aparco el coche en el parking trasero y entro por la puerta lateral. En recepción, un hombre enorme vestido de uniforme me recibe con una media sonrisa. Es obeso y tiene los dientes manchados de chocolate. Supongo que esta clase de personas no tienen permitido moverse de la recepción, porque no me imagino a esa pelota rodante corriendo detrás de un ladrón o en una situación similar.

— Buenas tardes — murmuro, comprobando la hora que es en mi reloj de muñeca. Son las siete, todavía es pronto — . Necesito ver al agente Héctor García. Es importante.

El hombre carraspea.

— Se acaba de marchar.

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

— ¿A dónde? — inquiero, confusa — . Como ya le digo, es importante. Si hace falta esperaré hasta que regrese.

El gordo vuelve a carraspear.

— No creo que vuelva. Se Acaba de marchar a su casa — señala, encogiéndose de hombros con la sonrisa llena de perdigones de chocolate.

¡Puagh! ¡Es asqueroso!

— No puede ser — insisto. A pesar de que me está desesperando, mantengo mi tono agradable y amistoso — . ¿Podría comprobarlo, por favor?

Él me repasa con una mueca desagradable.

— ¿Eres su novia o qué?

Me estoy quedando sin paciencia...

— ¿Podría buscar a Héctor García, por favor?

Él resopla, indignado.

— ¡Que se acaba de marchar! — exclama — . No sé cómo no os habéis cruzado en la salida...

No puede ser.

Saco el teléfono móvil y vuelvo a releer el mensaje en el que me dice que se quedará hasta tarde en la comisaría. Bueno, puede que haya terminado pronto con su trabajo y que ahora me escriba para decirme que al final sí puede quedar. Aunque.... Eso tampoco tiene demasiado sentido. Hace menos de cuarenta minutos que me ha mandado este mensaje.

— Me está engañando — suspiro, subiéndome al coche.

Después me recrimino ese pensamiento.

Pensé mal de él una vez y resultó que estaba equivocada, así que... ¿No debería concederle una segunda oportunidad? Enciendo el motor y decido regresar con Salem a casa. Por hoy, han sido suficientes las decepciones que me han tocado vivir.

— Seguro que hay una explicación, Cora... — me digo a mí misma en voz alta, a pesar de lo mucho que me cuesta convencerme — ... Un momento...

Agudizo la vista.

¡Es Héctor!

Estoy saliendo del parking de la comisaría y, dos coches por delante de mí,

parado en un STOP, está Héctor. ¡Es su coche! ¡Estoy segura!

— No lo hagas, Cora... Dale una oportunidad y confía en él... — me digo a mí misma, intentando auto-convencerme.

Voy a seguirle.

Yo no soy mi madre, ni una Vanderbilt — a pesar de mi apellido — y no necesito guardar las apariencias ni demostrarle nada a nadie. Así que, guardo una distancia prudencial de seguridad para que no me descubra y empiezo el seguimiento. Esta vez tengo las cosas a mi favor, porque Héctor no sabe qué modelo de coche me han dejado para sustituir mi Mini. Por lo tanto, es casi imposible que me reconozca.

¿Dónde vivirá Héctor?, me pregunto, mientras a mi memoria acude el diminuto apartamento en la zona obrera en el que residía de alquiler durante nuestros años de noviazgo. Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero esta vez no son nervios ni incertidumbre. Se trata de la adrenalina, y me encanta. Nos incorporamos a la autopista y en ese instante, la densidad de los vehículos provoca que esté a muy poco de perderle la pista. Por suerte, consigo volver a dar con él y continúo tras su pista hasta el estadio de los Yankees, donde toma el desvío a una de las calles que culmina en el sureste del Bronx, la zona más conflictiva y de mayor delincuencia de Nueva York.

— Joder, Héctor... ¿Pero a dónde demonios te has ido a vivir?

“No me extraña que se haya decantado por ser policía”, pienso, incapaz de imaginar lo que debe de ver en su día a día viviendo allí. O, bueno, otra opción es que no viva allí y que solamente vaya a visitar a un amigo. O a una amiga. O a una novia. O una prostituta...

— ¡Vale ya, Cora! — me recrimino, hastiada de mí misma.

En pocos minutos, la noche termina de caer sobre nosotros y el ambiente a nuestro alrededor se apaga. Héctor detiene su vehículo muy cerca de un parque con columpios que parece estar desierto. En realidad, alrededor tampoco parece haber nada importante. Un par de chabolas, alguna tienda cerrada, locales que parecen estar en ruina...

— ¿Qué haces aquí, Héctor? — murmuro en voz baja, deteniéndome a un par de metros de distancia.

Apago las luces y espero a que él se baje primero, pero no lo hace.

— Una prostituta — me digo a mí misma — , seguro.

¿Por qué otra razón podría sino estar aquí?

Dos muchachos aparecen muy cerca del parque y me percató de que las luces de cruce de Héctor comienzan a encenderse y a apagarse, provocando una breve ráfaga. Me fijo en que los recién llegados van vestidos con pantalones anchos, anchas sudaderas y de que los dos llevan la capucha puesta. Supongo que será la vestimenta típica del Bronx, aunque me parece muy extraño que nada más hacer Héctor esa señal comiencen a caminar con rapidez hacia él. Los hombres, chicos o quienes sean, se detienen junto a la ventanilla del conductor.

— ¿Qué estás haciendo, Héctor? — pregunto en voz alta, mientras a mi mente acude esa frase que me ha dicho antes.

“Nuestras vidas han cambiado”, sí, claro, “¿pero en qué lío estás metido tú?

Como no veo muy bien lo que están haciendo, saco mi teléfono móvil y pongo la cámara. Amplío la imagen lo máximo posible para poder ver más cerca lo que está sucediendo. Este genial truco lo aprendí mientras Charlize, Lindsay y yo vigilábamos al capullo de Dexter, el ex-novio de Charlize.

Veó que uno de los encapuchados le da algo a Héctor y que, éste, saca la mano por la ventanilla.

Dos golpes secos contra el cristal de mi coche me hacen dar un respingo, asustada. Otro chico encapuchado está esperando a que baje la ventanilla para decirme algo, y mientras lo hago, pienso que cualquier día de estos sufriré un paro cardíaco.

— Bájese del coche — susurra en voz baja con acento latino.

Trago saliva.

No parece una petición amistosa y tampoco parece estar bromeando.

— No hace falta, tranquilo, me marchaba ya... — explico, nerviosa, sin comprender qué es lo que ese tipo quiere de mí — , no sabía que estaba aparcada en la plaza de otro... Lo sien...

— Bájese del coche — me interrumpe, mientras el cañón de una pistola me apunta a la cabeza.

“¡Oh, Dios mío, Cora”, me dice la voz de mi cabeza, “ahora la que está metida en un buen lío eres tú!”.

Intento desesperadamente volver a poner en “off” a mi maldita consciencia, pero la simpática de ella, al parecer no está dispuesta a callarse.

— ¿Por qué no nos tranquilizamos todos y...? — comienzo a preguntar.

Pero el chico encapuchado de piel morena me agarra un brazo, tirando de él hasta mi espalda y obligándome a caminar hacia delante. Antes de que pueda volver a abrir la boca, clava el cañón de su pistola en mis costillas para que no me olvide de que está ahí.

— Deme su teléfono — me ordena, sin dejar de caminar hacia delante.

Cada vez nos acercamos más a Héctor, ¡mierda!

Al final terminará dándose cuenta de que le he seguido y entonces sí que estaré metida en un buen lío — a pesar de lo que diga la voz de mi conciencia — .

Saco el teléfono móvil del bolsillo y se lo entrego. De reojo, veo que el chico entra en la carpeta de imágenes y revisa las fotografías que le acabo de sacar a Héctor. El corazón se me encoge cuando veo que nos dirigimos hacia allí.

— ¿Qué pasa? — inquiera uno de los muchachos que están junto al coche de Héctor al vernos llegar.

— Es policía — susurra el que me lleva presa — , nos estaban sacando fotos.

El que está junto a Héctor, que parece tener acento ruso, saca su pistola de inmediato. Los cristales del coche de mi exnovio — ¿o quizás debería decir de mi novio? — están tintados, así que aún no sé cómo ha reaccionado al verme aparecer junto con su compinche — si es que son compinches, claro — .

— Sal del coche ahora mismo — ordena el ruso, apuntando con su pistola a Héctor.

El nudo de mi estómago se aprieta más, recordándome que eso de sentir la adrenalina corriendo por tus venas es muy divertido siempre y cuando el asunto culmine con un final feliz.

— ¡Eh, eh, eh! ¡Tranquilo! — exclama Héctor, bajándose del coche tal y como el chico ordena — . ¡No soy policía! ¡Y ella tampoco lo es! — grita con el timbre de la voz histérico.

El chico que me tiene agarrada les muestra a los otros dos mi teléfono con las fotos que acabo de sacar.

— ¡Es mi novia, joder! ¡No sabía que me estaría siguiendo! — asegura Héctor, muy nervioso — . ¡Está loca, es una puta celosa!

Los tres muchachos se miran.

Me doy cuenta en ese momento de que ninguno de ellos tiene más de veinte años. Es increíble que chicos tan jóvenes estén aquí, utilizando armas como si se tratase de juguetes. Aunque pensándolo bien, en el sureste del Bronx uno puede encontrarse cualquier cosa.

Me paro unos instantes a pensar en lo que está sucediendo; hay varias opciones al respecto y todas son igual de válidas. Héctor es un policía corrupto. Héctor está traficando para ganarse un dinerillo extra. O que está en una misión de incognito para atrapar a... ¿tres chavalitos que venden maría y que llevan pistolas? ¡Por Dios! ¡La última no tiene ningún sentido!

Nos miramos por unos instantes y aprovecho para fulminarle con la mirada. “¡Mentiroso e hipócrita!, pienso, cabreándome aún más. Recuerdo el mensaje que me ha mandado diciéndome que tendría que quedarse en la comisaría hasta tarde y la sangre me hierve.

— Ella es enfermera — señala — , podéis mirarlo en su cartera... Seguro que tiene el pase para entrar al hospital ahí.

Los tres chicos se miran, confusos, hasta que el mismo que me ha quitado el teléfono comienza a cachearme. Ahora mismo, ni siquiera estoy preocupada por mí. Estoy pensando que este capullo traidor me ha engañado... ¡otra vez! ¡Y que seguramente tenga engañado a todo el cuerpo de policías!

— Sí, trabaja en un hospital... — dice, mostrando mi pase de urgencias a los otros dos.

Una vez más, se miran entre ellos, pensativos.

— Nos los llevamos — decide el ruso.

— ¡No, no, no! — grita Héctor, histérico — , ¡os estoy diciendo la verdad!

¡Es mi novia! ¡No es policía, es enfermera!

Yo me mantengo en silencio, nerviosa y cada vez más asustada.

Mientras nos obligan a caminar hacia delante, con ambas pistolas apuntando hacia nuestros cuerpos, me pregunto quién cuidará del pequeño Salem si estos niños terminan matándonos. ¿Lindsay o Charlize? Pienso que si salgo de esta dejaré mi voluntad escrita para que en el futuro no existan dudas al respecto. Salem tiene que quedarse con Lindsay. Al final y al cabo, Ackerman y ella son ricos y lo tendrán mimado y consentido.

— ¿Qué hacías aquí, Cora? ¿Te das cuenta del lío en el que nos has metido?

— susurra Héctor a mi lado.

— A mí ni me hables — respondo con voz seca.

Estoy convencida de que en este lío se ha metido él solito.

¡Por el amor de Dios, es policía! ¿Qué hace traficando en el Bronx? ¿Comprándoles droga a unos niños? Por un segundo me he planteado seriamente de que esto fuera una misión en cubierta, pero, si así fuese, ¿no deberían haber intervenido hace rato los refuerzos? Que un policía vaya por la vida solo, enfrentándose al mal, solamente se ve en las películas.

Entramos en una chabola derruida al otro lado del parque. Nos atan las manos, nos sientan en el suelo y encienden una bombilla que cuelga de un cable, balanceándose en el techo.

“Es el momento oportuno para sentir pánico, Cora”, me dice la voz de mi cabeza. Si nos pegan un tiro y nos abandonan, aquí no nos encontrará nadie.

— ¿Qué hacías aquí? — inquiera Héctor.

Su voz suena más calmada ahora.

Los chicos que nos han arrastrado hasta la chabola están debatiéndose entre ellos sobre cómo proceder. ¿El siguiente paso cuál será?

— He ido a la comisaría. Al verte salir pensé que...

— ¿Me has seguido? — dice, con una sonrisa irónica en el rostro.

Asiento con la cabeza.

— Necesitaba hablar contigo... Tenía que decirte algo importante.

Héctor suspira hondo.

Después, revisa el reloj de su muñeca.

— ¿Qué demonios estabas haciendo aquí? — le interrogo con voz dolida — .  
¡Creí que tenías que trabajar!

— ¿Y qué te crees que estaba haciendo, Cora? Mira, ya sé que las cosas entre nosotros son complicadas pero... Tienes que confiar en mí. Necesito que me creas o esto no funcionará.

— No funcionará si me mientes — contraataco, dolida.

¿Ahora la culpa es mía?

Héctor no parece tan asustado como debería y eso, de alguna manera, consigue tranquilizarme.

— Estoy de incógnito, Cora — susurra en voz muy baja — . Mi compañero ya se habrá dado cuenta de que estoy tardando demasiado en salir del círculo, pero esperará media hora más para no echar por tierra todo el trabajo de estos meses.

Frunzo el ceño, incapaz de creerle.

¿Por qué tengo la sensación de que me está mintiendo?

— Entonces...

— ¡Ya vale de charlas! — grita el ruso, mirándome con desprecio — . El jefe va a venir — asegura con una sonrisa de orgullo — , y él decidirá qué hacer con vosotros dos.

Cuando vuelve a darnos la espalda, Héctor me mira y sonrío.

— Quizás, sin saberlo, nos hayas ayudado bastante... — susurra, guiñándome un ojo.

¡Dios! ¿Por qué Héctor García es tan guapo?

Ni siquiera en una situación como ésta soy capaz de enfadarme con él.

Me encantan esas facciones que tiene de niño travieso y ese aire juvenil que le proporciona el flequillo mal cortado. Creo que lleva el mismo corte de pelo que cuando éramos niños, pero la verdad es que le sienta fenomenal y está guapísimo. Y luego, su moreno. ¿Cómo puede volverme tan loca esos brazos

musculosos y bronceados? Tendría que pasarme la vida metida en un solárium para conseguir ese tono dorado de piel.

Intento centrarme y recordar cómo demonios he terminado metida en esta situación: ¡ah, sí, claro! ¡Mi madre!

— Sé que me has dicho la verdad, Héctor... — digo en voz alta. No me importa que nuestros secuestradores escuchen esta parte de la conversación — , he hablado con mi madre.

— ¿No me dijiste que ya no teníais relación?

— La he llamado para preguntarle por ti. Tenías razón, no te quería a mi lado.

Héctor asiente.

Evidentemente, no le estoy descubriendo América.

— Cora, tengo que contarte algo... — dice, con la voz temblorosa, mirándome fijamente a los ojos — , yo no te dejé porque quise. Hubo otra razón.

— ¿Cuál?

Héctor traga saliva. Su mirada delata que sea lo que sea que va a confesar, no será fácil de decir en voz alta.

— ¡¿Vais a callaros de una puta vez, joder?! — grita el latino.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente.

¿Acaso importa? ¿De verdad es importante para mí saber por qué me dejó? Mi madre le amenazó y mi vida no era compatible con la suya. ¿No es eso suficiente? Creo que en estos momentos lo único que necesito saber es que Héctor no es la persona que he creído durante todos estos años de rencor.

— Siempre estuve enamorada de ti — confieso, encogiéndome de hombros.

El latino se acerca, enfadado porque he desacatado su orden. Me levanta a la fuerza, tirando de mi brazo mientras un dolor agónico me recorre el hombro.

— ¡Suéltala! — grita Héctor con un tono de voz amenazante que, hasta ahora, jamás le había escuchado — . ¡Suéltala ahora mismo!

Me arrastra por la chabola hasta dejarme de nuevo en el suelo, a varios metros

de distancia de Héctor. Nos miramos bajo la tenue luz de la bombilla. Le hago saber con una mirada que estoy bien, que no me ha hecho daño, y la paz que me devuelve su rostro cuando asiente me da a entender que nuestro rescate está muy cerca de aparecer en acción.

Solo tenemos que aguantar un poquito más. O eso creía en un principio. Pero las horas se van sucediendo una detrás de otra y empiezo a ponerme muy tensa. Creía que los refuerzos de Héctor llegarían de un momento a otro, pero por aquí no aparece nadie. Bueno, en realidad, sí. Entra y sale mucha gente, sobre todo chicos jóvenes que no aparentan ser, en absoluto, gente de bien. Algunos nos miran de reojo, otros ponen mala cara y una gran mayoría ni siquiera se inmutan de que estamos aquí.

— ¿Héctor? — murmuro en voz baja, procurando no llamar la atención de nuestros captores.

— Aguanta — responde, adivinando la pregunta que voy a hacerle.

Entonces todo da un vuelco.

Aparece un grupo bastante grande de gente. Son unas cinco o seis personas — no consigo verles a todos desde la esquina en la que me han dejado atada —, aunque el espacio es tan pequeño que parece que somos muchísimos los que estamos aquí metidos.

— ¿Quién es? — pregunta uno de los recién llegados con acento ruso.

Es alto. Viste traje, zapatos caros y gafas de sol.

Destaca entre todos los demás por la buena presencia que tiene y por la edad. Debe de tener, como mínimo, cuarenta y cinco años. Habla en voz baja con otros dos chicos, y aunque desde aquí no consigo entender ni una sola palabra de lo que están diciendo, deduzco que no es nada bueno. Lo peor es que mis sospechas se confirman cuando uno de los muchachos, no sin protestar antes, arrastra a Héctor hasta la mitad de la sala.

— ¿Qué hacen? — inquiero con el tono de voz cargado de histeria —, ¡Héctor! ¡Qué están haciendo!

El chico me fulmina con la mirada para que me esté callada y Héctor hace lo mismo. Pero no puedo estar callada porque... ¡¡¡estoy al borde de un ataque de histeria!!!



# 14

— ¿Éste es el policía? — pregunta el ruso de gafas de sol.

Uno de los muchachos que nos ha arrastrado hasta la cabaña asiente y el jefe le indica con un gesto que levante a Héctor del suelo. Dos chicos lo agarran desde la espalda y lo obligan a ponerse en pie.

— ¿Eres tú el policía? — inquiera el jefe, dirigiéndose directamente a mi novio.

¡Oh, dios mío!

¿Otra vez he pensado en Héctor García como “mi novio” en vez de “mi ex”? Este asunto se pone serio.

— No, no soy policía — asegura con voz calmada y tranquila —, tus hombres se han confundido. Es un malentendido...

Un nudo me retuerce la boca del estómago tan fuertemente que soy incapaz de controlar las lágrimas. “Ya está todo perdido, Cora”, me dice la maldita voz de mi cabeza, “os van a matar”. No quiero escucharla, pero lo peor de todo es que tiene razón. ¡Héctor se acaba de delatar a sí mismo con su actitud! ¿Cómo puede estar tan calmado y sereno en una situación como ésta? Es evidente que sólo una persona preparada para la acción soportaría semejante locura.

El ruso alto o, mejor dicho, el jefe mafioso, nos observa con desdén. Tantea la mirada entre los dos, hasta que al final termina centrándose en Héctor.

— ¿Qué es lo que quiere saber la policía? — inquiera con la voz ronca y seria.

Héctor, con su calma irrompible, suspira.

— Ya te he dicho que todo esto es un error...

El ruso asiente antes de hacerle un gesto prácticamente imperceptible a uno de sus mandados. El muchacho se acerca y, de uno en uno, le va entregando una serie de anillos que el jefe va colocándose en la mano. No sé qué es lo que pretende, pero doy por hecho que no se está preparando para un desfile de modelos.

— Un error... — repite el mafioso con una sonrisa irónica dibujada en su rostro — , claro... Un error...

Y los siguientes segundos transcurren tan rápido, que no soy muy consciente de cómo y por qué ha sucedido lo que ha sucedido hasta que Héctor está en el suelo, medio inconsciente y sangrando por el labio inferior.

— ¡Para! — grito, incapaz de contener las lágrimas — . ¡Para, por favor!

El mafioso sonríe mientras va retirando la sangre de los anillos de su mano.

— Levantadle — ordena con voz seria, a pesar de que su expresión delata lo mucho que está disfrutando con la situación.

Se está preparando para un segundo golpe.

No puedo soportar esto. Lanzo una mirada a Héctor. Desde el suelo y a pesar de su mal estado, me guiña un ojo para hacerme saber que todo va bien. Pero no, no va bien. No sé a quién intenta engañar...

— Por favor, no... — gimoteo, cerrando los ojos con fuerza — , por favor... dejadle en paz...

No puedo mirar.

Están levantando a Héctor del suelo. La congoja que siento hace que esté al borde del desmayo y creo que hace rato que he comenzado a padecer un ataque de pánico. “¿No querías adrenalina?” me dice la odiosa voz de mi subconsciente, “pues ya la tienes, Cora, disfruta”.

— ¡NO! — grito cuando el chasquido de los huesos de Héctor llegan a mis oídos.

Abro los ojos unos instantes y le veo en el suelo.

El charco de sangre que se está formando comienza a tener un tamaño

preocupante. Hago un esfuerzo sobrehumano por valorar la situación desde mi profesión y no desde el pánico que me está azotando. Héctor tiene el labio partido — y seguramente, un par de dientes sueltos —, un pómulo roto y su nariz no tiene demasiada buena pinta. Ninguna herida es mortal, aunque el pobre está hecho un cromó. ¿Cuántos golpes más podrá soportar? ¿Dos? ¿Tres? ¿Y después qué? ¿Qué harán si no confiesa su relación con la policía? “Os van a matar”. Sí, mi subconsciente tiene razón. Si alguien no aparece pronto, la cosa terminará muy mal.

— ¿Vas a contarme ahora qué quiere de mí la puta policía? — pregunta el ruso.

Héctor, desde el suelo, sonrío. Le reta. Le encara. ¡Dios! El estúpido de él tiene que ser un egocéntrico incluso cuando está moribundo.

— Muy bien — dice el ruso, sonriendo de la misma forma que Héctor —, entonces me lo tendrá que contar ella — añade, señalándome a mí.

El rostro de Héctor se descompone al instante.

Mientras los dos latinos me arrastran por los brazos, un aullido enfermizo abandona sus entrañas. Parece un animal herido, sufriendo. Intento que el pánico no llegue hasta mis ojos para que mi expresión no aterrorice a Héctor, pero al parecer, no lo consigo. Tengo miedo. Jamás en mi vida había tenido tanto miedo. Y lo peor de todo es que yo solita me he metido en este lío.

— ¿Quieres contarme algo, pelirroja? — me pregunta el ruso con un acento muy marcado.

Estoy llorando. Gimo, asustada. Héctor intenta decir algo, pero sospecho que tiene la mandíbula rota y que no consigue expresarse con claridad.

— Yo solo... — comienzo, tartamudeando —, yo... estaba celosa... Yo soy su novia...

Me callo al comprender que lo que estoy diciendo no tiene sentido. Intento seguir con la excusa que Héctor ha puesto con anterioridad, pero no puedo. Estoy tan asustada que el miedo ha paralizado mis cuerdas vocales.

El mafioso jefe hace otro gesto a uno de sus chicos. Empieza a quitarse los anillos de uno en uno y los va colocando en las palmas abiertas de su

mandado. ¿Ya está? ¿Ya ha terminado? No he rezado en mi vida, pero sospecho que ha llegado el momento de hacerlo.

— Un hombre jamás pega a una mujer... — dice, sonriendo. Esa frase hace que un alivio estremecedor recorra mi cuerpo — , pero tú todavía no eres un hombre — le dice al chico — , y para hacerse un hombre, uno tiene que aprender a pegar.

El latino sonrío y asiente, feliz por el nuevo encargo que le ha dado su jefe.

— Haz que hable. No pares hasta que te cuente quiénes son y qué quieren.

Tardo demasiado en comprender lo que va a suceder. En realidad, me doy cuenta de la gravedad del asunto cuando el chico comienza a colocarse los anillos y Héctor se arrastra por el suelo encharcado de sangre, intentando llegar hasta mí.

— No, por favor... — gimo, lanzándole una mirada suplicante al muchacho.

Lo peor de todo es que no debe de tener más de dieciséis años. Debería de ser un crío inocente, pero no lo es.

— Por favor...

Otro chico me agarra del pelo, tirando mi cabeza hacia atrás con un fuerte tirón. Quiero morirme ahora mismo. Prefiero que me peguen un tiro a que me den una paliza, pero supongo que no estoy en posición de escoger.

— Héctor, te quiero... — susurro, sin siquiera mirarle — , siempre has sido tú... Siempre lo supe...

Y entonces suena un golpe estremecedor.

El chico que me tiene agarrada del pelo me suelta, lanzándome contra el suelo.

— ¡ALTO! ¡POLICÍA!

Alguien me pisa el brazo, provocando que una punzada de dolor me recorra el húmero.

Intento buscar a Héctor a mi alrededor, pero la vista no me alcanza a verle. Seguramente estará a mi espalda.

— ¡QUIETO!

Todo da vueltas y más vueltas.

Cierro los ojos e intento comprender lo que está sucediendo. “Han llegado los refuerzos”, me digo a mí misma. Tiene que ser eso. Tiene que ser verdad.

— ¡Agente García! ¿Se encuentra bien? — escucho en la lejanía.

Mientras tanto, rezo porque sea verdad y que la pesadilla por fin haya terminado.

# 15

Cuando abro los ojos me topo de bruces con Petter, el jefe de la unidad y con Vicky, mi compañera. Estoy algo confusa y mareada, así que necesito hacer un esfuerzo sobrehumano para poner en marcha mi cerebro y recordar dónde estoy y qué ha pasado.

— ¿Sabes, Cora? Jamás creí que fueras una persona tan interesantísima — me dice Vicky, sonriente. Evidentemente está bromeando.

Petter me observa con preocupación.

— ¿Te encuentras bien?

Aún confusa, asiento.

Poco a poco las imágenes de los últimos sucesos que he vivido van llegando a mí: los agentes policiales, la ambulancia, el hospital... Pero, ¿Y Héctor? ¿Dónde está?

— Al parecer te has convertido en la comidilla de todo Nueva York — me explica Vicky, sin borrar su divertida sonrisa — . La prensa está esperando ahí afuera para hablar contigo. ¿Les dejo pasar?

— ¡NO! — grito de inmediato, incorporándome sobre la camilla — . ¿La prensa?

Me doy cuenta en ese instante de que mi brazo derecho tiene un cabestrillo. Me quedo mirándolo fijamente, recordando el instante en el que los rusos me pisotearon sin escrúpulos intentando huir de los compañeros de Héctor.

— No está roto — explica Petter — , parece un esguince. Aunque el hinchazón no nos ha dejado ver muy bien el hueso... Mañana te haremos otra

radiografía para asegurarnos.

Pestaño, incrédula.

— ¿Mañana? — repito — , no pienso quedarme aquí hasta mañana.

La puerta de la habitación se abre y Charlize y Lindsay irrumpen de manera brusca en la estancia. En los pocos segundos que la puerta queda abierta soy capaz de detectar al menos media docena de periodistas acompañados por sus cámaras.

— ¿Estás bien, Cora? — pregunta Lindsay, abalanzándose sobre mí.

Charlize hace lo mismo.

Me siento fatal conmigo misma cuando veo lo preocupadísimas que están mis amigas.

— Estoy bien — aseguro — , no os preocupéis, de verdad.

— Jack quería venir, pero le he dicho que era mejor dejarte descansar.

Asiento, agradecida.

Lo último que me apetece ahora mismo es un sermón del señor Ackerman.

— Dice que cuando te encuentres mejor te mandará a sus abogados, aunque ya se están encargando de todo. Los ha puesto a trabajar en cuanto se ha enterado.

¿Abogados? ¿Por qué demonios necesito abogados?

La puerta vuelve a abrirse. Esta vez se trata de un periodista que, junto con su cámara, asoma la cabeza y el micrófono con la esperanza de captar alguna imagen del interior.

— ¿Señorita Vanderbilt? ¿Qué se siente al destapar una de las mayores redes de narcotráfico del país? ¿Tiene miedo? ¿Necesitará protección de la policial? ¿Está asustada?

— ¿Es qué no tenéis ni un ápice de vergüenza? — grita Vicky, apresurándose a cerrarles la puerta en los morros.

Incapaz de procesar lo que la periodista me acaba de decir, guardo silencio.

— Héctor y tú sois noticia — asegura Charlize — , ahora tú también te has

convertido en una heroína neoyorquina — añade con un tono orgulloso.

— ¿Y para qué necesito a los abogados de Jack? — pregunto, incapaz de comprender el comentario que Lindsay ha hecho al respecto.

Todos se quedan callados y esta vez es Petter el que rompe el silencio.

— Se te acusa de obstruir una investigación policial, Cora. Los agentes están fuera, esperando para hablar contigo en cuanto te encuentres mejor.

Pestaño, incrédula.

— Tiene que ser una broma — escupo de malhumor — . Casi me matan y, encima, ¿me acusan de obstruir una investigación? ¡Se pueden ir a la mierda todos juntos! ¡No pienso hablar con ellos!

— No, no hables con ellos. Jack dice que no te pueden interrogar sin que haya un abogado presente.

No puedo creer lo que están diciendo.

Me tapo la cara con la extremidad que no tengo vendada y suspiro hondo, procurando mantener la calma. Lo mejor será no impacientarme y olvidar el asunto; por tercera vez en la vida, Jack Ackerman tendrá que sacarme las castañas del fuego.

— ¿Dónde está Héctor? ¿Está bien?

— Sí, está bien. Aún está en la sala de curas y supongo que, a modo de precaución, tendrá que pasar la noche en el hospital. Pero es un tipo duro — asegura Petter — , se pondrá bien.

“Todo es por mi culpa”, pienso, abatida, con la imagen de Héctor proyectándose en mi mente.

¿Estará muy enfadado conmigo? Al fin y al cabo, los periodistas han dicho que he destapado una red de narcotráfico, lo que quiere decir que he contribuido a la investigación policial.

“Espero que no me odie demasiado”, me digo, procurando inculcarme ánimos a mí misma.

— Pediré que echen a los periodistas del pasillo para que puedas ir a verle — me dice Petter — , y después te daré la baja. No quiero verte por el

hospital en una larga temporada.

Vicky suelta una carcajada descomunal.

— ¿De qué te ríes? — inquiero, confusa.

— De que ahora eres famosa, Cora... Max ha dicho que te iba a pedir un autógrafo y Seth ha comentado que debería pedirte una segunda cita.

— Lo lleva claro... — murmuro en voz baja.

No le daría una segunda oportunidad ni aunque fuera el último tío del mundo. Será guapo, pero tiene una personalidad que me da repelús.

— Nosotras nos quedaremos contigo todo lo que necesites — asegura Lindsay.

— Me quedaré yo — propone Charlize con convicción — . Tú tienes que terminar de organizar la boda.

— ¡Oh, Dios, la boda! — grito, mirándome el brazo — . Espero no tener que llevar este trasto demasiado tiempo.

— En realidad... — añade Lindsay, mirándome fijamente — , quería hablaros de ese asunto...

— ¿De la boda? — pregunta Charlize.

— Dime, por favor, que no vas a suspenderla — suplico, pensando en lo útil que ha sido Jack Ackerman todo este tiempo. Si no se casan será una auténtica catástrofe para mí.

— ¡Vamos a adelantarla! — grita, dando saltitos.

— ¿Por qué? ¿Estás embarazada? — pregunto, incapaz de concebir otra opción.

Lindsay sacude la cabeza.

— A Jack le debían un favor y... ¡Nos dejan el castillo de Central Park para casarnos! — exclama, emocionada, dando saltitos — . ¡Va a ser la mejor boda del año!

Pestañeo con incredulidad.

— ¿Os dejan el castillo de Belvedere? — pregunto, sin comprender — .  
¿Pero ese sitio no es para mirar pájaros y esas cosas que hacen los científicos?

Lindsay se encoge de hombros, aún sin borrar su deslumbrante sonrisa.

— Van a prepararlo para nosotros y... ¡Nos casamos este sábado! — grita, emocionada — . Ya hemos enviado las invitaciones y todos los invitados han podido confirmarnos su asistencia a pesar del poco tiempo que hemos dado... Sólo faltáis vosotras — añade, mirándonos fijamente con esa carita de cordero degollado.

¡Qué bien se le da!

— Claro que iremos — asegura Charlize.

— Aunque tenga que ir a rastras — corroboro yo.

Nuestra Lindsay, emocionada, se lanza a la camilla y me estruja entre sus brazos. Después repite el mismo acto con Charlize.

— ¡Sois las mejores! — asegura, dando saltitos.

Incapaz de no contagiarme de su buen humor, sonrío.

— ¿Lindy? Aunque lo nuestro aún no es oficial... — comienzo.

— Héctor también está invitado — me corta, guiñándome un ojo — , así que ya puedes levantar el culo de esa camilla e ir a avisarle de que este sábado estará ocupado.

— Iré a espantar a la prensa — dice Vicky, emocionada al escuchar la conversación — . ¿Me ayudas, Pett?

Mi jefe asiente y ambos desaparecen de la habitación, dejándome con mis dos amigas a solas.

Tengo demasiado que contarles y la verdad es que no sé por dónde empezar. Supongo que debo admitir mi desconfianza hacia Héctor y asimilar que todo este embrollo lo han causado las dudas que aún conservo hacia él.

— ¿Sabes, Cora? — me dice Lindsay, interrumpiéndome a medio relato — , si quieres que esta vez funcione, vas a tener que aprender a confiar en él.

Charlize asiente.

— Además, ahora sabes lo que pasó con tu madre. No puedes seguir odiándole si vas a mantener una relación con él.

Me siento abatida y tengo la sensación de que esta vez me he pasado tres pueblos.

— ¡Por cierto! — interrumpe Charlize, cambiando de tema — . El pequeño Salem te echa de menos.

Sonrío, deseosa de llegar a mi hogar para achucharlo entre mis brazos.

# 16

Hay cosas que nunca se me han dado del todo bien.

Por ejemplo, así, a bote pronto, nunca se me ha dado bien cocinar. Ni planchar. Ni jugar al beisbol. Tampoco es que sea una cantante de primera y, además, nunca he terminado de pillarle el truco a las nuevas tecnologías. Pero si tendría que quedarme con algo que nunca, jamás de los jamases, se me ha dado bien, sería con disculparme. Las disculpas siempre se me han atragantado, por muy sentidas que hayan sido en el momento de decirlas.

“Lo siento mucho, Héctor”. “Sé que seguirte ha sido una estupidez”. “A partir de ahora procuraré confiar más en ti”. Voy pensando cuál es la mejor manera de pedir perdón mientras me acerco a la sala de curas. No tardarán en pasarle a planta, pero por ahora sigue en observación y lo mantienen ahí.

“Muy bien, Cora, ¡a por todas!”, me digo a mí misma, armándome de valor.

Abro la puerta de la sala y tanto la enfermera que le está atendiendo como él se giran a observarme. Tuerzo una media sonrisa a modo de saludo y me acerco sigilosamente hasta la camilla.

— ¿Podría dejarnos a solas, por favor? — pide.

La enfermera, que no conozco a pesar de que trabaje en el mismo hospital que yo, asiente y se marcha con rapidez. Nos quedamos mirándonos en silencio. La tensión que se ha formado entre nosotros es tan tangente que casi puedo verla.

— Héctor, yo...

— Aún me odias, ¿verdad? — inquiera, cortando mi disculpa.

¡Este tío es idiota!

¿No se da cuenta de que estaba a punto de disculparme? Supongo que por

muchos años que pasen siempre lograré sacarme de mis casillas.  
Suelta una risita que me descoloca.

— Cora, creo que no hay mucho que hablar entre nosotros. Tuvimos un pasado y tú no estás dispuesta a perdonar y mirar hacia delante... — me dice, apretando la mandíbula al hablar.

Una punzada de angustia me azota al comprobar lo magullado que se encuentra. Tiene varios puntos en el pómulo, en la nariz y en el labio inferior. Además, la hinchazón general de su rostro le otorga un aspecto bastante catastrófico.

— Creo que no funcionará — culmina, dejándome boquiabierta — . Da igual lo que te diga y cómo te lo diga, no volverás a confiar en mí. Lo sé.

Siento que acaba de golpearme con esa frase y, la verdad, ya no sé qué decir ni cómo tomarme esto. ¿Qué demonios le ocurre? ¿Es que no quiere intentarlo? ¿Acaso se trata de una excusa absurda?

Sacudo la cabeza, incapaz de asumir lo que estoy escuchando.

— ¿Cómo voy a confiar en ti si no me dices nada, Héctor? No dejas de repetir que nuestras vidas han cambiado pero... ¿Sabes? Aún no me has contando nada sobre ti. No sé cómo demonios has terminado siendo policía, ni dónde vives, ¡ni nada! ¡No sé nada sobre ti!

— Ése es el problema, Cora, que no quieres descubrirlo poco a poco. No quieres volver a conocerme... Solamente estás esperando a que vuelva a meter la pata para sentirte bien contigo misma y pensar que has hecho lo correcto odiándome todos estos años.

Estoy a punto de echarme a llorar, pero hago un esfuerzo sobre humano por contener las lágrimas.

— Eres un capullo — escupo, rabiosa — . Te confieso mi amor cuando creo estar a punto de morir y tú... ¿Tú me dejas? — exclamo, riéndome como una loca.

O me echo a llorar, o salto en carcajadas. Una de dos; porque ahora mismo mi sistema anímico está disparado y no sabe ni siquiera cómo debe actuar.

Héctor se queda callado, sopesando muy seriamente lo que acabo de decirle.

— Si quieres que lo nuestro funcione, Cora, vas a tener que quitarte ese maldito escudo que te has puesto y volver a ser la chica de la que me enamoré.

— Soy la misma chica — aseguro, ahora sí, entre lágrimas — , sólo que he sufrido demasiado.

He conseguido ablandar su corazón.

Héctor dibuja una sonrisa tierna en su rostro y me pide que camine hacia él. Cuando me siento en la camilla y me abraza, percibo cómo todos los temores de mi vida se esfuman al momento. Entre sus brazos todo parece perfecto e irreal; demasiado bueno para ser verdad.

— Te besaría, pero la enfermera me ha recomendado, para sanar los puntos, no andar por ahí morreándome con mi novia rebelde e impulsiva.

Suelto una risita, sin pasar por alto que acaba de denominarme “su novia”.

— Esa enfermera no tiene ni idea de lo que necesitas...

— ¿Ah, no? — inquiera con un tono juguetón.

— No... — susurro con voz sensual, justo antes de presionar muy suavemente mis labios contra los suyos — . Pero es mejor que no te siga besando o pasarás de parecer el jorobado de Notre Dam, a Shrek.

— Creo que eso es lo más romántico que me has dicho estos días — asegura, incapaz de ocultar la sonrisa — , podrías decírselo a la prensa... Estarán encantados de que me añadas otro adjetivo.

— ¡No tientes a la suerte, Cuasimodo! — exclamo risueña, apretándome aún más contra él.

A pesar de lo feliz que me siento junto a Héctor, mi subconsciente no termina de dejar marchar esa mala sensación que me acecha. Tiene razón; no termino de confiar en él. Aunque también sé que, por mucho que me lo diga a mí misma o que me lo repita Héctor, necesitaré muchísimo tiempo para borrar todo el dolor que sentí después de su marcha.

— Por cierto, ¿te apetece acompañarme a una boda? — inquiero, aunque no necesito que responda para saber la respuesta.

— Esta vez te acompañaré hasta donde tú quieras ir, Cora — asegura, acomodándose a mi lado y cerrando los ojos — , pero tendremos que poner condiciones.

— ¿Condiciones?

Héctor levanta la sábana para que me meta en la cama junto a él. Estoy agotada. Realmente agotada. Hasta este instante no he sido consciente del dolor que recorre mi brazo y del efecto secundario que han dejado los calmantes en mi organismo.

— Sí, condiciones — repite — . La primera de todas es que se acabaron las persecuciones.

— Muy bien... — admito, dejándome caer sobre su hombro.

— La segunda es que se acabó dudar de mí... Voy a contártelo todo, pero tendrás que darme y darte tiempo.

Me quedo en silencio, sopesando lo que acaba de decir.

“Voy a contártelo todo” suena a que hay mucho que aún está por decir.

— Héctor, es que no lo entiendo... Yo no tengo nada que contarte — aseguro, justo antes de hacer una pequeña pausa para que sopeso lo que le estoy diciendo — , ya me conoces. Soy la misma chica que era años atrás. ¿Qué ha cambiado? ¿Que ya no vivo bajo la sombra de mi madre y que mi apartamento es un desastre? Pues ya lo sabes. Sabes todo lo que necesitas saber para confiar en mí. Tú, en cambio...

— Cora... — me interrumpe con un tono de reproche — , no sigas.

— Sí, si sigo — le contradigo, girándome en la camilla para poder observarle mejor — . Quiero saber dónde vives, ¿en Brooklyn? ¿Queens?

— También vivo en Manhattan — murmura en voz baja, torciendo la expresión de su rostro.

Al parecer la conversación no le está agradando en absoluto.

— ¿Y qué, Héctor? ¿Me estás ocultando algo? ¿Hay algo que deba saber de ti que no me hayas contado?

Se queda en silencio de nuevo.

No sé por qué, esta conversación no me da buena espina. Si su actitud fuera natural no tendría sospechas sobre él, ¿verdad?

— ¿Por qué no dejas que el tiempo ponga las cosas en su lugar, Cora? ¡Primero tienes que darme una oportunidad! — exclama, ahora con cierto aire de indignación.

No sé cómo hemos vuelto a este punto, pero ahora sí que tengo la convicción de que me está ocultando algo. Agobiada, me levanto de la camilla para separarme de él y me alejo unos metros.

— Héctor, ¿tienes un perro? — escupo de malagana.

— ¿Qué? — inquiere, sin comprender mi pregunta.

— Me parece importante saber si tienes un perro — repito, fuera de control — , porque yo sí tengo un gato... ¡Pero eso ya lo sabes!

¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

Estoy tan cabreada que creo que no me estoy expresando con demasiada coherencia.

— No te sigo...

— ¡Quiero saber qué hay en tu vida, Héctor! ¡Quiero que me digas qué es lo que me estás ocultando! — grito, enfadada.

La enfermera que le estaba haciendo la cura a Héctor irrumpe en la sala.

— ¿Va todo bien...?

La fulmino con la mirada, furiosa.

— ¿Te parece que las cosas van bien? — suelto, a pesar de saber que la pobre chica no tiene la culpa de nuestra discusión.

— Yo... — murmura, entrecortada — , mejor vuelvo en otro momento...

Se marcha sin añadir nada más, dejándonos de nuevo a solas.

Vuelvo a centrarme en él. Quizás éste no sea el momento más idóneo para una pelea pero... No hay porqué alargar las cosas innecesariamente.

— ¿Hay algo de tu vida que no me hayas contado, Héctor? — suelto a bocajarro, directa al grano, sin rodeos — . Porque eso de ir conociéndonos no va conmigo. Ya te conozco. Así que dime qué demonios me estás ocultando.

Estoy casada de tonterías y de rodeos.

Héctor sonríe y la expresión de su rostro se torna seria y melancólica.

— Será mejor que te marches, Cora. No me apetece hablar contigo.

Pestaño, incrédula.

¿De verdad acaba de decir que no le apetece hablar conmigo?

— Siempre es lo mismo — añade — . Ya sabes lo que suelen decir... las segundas partes nunca fueron buenas.

Aprieto los puños, rabiosa, y me quedo unos instantes plantada en el mismo lugar en el que estoy. Aunque la imagen que me transmite Héctor con la cara destrozada y tumbado en una camilla es de absoluta debilidad, ahora mismo siento como si él fuera un gigante que acaba de pisotearme.

— Sigues siendo el mismo cabronazo de siempre.

“Te lo advertí”, canturrea la vocecita de mi cabeza.

— Vale — corrobora.

— Sigues siendo igual de egocéntrico, igual de manipulador y de engreído. Eres exactamente como creía que eras, Héctor.

Él se encoge de hombros antes de contestarme.

— Quiero que te marches, Cora.

Aprieto los puños, mientras me pregunto a mí misma qué es lo que está pasando. ¿Por qué me está dejando así, de repente?

— ¿Estás casado?

Es lo único con sentido que se me ocurre.

— Márchate — ordena con voz firme.

“Ni se te ocurra llorar delante de él, Cora”, me dice la voz.

La ansiedad que siento cada vez es más grande y ahora mismo me cuesta hasta respirar. Vuelvo a tener la misma sensación que la segunda vez que lo vi en mi consulta.

— Te he dicho que te marches, Cora — repite con un tono furioso.

— Así que es eso... ¿Estás casado? ¿Tienes novia? ¿Has estado engañándola conmigo?

Quiero saber la verdad.

Por una vez en la vida, por primera vez en la historia de Héctor y Cora, ¡quiero saber la maldita verdad! Estoy cansada de que desaparezca sin darme explicaciones.

En vez de contestarme, baja la mirada y se centra en sus magulladas manos. Me percató de que tiene las muñecas rasgadas por la cuerda que lo mantuvo preso y la culpa me carcome. ¿Estoy comportándome mal? ¿Tengo derecho a sospechar de él?

— Contéstame — le exijo de forma brusca.

Necesito saber la verdad y no pienso marcharme hasta que me la diga.

— Cora, lárgate, por favor... ¿Sabes? Tienes razón; soy un egocéntrico y un cabronazo — admite, mirando a un punto vacío de la pared — . Ahora vete y desaparece de una puta vez.

La rabia me corroe por dentro.

Tengo ganas de matarlo a puñetazos, pero decido contenerme porque más problemas con la policía no me benefician en absoluto. Además, no sé por cuánto tiempo me cederá Jack el derecho a sus abogados, pero no creo que me permita abusar de ellos mucho más.

— Si sabes esconderte, hazlo — amenazo, furiosa — , porque como te vuelva a ver paseando por las calles de esta ciudad saldrás mal parado, Héctor.

Y sin decir nada más, me marchó dejando el sonido de un estrepitoso portazo tras de mí. La última frase parecía sacada de “El padrino”, pero por lo menos me he quedado a gusto soltándola.

Aprieto el paso hasta los lavavos de mujeres que hay al fondo del pasillo, echo el cerrojo y, una vez a solas, me permito llorar. El dolor que siento en el

brazo no es nada comparado con el que me tortura en el pecho. Una vez más, he sido tan tonta y estúpida como para permitirle a Héctor García tener el poder de romperme el corazón. Y una vez más, me lo ha roto.

— ¡Estúpida! — grito, justo antes de pegarle un manotazo a la pared.

Salem se acurruca hecho un ovillo sobre mi regazo.

Me suelta un lametazo en la mano y me mira con una expresión tan tierna e inocente que, por unos instantes, solo pienso en lo bonito que es y no siento impulsos de asesinar a la población humana. Porque sí, estoy tan enfadada que ahora mismo matar a Héctor García no es suficiente para quedarme a gusto. Quiero sangre.

Mi teléfono móvil vuelve a resonar mostrándome el nombre de Lindsay en la pantalla. No me apetece hablar con ellas porque sé lo que me van a decir y no quiero escucharlo. Yo, Cora Vanderbilt, llevo años repitiéndoles a las dos eso de que “los tíos no merecen ni una lágrima nuestra”, pero parece que ha llegado el momento en el que se cumple el dicho de “consejos vendo pero para mí no tengo”.

Debo admitirlo. Estoy destrozada.

Lo que más me duele es no saber quién ha tenido la culpa. ¿He sido yo o ha sido él? Al fin y al cabo, podía haberse sincerado conmigo. Pero por otro lado creo que le he presionado demasiado. Una noche, un poco de pasión, una cita preciosa y con eso ya me creo con el derecho de poder seguirle y exigirle lo que se me antoje.

Tamborileo con mis dedos la pantalla táctil del teléfono. Me siento tentada de escribirle y de pedirle perdón, pero no lo hago porque sé que eso sería arrastrarme. Me ha dejado claro que no quiere hablar conmigo, así que supongo que llegados a este punto no queda nada para decirnos.

— Salem... Tengo la sensación de que he metido la pata hasta el fondo  
— gimoteo hecha un mar de lágrimas.

Le acaricio las orejitas y el pequeño gatín ronronea para pedirme más.

— Menos mal que te tengo a ti... — susurro con la voz gangosa — , porque vas a ser la única compañía de mi vida.

Decido encender la televisión para intentar distraerme, pero ni siquiera eso consigue desviar mi atención. Unos minutos después, recibo dos mensajes de Charlize exigiéndole que le responda las llamadas y otro de Lindsay en el que me recuerda que “se casa al día siguiente”. Sé que no puedo faltar a la boda de mi mejor amiga pero, sinceramente, lo último que me apetece ahora mismo es festejar el amor de otra pareja. Insistentemente, mi teléfono móvil vuelve a sonar, aunque el número que se reproduce en él es desconocido para mí.

“Héctor”, pienso, esperanzada. Tiene que ser él. Puede que el número corresponda a la comisaría o al teléfono fijo de su apartamento, ¿no?

— Seguro que quiere disculparse conmigo — le digo a Salem, a pesar de que el animalito no parece muy interesado en mis líos amorosos.

Pero mis esperanzas se van al traste cuando escucho la voz de la encargada de recursos humanos del hospital. Me confirma el papeleo de la baja y desea que me recupere lo antes posible. Antes de colgar, añade que me ha visto en la televisión y que estaba guapísima detrás de las cámaras. ¡Cómo no!

Muy bien. Es mejor que empiece a concienciarme de que Héctor no va a llamarme y de que he metido la pata hasta el fondo.

— ¿Tú crees que ha sido culpa mía? — le pregunto a Salem, que no deja de ronronear y de pedirme más mimos.

Siempre ha sido él. Mi talón de Aquiles, mi punto débil, mis miedos y mis inseguridades. ¿Y si esas inseguridades me han llevado a precipitarme? ¿Y si tendría que haber esperado y haberle permitido al tiempo poner las cosas en su lugar?

Cojo de nuevo el teléfono móvil. Desde que me he sentado en el sofá no lo he soltado un solo instante, lo que evidencia la desesperación que estoy padeciendo. Busco su nombre en la agenda y recuerdo que, tiempo atrás, ya viví la misma situación. Pasé días, semanas y meses esperando una señal de él, un simple mensaje. Pero no lo recibí.

— ¿Por qué? — me pregunto en voz alta.

Puede que mi madre le chantajease y puede que decidiera acabar con nuestra relación, pero... ¿Por qué no fue capaz ni siquiera de decirme adiós? Con la mano temblorosa y el corazón a mil pulsaciones, pulso el botón verde de la llamada y espero al primer tono. Pero no llega. La operadora me indica que el teléfono está apagado o fuera de cobertura y que siga intentándolo en otro momento.

— ¡Genial! — exclamo, mientras una idea fugaz cruza como un relámpago mi mente.

Es un disparate y lo típico que jamás le recomendaría hacer a Lindsay o a Charlize pero... ¡¡Allí voy!! No tengo nada que perder y he pasado demasiados años odiando a Héctor para que la historia vuelva a repetirse sin más explicaciones. Sin más esfuerzos.

— Espérame, pequeñín — murmuro, apartando a Salem de mi regazo — , no voy a tardar mucho.

Salgo disparada al armario de la entrada, me calzo, me pongo la primera cazadora que tengo a mano y con el pulso tembloroso, cojo las llaves del coche y salgo escopetada escaleras abajo. Estoy como un flan.

Cuando llego al destartado coche de sustitución me doy cuenta de lo mucho que echo de menos mi Mini Cooper. En él he vivido las más locas aventuras junto con Lindsay y Charlize, así que espero que no tarden demasiado en arreglámelo.

— Hoy te toca a ti — le digo al coche, propinándole dos palmaditas en el capó.

Arranco y, sin pensármelo dos veces, cojo el teléfono móvil para hacer una última llamada. Susane, de recepción del hospital, me responde de inmediato.

— ¡Ah, hola, Cora! — saluda al reconocer mi voz.

— ¿Te puedo pedir dos favores?

Susane guarda silencio.

— Nunca pides buenos favores — señala, aunque sé que está bromeando.

— Esta vez serán muy fáciles, lo prometo.

Susane suelta una risita.

— ¡Ay, Cora! Cuéntame... ¿qué necesitas?

Escucho el jaleo del hospital de fondo y, aunque estoy muy bien descansando en mi casa, no puedo evitar echar de menos la acción y sentir un poco de envidia.

— Necesito saber si Héctor García sigue ingresado en el hospital.

Susane guarda silencio unos instantes.

— ¿El policía al que insultaste?

Suspiro hondo.

Evidentemente, va a pasar muchísimo tiempo hasta que mis compañeros olviden ese episodio de mi vida.

— Ese mismo.

— Qué estarás tramando, Cora... — murmura.

Escucho cómo aporrea con los dedos el teclado del ordenador y aguardo pacientemente hasta que finaliza la búsqueda.

— No, ya no está hospitalizado. Le han dado el alta hace un par de horas...

— Muy bien — le corto, sin dejarle continuar — , ahora una última cosa.

— Venga, cuéntame...

— ¿Me puedes decir la dirección que anotó en su hoja de registro?

— ¿Cora? — inquiera con tono escandalizado — , sabes que eso no es muy profesional...

— Por favor, Susane. Es importante, sino no te lo pediría.

— Nos podemos meter en un buen lío, Cora.

Como siempre, Susane tan responsable.

Estoy segura de que si la persona que estaría al otro lado de la línea fuera Vicky no tardaría tanto en sonsacarle la información.

— Te prometo que si la Interpol viene a buscarnos por esto, no te delataré.

Susane carraspea.

— Te la mando ahora por un mensaje, pero más vale que no me metas en ningún lío o será el último favor que te haga.

— Ya sabes que soy un ángel — aseguro, fingiendo una vocecilla de niña buena — . ¿En qué lío te puedo meter por una dirección?

Al final, mi compañera se ríe.

— Hablo en serio — añade, para dejar claro que no quiere problemas — . Te lo mando en un mensaje, ¿bien?

— Gracias, Sue — murmuro, antes de cortar la llamada.

Nada más abrir el mensaje de texto, reconozco el barrio residencial al que pertenece la dirección que la recepcionista me ha enviado. No queda demasiado lejos del lugar en el que estoy ahora mismo, así que pisando el acelerador al fondo, me incorporo a la carretera con los nervios a flor de piel. Sé que estoy cometiendo un error. Viví esto años atrás y ahora, una vez más, la historia se repite exactamente igual. No ha cambiado nada, y eso me aterra. Dieciséis años atrás Cora Vanderbilt también tenía el móvil en la mano y esperaba impacientemente una llamada de Héctor. También acudí a buscarle a su apartamento, incluso a su trabajo. Y aunque no quiero cometer los mismos errores que en el pasado, creo que no seré capaz de cerrar este capítulo si no conozco toda la verdad que hay tras él.

Me aprieta un nudo en el estómago mientras aparco el coche frente al número 26, girando a la izquierda en Broadway. Tengo la sensación de que me estoy comportando como una psicópata, y eso me aterra.

— Cora la psicópata — me digo en voz alta, justo antes de echarme a reír — . Genial, ahora incluso hablo sola...

La sensación que me invade es tan desagradable que ni siquiera me importa no estar actuando con ética y moralidad. Héctor me afecta tanto que me nubla la cabeza, y sé que por él sería capaz de hacer cualquier estupidez — lo que me hace sentirme todavía más absurda, si cabe — . Lo peor es que ahora mismo tengo el presentimiento de que mi nueva misión suicida no terminará bien

— tal y como su nombre indica — .

Me acomodo en el asiento y pongo la radio para estar entretenida.

Supongo que la vigilancia conllevará un par de largas horas de aburrimiento — o más — , pero estoy dispuesta a sufrirlas. Una parte de mí me dice a gritos que debería dejar de lado este juego de niños, tocarle el timbre y disculparme. Pero otra parte de mí, menos racional, me susurra al oído que ésta será la única manera de destapar lo que Héctor me está ocultando.

Mientras espero, recibo otro par de mensajes de Lindsay — estos últimos con amenazas directas hacia mi persona — y no puedo evitar que me corroa un sentimiento de culpabilidad. Nuestra Lindy se casa mañana, nada más y nada menos que con el importantísimo Jack Ackerman, y yo aquí estoy. Comportándome por una tonta que ha perdido la cabeza por un hombre que, seguramente, no merezca la pena.

Una hora y cuarto después, cuando mis párpados comienzan a ceder al cansancio de mi cuerpo, veo movimiento. Las cortinas de las ventanas se mueven y varias sombras cruzan de un lado a otro. O Héctor se desplaza a la velocidad de la luz, o allí adentro ahí alguien más con él.

— Lo sabía... — susurro en voz alta mientras la ansiedad me aprieta todavía más el pecho.

Tengo ganas de vomitar.

En el fondo todo esto no me sorprende; Héctor siempre fue un mujeriego. Puede que mi madre le presionara para romper nuestra relación, pero él tomó la decisión por sí mismo. Podría habérmelo contado entonces, o incluso haberle plantado cara a la señora Vanderbilt. Pero no. Decidió tomar el camino sencillo; buscarse otra chica y seguir con su vida sin mirar atrás. Sin siquiera dar una pequeña explicación antes de decir adiós.

La puerta de la casa se abre y yo contengo la respiración. Sé lo que estoy a punto de ver y no sé si seré capaz de soportar otra vez un corazón roto en mil pedazos. Entonces, cuando ellos salen a la calle, el tiempo se detiene. Tengo la sensación de que he retrocedido dieciséis años atrás y que el mundo ha dejado de girar. De que vuelvo a ser esa joven Cora en mitad del Central Park con el corazón pisoteado y demolido.

— No puede ser... — murmuro, escondiendo mi rostro tras las palmas de mis manos.

No puede ser.

Ella, no.

Es la misma chica que, dieciséis años atrás, caminaba por el parque junto a Héctor. Jamás la he olvidado, así que puedo reconocerla a la primera. Y, además, una adolescente les acompaña. No quiero atar cabos, pero mi razón es incapaz de no hilar el tiempo, la situación y a ellos tres.

“Te lo dije”, repite la voz de mi cabeza, torturándome, “pero todo tiene que ser como tú quieras”. No puedo respirar, así que abro la ventanilla del coche mientras, incapaz de apartar la mirada, observo cómo “la familia unida” cruza la calle. ¿Y si no es su hija? ¿Y si no es su mujer?

Están solo a unos metros del lugar en el que estoy aparcada. Desde aquí no puedo escucharles, pero veo cómo la joven cruza la calle de vuelta a la casa y ellos la esperan. Abro la ventanilla un poco más, intentando captar algún sonido del exterior a pesar de la distancia.

— ¡Papá! — grita, y esta vez su voz llega hasta mí con perfección—. ¿Quieres que coja tu chaqueta?

Mi corazón se detiene al instante. “Papá”. Le ha llamado “papá”.

— No puede ser...

— ¡Tengo la cazadora en el coche! — exclama Héctor, señalando el vehículo de patrullaje que está en la esquina.

Héctor está casado. Héctor es padre. Y, una vez más, Héctor me ha engañado.

No soy muy consciente de mí misma mientras me bajo de mi coche, con los puños apretados, la respiración contenida, las lágrimas salpicando mi rostro y la rabia corroyendo mis venas. Aprieto el paso hacia ellos sin saber muy bien qué es lo que estoy haciendo. Ella, la mujer por la que me dejó dieciséis años atrás, me señala y le susurra algo a Héctor. Él, protector, se coloca frente a ella para cortarme el camino. Pero no me importa. No la busco a ella.

Quiero gritarle lo despreciable y manipulador que es. Necesito decirle lo muchísimo que le odio y le odiaré siempre. Pero no puedo porque la voz se queda trabada en mi garganta. Ha roto, una vez más, todos mis sueños. En

realidad, los ha machacado. Deseo decirle que gracias a él jamás volveré a confiar en ningún otro hombre y que, además, no podré entregarle a nadie mi corazón. Sus promesas vacías han arrasado con todo lo que quedaba en mí.

— ¿Llamo a la policía, Héctor? — inquiere la mujer al verme acercarme a ellos.

— No, tranquila...

Pero no puedo decirle nada porque la voz no me sale. Solo tengo ganas de morirme.

“Eres Cora Vanderbilt”, me repite la voz en mi cabeza, “y ese cretino se merece un puñetazo”. Por primera vez en mucho tiempo, dejo de poner en “off” a mi subconsciente y, en su lugar, obedezco. Aprieto el puño con fuerza y lo estrello contra su pómulo roto mientras mi mente solo desea que el golpe le resulte tan doloroso como me ha hecho sufrir a mí.

— ¡HÉCTOR! — grita su mujer, corriendo hacia él.

Con las piernas temblorosas, me doy la vuelta para regresar a mi coche.

Se acabó.

Héctor, se acabó.

# 18

Entre lagrimones e hipos, conduzco en dirección a no sé muy bien dónde. Necesito gritar y sacar todo el dolor que me está comiendo las entrañas pero no puedo. No puedo ni siquiera asimilar que la historia se ha vuelto a repetir y que yo he sido tan estúpida como para volver a permitirlo. El teléfono vuelve a sonar y el nombre de Lindsay, una vez más, se ilumina en la pantalla. Intento tranquilizarme un poco antes de responder la llamada, pero todos los esfuerzos son inútiles.

— Hola... — murmuro al descolgar.

— ¡Oh, Dios, Cora! — exclama, regañándome — . ¿Por qué no eres capaz de contestar el teléfono?

Aparto el teléfono de mi oreja unos segundos para utilizar las dos manos en una curva. Entre el móvil y que mi visión está empañada por los lagrimones, soy un auténtico peligro para la carretera. Decido entonces que lo mejor será regresar a casa y empezar a pensar cómo asesinar a Héctor. Puede que, de esa manera, consiga mantenerme un poco cuerda.

— Lo siento... — gimoteo con la voz gangosa.

Lindsay se queda en silencio unos segundos, pero al final, pregunta.

— ¿Has ido a verle?

Otra curva.

Vuelvo a quitarme el teléfono de la oreja, pero aún así, escucho a Lindsay vociferar algo a través del auricular. El coche de delante frena y aprovecho el instante para intentar adelantarlo. En pleno adelantamiento, se coloca en mitad de la carretera para taponarme el paso y tengo que volver a regañadientes a mi

carril.

— ¿Qué demonios hace ese idiota? — inquiero en voz alta, sacándole una peineta por la ventanilla — . ¡GILIPOLLAS!

Lo que me faltaba; dar con un idiota al volante.

— ¡Cora! — grita Lindsay, esperando que la preste atención.

Vuelvo a colocarme el teléfono en la oreja.

— Está casado, Lindy. Está casado y tiene una hija... — gimoteo, intentando procesar a la vez lo que le estoy contando.

Aunque lo haya visto con mis propios ojos, todavía no me lo creo.

El idiota de delante disminuye la velocidad y tengo que pegar un frenazo para no chocar contra él. Acciono el claxon repetidas veces, procurando que se aparte, pero no lo hace.

— ¿Cómo que... está casado?

Parece haberse quedado tan patidifusa como yo.

Estoy a punto de explicar cómo le he descubierto cuando el idiota de delante saca el brazo y comienza a hacer unas señales muy extrañas, moviéndolo hacia arriba y abajo de forma robótica.

— Lindy... Te tengo que colgar — susurro en voz baja, dejando de llorar al instante — , creo que me he metido en un lío.

— ¿CORA? — pregunta, justo antes de que yo corte la llamada.

Por primera vez desde que voy detrás de él, me fijo en la luna trasera del vehículo que tengo delante. Una pequeña pantalla digital ilumina las letras de “Sígueme. Policía”.

— Lo que me faltaba... — murmuro, girando a la derecha para apartarme en una esquina del arcén.

El supuesto coche policía para delante de mí y un hombre no uniformado se baja de él.

“¿Y si es una trampa?”, me dice la voz de mi cabeza, “¿y si es un psicópata que va secuestrando chicas desoladas con la pantallita?”.

No le doy más vueltas al asunto antes de pulsar el botón que bloquea las puertas del coche. Mi corazón, ése que está muerto y rematado, revive para dispararse a mil por hora.

“Más vale que sea un psicópata y no la policía, Cora, porque ya tienes un expediente muy bonito”.

— Bájese del coche — me dice desde fuera.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

— ¡No! ¡Quiero ver su placa!

El hombre, que no es mucho más mayor que yo, me observa con una mueca de incredulidad. Entonces mete la mano en el bolsillo y saca una placa.

— ¡Policía nacional, señora! ¡Bájese del coche!

¿Pero por qué demonios les ha dado por llamarme señora?

Suspiro hondo, desbloqueo el coche y procurando dar la máxima pena posible, desciendo del asiento.

— Buenas tardes... — murmuro con voz de niña buena.

— Saque los papeles del vehículo y su carné de conducir, señora.

¿Por qué tengo la sensación de que, una vez más, voy a necesitar pedirle sopitas a Jack Ackerman?

Obedezco sin rechistar y espero pacientemente mientras él regresa al coche patrulla para revisar mis datos. La cara de seriedad con la que regresa me da a entender que algo no va bien.

— Me va a tener que acompañar a la comisaría, señora.

— ¿A la comisaría? — repito — . Mire, siento mucho lo del teléfono pero no es algo que vaya a ocurrir más veces... Como habrá visto es un coche de sustitución y no tiene el manos-libres incorporado así que...

— Hablar por teléfono mientras conduce es una simple multa administrativa — señala — , debería estar preocupada por la conducción temerosa y el desacato a la policía.

— ¿Cómo? — exclamo, tragando saliva.

¡Oh, Dios mío!

No puedo creer que esta semana de mi vida esté siendo real.

— Por favor... — gimoteo, antes de echarme a llorar como una niña pequeña.

La verdad es que todo empieza a superarme — , por favor...

— Lo siento, pero tiene que acompañarme.

Asiento, llorando desconsoladamente.

¿Tengo alguna otra opción?

# 19

Son las seis de la mañana.

La última vez que me metieron en un calabozo estaba acompañada por mis ángeles de Charlie, así que la experiencia no resultó muy traumática. Pero ahora me han metido en una celda con dos prostitutas y un gordo que está borracho. Vamos, que esto es el infierno.

Las prostitutas duermen, pero el gordo borracho no me quita los ojos de encima y, cada vez que lo fulmino con la mirada, me guiña un ojo. Por lo que veo, le está costando coger la indirecta.

— ¿Cora Vanderbilt?

¡Por fin!

— ¡Soy yo! — exclamo esperanzada, sin importarme despertar a las prostitutas.

— Su amigo está aquí, pero no pagará la fianza sin hablar antes con usted.

— ¿Cómo?

Me cuesta creer que el casi marido de Lindsay me vaya a dejar tirada cuando más problemas tengo y más le necesito. Siempre he considerado a Jack un tipo legal, pero ahora mismo se está ganando otro adjetivo menos bonito.

Salgo del calabozo en el que he pasado malamente la noche y, agotada, arrastro mis pies detrás del policía hasta una de las salas de interrogatorios. Jack está ahí, sentado en la mesa con los brazos cruzados en jarras. Me sorprende al comprobar que parece realmente enfadado conmigo.

— ¿Gracias?

Él tuerce una mueca de disgusto.

— ¿Qué demonios pasa contigo, Cora?

Suspiro hondo y tomo asiento en la silla de enfrente.

— ¿Sinceramente? Ni yo misma lo sé.

— Cora, tu amiga está ahí fuera, preocupada por ti — me dice, con la misma voz con la que un padre le regañaría a su hija traviesa — . ¿Acaso Lindsay no significa nada para ti?

— Ya sabes que la quiero como una hermana — escupo, sintiéndome atacada.

Me parece increíble que sea capaz de ponerlo en duda.

Además, es alucinante que a mi edad tenga que estar aguantando que me traten como a una niña pequeña. Más aún, que Jack Ackerman sea quien me sermonee.

— Cora, nos casamos en menos de seis horas y nos hemos despertado con una llamada de la policía.

¡Oh, no!

Con Héctor en mi cabeza, prácticamente me había olvidado de la boda de Lindsay.

Avergonzada por mi comportamiento, agacho la cabeza. Ese hombre ha sido capaz de desquiciarme por completo. Tanto, que casi ni me reconozco. Y lo peor de todo es que ni siquiera tengo un vestido digno para la ceremonia.

— Charlize está en tu casa dando de comer a Salem — añade, para hacer que me sienta todavía más irresponsable y absurda — , y Lindsay está llorando en la puerta de la comisaría por yo que sé qué historia de tu talón de Aquiles.

Tengo que esforzarme por reprimir la risa ante ese último comentario.

Guardo silencio, abochornada conmigo misma y fingiendo un máximo arrepentimiento.

— Lo siento — musito, incapaz de añadir nada más a la disculpa.

— No sé cuántas veces has pisado esta comisaría en una semana, Cora, pero creo que ya es hora de parar. Ni ese tío merece la pena, ni tú puedes seguir así.

¿De verdad me está diciendo esto Jack Ackerman?

— Héctor García está olvidado — aseguro con la máxima firmeza que soy capaz.

— Eso espero.

Y con eso está todo dicho.

Mientras relleno los papeles de salida y recojo las pertenencias que me habían confiscado, pienso en la mala suerte que me ha rodeado desde que Héctor apareció en mi vida. Haber vuelto a perder la cabeza por él me ha llevado a tomar decisiones inapropiadas, pero es imposible no ver que, esta vez, el karma ha salpicado mi vida con fuerza. Siento que las últimas semanas un huracán me ha arrollado y me ha vuelto a escupir donde le ha dado la real gana.

Por suerte, nada más ver a Lindsay, todos mis miedos, preocupaciones y todo mi dolor desaparece.

— Va a ser la boda más bonita de la historia — digo a modo de disculpa, antes de fundirme con ella en un profundo abrazo.

¿Qué sería de mí sin mis ángeles de Charlie?

## 20

# LA GRAN BODA

Central Park es uno de los lugares más mágicos y románticos de todo Nueva York. Y si a eso se le suma un castillo del siglo XIX con estilo victoriano, entonces ya tienes los ingredientes idóneos para una ceremonia muy, pero que muy especial.

Suspiro con orgullo cuando el espejo nos devuelve nuestra imagen. Gracias a Dios, no he tenido que preocuparme por encontrar un vestido a última hora porque las damas de honor van conjuntadas. Charlize y Lindsay ya se habían ocupado de pensar en todos los detalles, así que me he salvado de milagro.

— ¿Vamos? — me pregunta Charlize, tirando de mi brazo.

Los jardines del castillo están decorados con un gusto existo y en los alrededores no entra ni siquiera un alfiler. Entre la muchedumbre puedo ver caras famosas de todos los ámbitos, desde empresarios hasta actores del cine. Recuerdo entonces el dineral y la fama que tiene Jack Ackerman, “El rey de los negocios”, y suelto una risita. Lindsay ha tenido muchísima suerte en tropezar con un tipo como él, la verdad.

— Deja de pensar en Héctor — me recrimina Charlize al ver mi cara — , por favor. Olvídate de él.

Asiento con la mejor de mis sonrisas y, decidida, me digo a mí misma que el día de la boda de Lindsay lo sacaré de mis pensamientos. Me cueste lo que me cueste.

“Mañana ya tendrás tiempo para llorar”, me dice la vocecilla de mi subconsciente. Y la verdad es que, como siempre, tiene razón. Tengo una vida entera para sentirme estúpida y absurda, pero Lindy solo va a casarse una vez — o eso espero — .

— ¿Ha invitado a Tom “el guapo”? — pregunta Charlize mientras nos escabullimos entre la multitud que se ha congregado bajo la carpa blanca en la que tendrá lugar la ceremonia.

— ¿Tom “el guapo”? ¿El de la oficina? — repito, mirando hacia todos los lados por si le veo.

Charlize sacude la cabeza.

— Déjalo, no tiene importancia...

Alguien de la organización de la boda pide a los presentes que vayan colocándose en sus respectivos asientos. Charlize y yo caminamos apresuradas hasta el altar y nos colocamos de pie en el lugar que nos corresponde. Todo es tan bonito, que antes incluso de que comience a sonar la música de fondo ya se nos cae la lagrimilla de la emoción.

— ¡Nuestra Lindy se casa! — exclama Charlize, emocionada.

Sonrío.

Es increíble que estemos aquí, celebrando que Jack y Lindsay van a casarse. Casi me parece una locura.

Jack llega el primero, tal y como manda la tradición. Se coloca en el altar y retuerce las manos con nerviosismo con la mirada clavada en la alfombra repleta de pétalos de flores por la que Lindsay caminará dentro de muy pocos segundos. La música comienza a sonar y El Canon de Pachelbel inunda el ambiente, haciendo que las pulsaciones de todos los presentes se detengan.

— Estoy nerviosa — susurra Charlize en mi oído para que nadie más pueda escucharla.

— Yo también — admito, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando Lindsay aparece casi ni la reconozco.

Está preciosa. Jamás hasta hoy había visto una novia tan maravillosa y perfecta como ella.

Me fijo en la expresión embobada de Jack al verla aparecer y comprendo que, a veces, el amor tiene un final feliz. Hoy es uno de esos días y no puedo hacer otra cosa que alegrarme por mi amiga y casi hermana.

— No puedo creer que vayan a casarse — susurra Charlize.

— ¡Sssh!

Ambas sonreímos, nos emocionamos y, cuando se dan el “sí, quiero”, nos convertimos en mares de lágrimas mientras mi subconsciente intenta retener hasta el último detalle de este día para no olvidarlo jamás. La gente aplaude, grita y llora mientras los organizadores de la boda liberan a un sinfín de mariposas que aletean por todas partes dotando el ambiente de magia. Todo parece sacado de un cuento de princesas; las flores, el castillo, los jardines... Y entonces, paseando la vista por todos los presentes, le veo. Allí, al fondo, con una camisa mal planchada y unos vaqueros con los que uno no iría ni a comprar el pan. Ni siquiera lleva corbata, aunque se ha molestado en coger una americana negra que porta doblada en el antebrazo.

— ¿Es Héctor? — inquiera Charlize, escandalizada.

Su pelo moreno, su piel bronceada, sus ojos castaños.  
¿Cómo confundirle? No hay dos hombres igual que él.

— Sí.

— ¿Quién se ha creído que es para venir aquí? — salta, enfadada y rabiosa.

Lindsay y Jack también se han percatado de su presencia.

— Habla con él y llama a la caballería si la necesitas — me dice Jack — , en estos instantes, tenemos más seguridad que el propio rey de Inglaterra.

Se me escapa una pequeña risita a pesar de saber que me lo está hablando muy en serio.

— ¡No! — exclama Lindsay — . Échale, amor. No queremos que esté aquí...

Dieciséis años tratando de olvidarle.

Dos veces el corazón roto.

Y muchas preguntas sin responder.

Sacudo la cabeza y decido que, esta vez, el episodio de mi vida quedará cerrado por completo.

— No, iré a hablar con él. Por mucho que me cueste tengo que conseguir

dejarle atrás. Olvidarle.

Aunque mis amigas y Jack no parecen muy conformes, camino hacia delante con la mirada clavada en él. No existe una persona que odie más en el mundo, pero inevitablemente siento lástima al observar su cara magullada y sus facciones deformadas. Está irreconocible, aunque sé que ahora mismo no se merece ni un atisbo de culpabilidad por mi parte.

“No olvides quién es Cora”. Padre de familia. Marido. Todo lo que soñé que algún día sería, pero junto a mí.

— Veinte segundos — advierto, antes de que él pueda decir nada más.

— No estoy casado. No es mi mujer — comienza.

¿Por qué presiento que, una vez más, me está intentando engañar?

— ¿Por qué debería creer nada de lo que me digas?

— Porque te lo quería contar, pero no sabía cómo hacerlo sin volver a perderte.

— Quince segundos.

— Cora... — comienza con la voz temblorosa — , ella apareció de repente, estaba embarazada y yo no sabía cómo actuar. La había conocido antes de estar contigo y, aunque solo fue una noche... Quería hacerme cargo del bebé. Tenía que hacerlo.

— No te creo, Héctor.

— Tu madre me estaba amenazando y apareció ella, embarazada. Me asusté... Me asusté y, a su vez, no era capaz de ir a decirte adiós porque una despedida significaba que jamás volvería a tenerte.

Una lágrima brota de su ojo derecho nada más terminar la última frase. A pesar de las heridas, Héctor se muerde el labio con impaciencia.

— Vivo solo. La custodia de Tiffany la tiene su madre — continúa, sin apartar la mirada de mí — . Me hice policía porque creí que mi hija merecía un lugar seguro en el que criarse. Por eso decidí dejar la fábrica. Por eso no quería contarte nada sin que antes...

— ¿Tiffany? — interrumpo, sin escuchar nada más.

Héctor sonríe.

— Era tu tienda favorita... — susurra, hurgándose en los bolsillos — . Esa tarde que no aparecí... Iba a darte esto.

Estoy a punto de desmayarme cuando veo el anillo sobre la palma de su mano. Tengo la sensación de que todo se desmorona y de que, de un momento a otro, se abrirá una grieta en el suelo, me tragará y me escupirá en otro lugar muy lejos de Héctor y de la boda de Lindsay.

— No voy a pedirte que digas que sí cuando ni siquiera sé si me vas a dar otra oportunidad, pero espero que me creas cuando te digo que no quería que conocieras a Tiffany de esa manera...

Me mira, esperando una respuesta, pero soy incapaz de decir nada porque no tengo palabras. ¿Y ahora tengo que confiar en él? ¿Así porque sí?

— Cora, por favor... Dime algo.

Aspiro y suspiro con calma, intentando no echarme a llorar delante de todo el mundo. Soy consciente de que varias personas se han detenido alrededor y nos está observando con curiosidad.

— Odio las mentiras, Héctor... — musito con la voz atragantada.

— Ahora no las habrá — asegura, sonriendo.

Sin que pueda impedírselo, sujeta mi mano y la abre dedo a dedo para colocar el anillo en la palma de mi mano.

— Sé que algún día nuestro destino se cumplirá y serás mi mujer, Cora Vanderbilt, así que guarda tú este anillo y pónelo el día que te sientas preparada para decirme que sí.

— ¿Y si nunca te perdono, Héctor?

Él aún sonríe tiernamente, provocando que entre mis lágrimas brote otra sonrisa similar a la suya.

— Entonces esperaré pacientemente y a tu lado... Toda una vida.

— ¡Oh, Dios! — exclamo, riendo y llorando a la vez.

De pronto, como si no estuvieran gritando a los novios y la muchedumbre se dirigiera a nosotros, todo nuestro alrededor comienza a gritar la frase “¡qué se besen!” con muchísima euforia. Suelto otra pequeña risita que Héctor interrumpe aplastando sus magullados labios contra mi carmín rojizo y cumple la orden que no va dirigida a nosotros.

— Puedes dejar de delinquir y de pasearte por las comisarías porque, esta vez, te juro por mi vida que no permitiré que te escapes, Cora Vanderbilt.

Y por primera vez desde que Héctor volvió a aparecer en mi vida, estoy segura al cien por cien convencida de que me dice la verdad.

**FIN**

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas divertido con las locas aventuras de Lindsay, Charlize y Cora.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector  
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

